

LA Luis Arnul Carvajal Urresta

NECEDAD SOÑADA

Recuerdos e historias
para ser contadas

editorial
redipe

INVESTIGACIÓN
EDUCATIVA &
PEDAGÓGICA
IBEROAMERICANA



El Dr. Luis Arnul Carvajal Urresta es PhD en Economía por la Universidad de París X. Ha sido Profesor de la Universidad Carlos III de Madrid (UC3M) y Profesor Visitante de diversas universidades europeas y latinoamericanas. Cuenta con más de 25 años de Experiencia como Director Financiero para empresas francesas y españolas especializadas en comercio exterior. Ha sido miembro de Sociedad de Auditoría en París y Madrid. Consejero en Cooperación Internacional y en Proyectos de Ciencia y Tecnología. Durante más de 10 años fue Secretario Ejecutivo de la Asociación Internacional de Costos (IIC) y actualmente es miembro honorario. Invitado como estratega en comercio internacional alrededor del mundo en diferentes congresos, seminarios y ponencias. Es autor y coautor de diversos artículos publicados en revistas españolas, francesas y latinoamericanas sobre modelos de economía internacional, negociaciones multilaterales, emprendimiento y dirección de empresas entre otros temas. Durante el confinamiento y la pandemia, disfrutando de su jubilación, ha publicado en su Facebook una serie de escrito y artículos muchos de los cuales recogemos en el presente libro.

LA NECEDAD SOÑADA

LA NECEDAD SOÑADA

Recuerdos e historias para ser contadas

Luis Arnul Carvajal Urresta

editorial
redipe

Título original:

La Necesidad Soñada. Recuerdos e historias para ser contadas

Autor: Dr. Luis Arnul Carvajal Urresta

ISBN: 978-1-957395-25-8

Primera edición, mayo de 2023

SELLO Editorial

Editorial REDIPE (95857440), Nueva York – Cali

Red de Pedagogía S.A.S. NIT: 900460139-2

Comité Editorial:

Valdir Heitor Barzotto, Universidad de Sao Paulo, Brasil

Carlos Arboleda A. PhD Investigador Southern Connecticut State University, Estados Unidos

Agustín de La Herrán Gascón, Ph D. Universidad Autónoma de Madrid, España

Mario Germán Gil Claros, Grupo de Investigación Redipe

Rodrigo Ruay Garcés, Chile. Coordinador Macroproyecto Investigativo Iberoamericano

Evaluación Educativa

Julio César Arboleda, Ph D. Dirección General Redipe. Grupo de investigación Educación y

Desarrollo humano, Universidad de San Buenaventura

Diseño y diagramación: Andrés Felipe Pérez Velasco

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, la reproducción (electrónica, química, mecánica, óptica, de grabación o de fotocopia), distribución, comunicación pública y transformación de cualquier parte de esta publicación -incluido el diseño de la cubierta- sin la previa autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual y de la Editorial. Los Editores no se pronuncian, ni expresan ni implícitamente, respecto a la exactitud de la información contenida en este libro, razón por la cual no puede asumir ningún tipo de responsabilidad en caso de error u omisión.

Red Iberoamericana de Pedagogía

© 2023

Editorial@redipe.org

www.redipe.org

Impreso en Cali, Colombia

Printed in Cali, Colombia

ÍNDICE

PREÁMBULO	7
TEATRO CRÍTICO PARTICULAR	
Minino	9
Mama "Mimina" y sus hijas.	13
Primera historia neoyorquina	22
Los dos días de la vida	24
La lucides del juego	30
Teatro crítico particular	31
HISTORIAS DEL PROFE	
La edad del Profe	37
La sorpresa del Profe	39
Charlas con los amigos	42
El encuentro	46
El libre albedrío de doña Ines	54
Anécdotas de "urgencias"	56
Arriesgando la caída	58
Culito de rana internacional	60
UN PUEBLO DE HISTORIAS	
Ana	66
Rocío	69
Ana y Rocío	71
Maruja y Juan	73
Juana y la bicicleta	79
Isabelle	85
NARRANDO RELATOS	
Lo oculto se hace realidad	93
Lo que me ha sido negado	98
Necesitamos ser engañados	101

La senectud de Vargas	104
La hipótesis de la abuela	107
La traición de las "tradiciones"	109

TOPAMOS CON LA RELIGION

La religiosa religión	112
La temperatura del infierno	116
El mandato divino	118
Lo divino del "yo" y el "nosotros"	120
¿Una oración por Colombia? ¡¡Pero si en Colombia todo mundo se mantiene orando!!	121
El homúnculo divino	123
Del villano al villancico	125
La eterna salvación	127
Las "bujarronas" del siglo XVII	131
Recuerdos tiempo pascual	134
Un cuento diabólico	136
La intolerancia divina	138
¡Qué miseria de Estado laico!	148
Persisto y firmo. Me llamo Luis	149
Por un estado laico y una iglesia laica	151
Diagnóstico divino	153
Los casos de providencias divinas	155

ESCRITOS DE FIN DE AÑO

El eterno renacer del tiempo	158
El grito vagabundo	160
¡Qué vida más absurda!	162
El corazón y la lengua	164

EPÍLOGO

Más allá de este límite, su billete ya no es válido	166
--	-----

Preámbulo

Todos sabemos que nuestra relación con el mundo, con el entorno social que nos rodea es, principal y casi única, una relación biográfica. Nos suceden aventuras, sucesos y vivimos circunstancias que nos enredan en historias que poco a poco vamos construyendo en la medida en que los recuerdos personales, por cualquier motivo, por leves estímulos, brotan en nuestra mente.

Las formas que toman esas historias son variadas. A veces nos quedamos atrapados en pequeños detalles, en efímeros pormenores y, otras veces, pasamos por alto lo más importante o lo entremezclamos con otros recuerdos o leyendas o cuentos contados por otros, hasta el punto de no saber si son experiencias propias o ajenas o ficticias. Pero lo importante, es que, si somos capaces de contarlas, entramos de lleno en la gran historia y nos implicamos como protagonistas o testigos o, simplemente, como narradores de secretos de confesionarios o de despacho de abogados.

Muchos de los relatos recogidos en esta selección, tienen en común otras historias encadenadas y anécdotas vividas con otras personas. Las he contado sin tener en cuenta muchas más cosas que se han quedado sin salir del cofre que almacena nuestros recuerdos. Sin embargo, lo contado configura un mundo, un contexto, una intriga conectada con la biografía del que cuenta y ligada a las biografías de muchas otras personas, coautoras de lo relatado. Lo importante, creo yo, que, al momento de contarlas, comparto con el lector mi punto de vista, mi forma de mirar la historia, es decir, mi propia autobiografía, es decir, otra biografía.

Las Ego-Historias las inventa nuestra memoria, las recrea nuestra imaginación y las anima nuestra pasión. Pero como decía Dilthey, el tiempo pasado solo tiene valor como relato y es guardián del tiempo sólo si es contado. Pero ¿para qué sirve contarlos? Para guardar la memoria y reconocerlos posteriormente y decir “es mío”, “soy yo”. Sin embargo, estos fragmentos narrativos no tienen otra pretensión que pasar lo mejor posible, el tiempo de jubilación y el confinamiento obligatorio de la terrible pandemia. Pido perdón por ello.

San Sebastián, julio de 2022

§§§§§

PD: Todas las historias se pueden leer independientemente y en cualquier orden. No dependen unas de otras.



TEATRO CRÍTICO PARTICULAR

Minino
Mama "Mimina" y sus hijas.
Primera historia neoyorquina
Los dos días de la vida
Teatro crítico particular
La lucides del juego

Mínimo

A los seis años sorprendió a su madre con un recuerdo sobre la casa en que vivían.
- ¡Imposible que te acuerdes de eso! – le dijo su madre asombrada – estabas de brazos y todavía no cumplías un año de vida. Eso te lo inventas....

Minino recordaba nítidamente que todavía no estaba hecho el cielorraso y entreverado en el armazón del techo se encontraba un coche de bebé bastante grande. Al niño le molesto que no le creyeran. Describió la forma del coche y sus grandes ruedas, pero su madre como siempre, lo ignoró. Pese a todo, en su interior quedó la certeza de que tenía razón no solamente en esa recordación, sino también en muchos más recuerdos que, en adelante y por prudencia, decidió no revelar para que no le hicieran pasar vergüenza.

Por ejemplo, que a veces lo dejaban solo con Fanny la empleada del servicio que era epiléptica y que cuando sufría episodios brutales, era el niño quien le sacaba la lengua para que no se la tragara; le extendía los brazos y le estiraba el dedo central de la mano derecha hasta que volvía en sí, tal como lo había visto hacer a su padre en alguna ocasión.

- Por favor, no le digas a nadie, ni a tus papas porque me echan a la calle – le decía cuando estaba recuperada – me olvide tomar el remedio –

Inmediatamente después, sacaba de su bolso una tira de estampitas de la virgen del perpetuo socorro y se tomaba una con agua.

- Me las vende el cura de la parroquia y dice que son milagrosa, cuando no me las tomo me da el ataque...-

- ¿Y cuánto te cobra por estas estampas? – le preguntó la voz del niño

- ¡Uy! La mitad de lo que me pagan tus padres...-

- ¿Cuánto? ¿Más que una entrada a cine? – dijo con voz ingenua

- ¡Ay! Minino, no lo entiendes. Es lo único que me cura... - y le revolvió el cabello con su mano callosa. – No digas nada a nadie, por favor –

Alguna vez Minino registro su bolso y saco la tira de las pequeñas estampas examinándolas con curiosidad. Desde su mente de niño no lograba entender como

un pedacito de papel pudiera curar una enfermedad que causaba heridas de sangre cuando se golpeaba la cabeza contra los muebles al caer. Pero el cura debía tener razón y por eso le cobraba la mitad de los que ganaba Fanny, aunque no supiera cuanto ganaba.

La primera casa paterna se construyó poco a poco, en función de los ingresos financieros que año tras años lograba ahorrar la pareja, ella como Maestra de Escuela rural y él como funcionario nombrado por los políticos de turno. Por ese motivo, la crianza del niño quedó a cargo de Ana, una indígena que contrataron y quien sería su nodriza hasta los cinco años. La primera vez que lo tomo en brazos, la indígena lo llamo “Minino” como si fuera un gatito y fue Minino para toda la familia.

Ana usaba una faltriquera de colores vivos, llena de pequeños bolsillos donde guardaba muchos secretos. Cada vez que regresaba de su pueblo, llegaba llena de provisiones mágicas. Pronto el niño descubrió que de cada bolsillo salían cosas que eran útiles en su vida. Unas yerbas le calmaban el dolor de estómago. Unos frutos secos se mesclaban en el biberón. Otras espantaban los miedos. En general, herbajes multifuncionales que la sabiduría indígena utilizaba un día sí y otro no, según las necesidades.

También semillas y ungüentos que lo resguardaban del “mal de ojo”. A los cuatro años Ana lo convenció de que sería muy, pero muy fuerte, porque desde bebé, le untaba el oblijo con polvo de huesos de oso. Con el transcurrir del tiempo se creó una íntima complicidad y el niño aprendió a guardar secretos para que el resto de la familia no se enterara de los tejemanejes de la india.

Uno de los grandes secretos quedó incrustado en su cerebro hasta la edad adulta. Descubrió que Ana tenía el poder de hacer llover. Su prodigiosa memoria recordaba las tardes calurosas cuando ella lavaba la ropa en el patio de la casa y entonces, sucedía el milagro. Una fina capa de lluvia se extendía hasta el pasillo en donde, en pañales y en el suelo, Minino hacía que dormitaba, pero veía, oía, y sentía las gotitas de agua que le caían en la cara. Eso nunca lo olvidó.

Mucho tiempo después habló de ese secreto en una charla de adultos entre amigos, justificándolo por el vapor, las briznas de agua que salpicaban el medio ambiente, mientras él se encontraba en posición supina, completamente vendado (“chumbado”), mirando cielo y nubes de donde provenían las gotas.

Lo que no confesó es que, a pesar de sus estudios superiores y conocimientos sobre construcción de mitos y realidades, tardó muchos años para quitarse de la cabeza los poderes mágicos de la indígena. Sobre todo, porque, cuando a los cinco años, se despidieron definitivamente, Ana le confesó a Minino un secreto que debía guardar toda su existencia: nadie le podía hacer daño puesto que lo había “rezado” y estaba “protegido”. Gracias a eso Minino pudo sobreponerse a las múltiples aventuras en su existencia donde ingenuamente expuso su vida. Ninguna pandemia podrá con él. Los “rezos” ancestrales son muy poderosos.

A los cuatro años el niño se aprendió de memoria una canción popular que sonaba en la radio y eso le hizo gracias al resto de la familia. Se la hacían repetir cada rato como diversión. Una vez llegó el tío Mario a casa y quisieron que la cantara para agradecer la visita. El niño sintió mucha vergüenza entonarla delante de extraños y no quiso hacerlo pese a los muchos ruegos de sus hermanos.

Entonces, el tío Mario muy mañoso, le ofreció una moneda de veinte céntimos si lo hacía. En su mente infantil se reflejaron los helados y las golosinas que podía comprar con ese dinero y

entonces, se armó de valor y decidió cantarla. Entre el alborozo de sus hermanos y los aplausos de rigor, su tío Mario olvidó darle la moneda y él no tuvo la fuerza necesaria para reclamársela. Aprendió pronto que los adultos no siempre dicen la verdad, engañan para obtener resultados y, además, se burlan de la ingenuidad infantil. En adelante empezó a buscar sus veinte céntimos en todas las relaciones humanas que mantuvo hasta la vejez.

De niño, la vida en el campo le fascinaba porque tenía una libertad sin límites en los alrededores de la casa-seminario, siempre llena de gente, tías y primos, amigos y amigas de los hermanos mayores. En esa algarabía, nadie se ocupaba de sus quehaceres y podía dar rienda suelta a su imaginación infantil en el amplio espacio de la gran finca de “El Retiro”.

En sus tierras se mezclaban montaña con sembrados en tierra plana y un grandioso río que la atravesaba por el medio, después de dejar unas cascadas y grutas acuáticas a las que llamaban “Pailones”. Eran piscinas naturales que el golpeteo milenario del agua había perforado, dejando grandes espacios hídricos mientras descendía por la montaña. Aprendió a disfrutar de su soledad en aquellos parajes y muchas veces pudo perder la vida al interior de las cavernas de los Pailones, en donde su fantasía de niño le hacía olvidar que estaba bajo el agua y con el último suspiro de vida, llegaba a salir a la superficie que veía desde abajo con bastante desesperación. Luego tenía que quedarse quieto un buen momento para recuperar el aliento. Pero ese juego le hechizaba.

En esas tierras aprendió a controlar sus miedos. Siempre existen leyendas, cuentos que los lugareños relatan para asustar a los ciudadanos. Además, eran las que normalmente se narraban para entretener a la muchachada en las noches sin televisión. En esas narraciones conoció a una mujer putrefacta y musgosa, con colmillos grandes que se vestía de chamizos, bejuco y hojas frescas. Las crecidas del río se debían a que la Madremonte se bañaba en su nacimiento. A veces se esconde en medio de las plantaciones y emite gemidos lastimeros. A los que se aventuran por la noche en el bosque y en el monte, los embruja y los confunden durante días. También conocí a una mujer de ojos locos y desorbitados, colmillos felinos, brazos largos y muslos unidos en una sola pata que termina en una pezuña de bovino. Esta Patasola se chupa a los niños que vagan solos por el campo y le encanta asustarlos a la caída del sol.

Su mente asimilaba las historias, pero al mismo tiempo, las negaba, las rechazaba. Una vez, siendo muy niño, a media noche, se le apareció la “Mano Peluda” entre la pared y la cama en que dormía. En lugar de gritar o sobresaltarme, se bajó de la cama muy despacio y terminó durmiendo al pie del lecho de su hermana mayor. No se lo comentó a nadie.

Las plantaciones de maíz tienen una particular sonoridad. Las ásperas hojas alargadas chirrían cuando se frotan con las otras, mecidas por el viento. En el día casi no se nota, pero en el silencio de la noche ese “grito” se vuelve estremecedor. Su infantil y atrevido comportamiento lo llevaba a caminar lentamente, poco a poco, acercándose a la plantación hasta introducirse dentro de ella todas las noches. No soportaba tener desasosiego por el ruido producido ni a los espantos que decían que habitaban en su interior.

A los seis años montaba a caballo con cierta destreza y era capaz de embridar la yegua y ensillarla sin ayuda externa. Esa temprana habilidad fue aprovechada por sus padres para enviarlo a comprar al pueblo, a cuatro kilómetros de distancia, las provisiones faltantes. Siempre se daban cuenta de lo que faltaba hacia las cinco de la tarde. El hecho es que la vuelta del pueblo siempre le tocaba el ocaso de las seis de la tarde.

En la carretera, justo a la entrada de la finca, existía una cruz de madera, recordando un accidente mortal. Y como sucede muchas veces, ese símbolo representa un nuevo espacio de culto donde los transeúntes se sienten inclinados a depositar una piedra tras otra al pie de la cruz. Y, además, tras el culto de las piedras, vienen las supersticiones y los espíritus fantasmales que rondan al anochecer, sobre todo para aquellos que no depositan su piedra.

Ni la yegua, ni el niño, podían soportar tamaño susto y entonces, rodeaban el camino por la montaña y entraban a la finca por otro lado más peligroso e intrincado. Hasta que un día se hartaron de tanto pánico y en un alarde de valentía, arrancó la cruz y la colgó en su cuarto frente a su cama. Todas las noches se convencía del que miedo era suyo y solo suyo. Si algún espectro quería rondarle, tendría que sentarse a dialogar con él. Así, desde muy temprana edad, acabó con los terrores imaginarios. Y decidió entonces crear nuevos espíritus y seres fantásticos para amedrantar a sus hermanos.

§§§§§

Durante su niñez, no conoció el “Semáforo”. Creo que este artilugio lo introdujeron en Cali a finales de los años 50. Todavía recuerda que repartían hojas a todos los taxistas y conductores con las instrucciones de para qué servía cada color. El hecho es que todo el mundo tuvo que aprender que el rojo significaba parar y el verde avanzar. El amarillo (o ámbar como le llaman ahora) creo que ni siquiera hoy día se entiende para qué es.

Actualmente a los niños, desde su más tierna infancia, les enseñan a reconocer los colores entre ellos el rojo. Un poco más adelante, aprenden que el rojo significa parar en los semáforos y en las luces traseras de los vehículos. En la adolescencia (o tal vez más tarde) relacionan el color con los burdeles. Pero se necesita una cierta cultura para relacionar el rojo con la política.

Al ser un color muy intenso, el rojo siempre se asocia con el amor, el deseo y la pasión. Su utilización por parte de los partidos de izquierda proviene de la revolución francesa. Los radicales republicanos lo utilizaron para recordar la sangre derramada por los mártires que murieron para acabar con la monarquía.

En 1843, por primera vez, Giuseppe Garibaldi organizó en Uruguay, la “Legión italiana” que vestían camisas rojas, luchando por la independencia uruguaya frente a Argentina y Brasil. Luego las volvió a formar en el sur de Italia luchando por la unificación del territorio italiano. Desde entonces el rojo significa luchar por la libertad.

Pero para el niño, el rojo del semáforo traía recuerdos inolvidables. Todos los niños del barrio practicaban una tarea muy ardua: sustraer cañas de azúcar de los camiones cañeros que pasaban todos los días, a las diez de la mañana y a las tres de la tarde, por la calle 15. Se jugaban la vida corriendo detrás del camión, agarrado a una de esas cañas mientras halaban con todas sus fuerzas.

Al obligar a los camiones a frenar frente al nuevo semáforo, el hurto se hacía mucho más fácil. Algunos adolescentes mayores lograron manipular la caja de cambios y lograr que coincidiera el rojo con la llegada de los camiones. Pero todo ese esfuerzo se compensaba cuando, en plena calle y con el machete que todas las casas tenían, se descascaraba la caña y la convertían en gajos para ser mordidos y chupados convirtiéndolo en bagazo, mientras la melaza corría por la comisura de los labios. ¡Un lujo al alcance de muy pocos!

Mama "Mimina" y Sus Hijas

Desde que aprendí a leer, no hago otra cosa. Leo todo lo que cae en mis manos, al derecho y al revés, a lo largo y a través, lo que está próximo y lo medianamente lejano como cuando me escapaba del colegio para irme a la Biblioteca Municipal. Vivo rodeado de libros, no sé vivir sin ellos y en diferentes lugares del mundo en los que he vivido, he abandonado centenas de ellos por la imposibilidad de arrastrarlos conmigo.

En el "Jardín Infantil de las Señoritas Urresta" existía una enciclopedia de doce volúmenes llamada "El Tesoro de la Juventud". Comencé a leerla cuando estaba en tercero de primaria y terminé el último volumen cuando entré a quinto. Viví de su lectura durante toda mi accidentada escolaridad. Hoy día, jubilado, recuerdo leyendas, historia, geografía, explicaciones y cantidad de datos inservibles que me hacen aparecer como un hombre culto y cultivado para asombro de estas nuevas generaciones que no son capaces de leer ni un simple periódico.

Las Señoritas Urresta eran seis hermanas (incluida mi madre) educadas en la más encorsetada disciplina del siglo XIX, aunque vivían en la mitad del siglo XX. El producto de esa educación se notaba al hablar pues nunca utilizaban una palabra malsonante y en su lugar, los eufemismos formaban parte integrante de sus diálogos familiares: "pompis", "trasero", "cuatro letras" y otras parecidas reemplazaban la muy oronda y castellana "culo" o la académica "nalga". Cuando por motivos de la conversación tenían necesidad de utilizarlo, se tapaban la boca con la mano izquierda y en voz baja pronunciaban el vocablo prohibido.

Pero una de las características que siempre recuerdo son los disfemismos particulares empleando expresiones peyorativas para mofarse de hechos o personas pedantes. El más común de "sabe mucho que sabe a pucho", "habló la vaca y dijo muu", "ni siquiera es tonto", usando frases de la misma cartilla de aprender a leer para significar que no creían lo que el visitante decía: "Susana duda que le sane el dedo". En esta fina competición de lenguas afiladas, la palma se la llevaba mi tía Virginia que además de su imaginación extraordinaria, sumaba las expresiones de mala leche que hacían reír y temblar al mismo tiempo.

Todas la Señoritas Urresta escribían de forma parecida, con la letra pausada, clara y uniforme en donde se notaba la práctica continua del “Método Palmer”, el mismo que intentaban inculcarlos a través de la pluma y la tinta china que manchaba no solamente el pupitre, la camisa, los dedos y las uñas, sino la pequeña tira de papel absorbente que llamábamos “secante” y que, en vez de secar la tinta, la regaba por toda la hoja. Mi recuerdo de niño. De cuando estaban juntas, es que mis tías tenían horror al silencio. Todas hablaban quitándose las palabras las unas a las otras, haciendo relaciones, buscando connotaciones y replicando cualquier cosa que consideraran graciosa. Creo que perfeccionaron el método de “a toro pasado todos son Manolete” pues cada vez que alguien comentaba un encuentro adverso o un comentario sobre alguien, inmediatamente alguna saltaba apostillando en voz alta “por qué no le dijiste...”, “le hubieras dicho...” y a continuación el juego de palabras, el retruécano que inmediatamente alguna otra completaba o refutaba intentando desesperadamente ser más lista que la anterior.

En el cuadro de mi reminiscencia guardo el retrato de la vieja casona colonial inmensa de una sola planta con diez salones, cuatro patios interiores y si mal no recuerdo, con cien metros de longitud. Las paredes de adobe eran altísimas, tanto que, para poder limpiar las telarañas de los rincones, existía un escobillón curvo con un mango de tres metros de largo. La cocina quedaba en el tercer patio interior alejada del comedor en por lo menos quince metros. Tamaña desproporción creo que se debía a que, al mismo tiempo de vivienda familiar, la casona servía también como Colegio principal y muy posiblemente el antiguo comedor quedó como salón de clase de tercero de primaria.

Normalmente para el común de los mortales, los gestos y palabras de la escuela son recuerdos aislados del recuerdo familiar. Pero, para nosotros los Urresta, los recuerdos están unidos y cuando recomponemos la imagen del pasado, esa mezcla escuela-familia reaparece en la conciencia. Por eso la memoria, que tiene sus vericuetos especiales, recuerda una estufa de hierro forjado incrustada en una mole de cemento que ya no se usaba y que ocupaba un lateral de la cocina. Muchas veces me acerqué a ella curioseando su arquitectura y preguntándome cómo marchaba aquella máquina de carbón o de leña o de lo que fuera que tragara para funcionar.

Sin embargo, la cocina tiene una resonancia en mi recuerdo debido al miedo que representaba ir por la noche, en medio del silencio y de la oscuridad, caminando paso a paso, apartando los miles de espectros que poblaban mi cerebro infantil.

El Comedor se colocó en la entrada bajo unas arcadas y en una de las dos paredes que tenía, existía un aparador de cedro repujado con vitrinas que dejaban ver vajilla y cristales de mejores tiempos. Sin embargo, ese armario quedó incrustado en mi remembranza porque de ahí sacaban una botella de coñac para darle una copita cada día a “Papá Segundo” como remedio a no sé qué clase de enfermedad, pero debió funcionar perfectamente porque mi abuelo murió casi centenario.

Cuando tengo la oportunidad de compartir con los amigos unas buenas botellas de “Courvoisier”, “Remy Martin” o brandy español, siempre pienso que algo bueno deben de tener estos licores y en consecuencia, brindo por el lugar oscuro donde escondían la bebida paterna y por la longevidad esperada de tan exquisita medicina.

Supongo que la casona fue construida en los tiempos en que el barrio se llamaba “El Vallano” y constituía una de las mejores zonas para las élites tradicionales antes de que cambiara de nombre por “San Nicolás” y se convirtiera en zona comercial y bulliciosa cuando llegó la modernización y la retrasada industrialización caleña.

De ese período, recuerdos nombres comerciales que sonaban al tuntún de las conversaciones cotidianas y banales entre las tías, como “Almacenes Fortuna”, “Arabia”, “Nader”, “Calzado Pacífico”, “Salchichería Cali” y otras por el estilo que deberían integrar las habituales compras diarias y sus consecuentes problemas monetarios o de calidad. Pero la marca “Mecateadero las Caicedos” tiene un cierto deleite en la evocación histórica, aunque no tenga conciencia clara de haber disfrutado de sus golosinas, dulces y galletas que en Colombia adquieren el nombre genérico de “mecato”.

Pero cada vez que visualizo interiormente la casona materna, me llega el dibujo geométrico que tenían los mosaicos del suelo. Ese mismo dibujo lo he encontrado posteriormente en algunas casas antiguas de Andalucía (sobre todo en Córdoba y Granada). Conjeturo que el mosaico se quedó grabado en mis recuerdos debido a las múltiples fiestas de navidad y de fin de año que obligatoriamente debíamos celebrar junto a mi abuelo.

En esas fiestas era inevitable bailar con los pocos discos de vinilo de 45 revoluciones que se ponían en el tocadiscos “Philco” comprado para la ocasión por la tía Leonor en los almacenes comerciales recientemente inaugurados. Los discos estrellas eran el pasodoble “La Gata Golosa” combinado con el “Chulla Quiteño”, el “San Fernando” de Lucho Bermúdez y algunas voces, como las de Ortiz Tirado, Juan Arvizu y José Mojica, se mezclaban con la música de José Barros (“Arbolito de Navidad”, “El Pescador”, “Guere, Guere” y otras).

Sin embargo, la reminiscencia que tiene sus laberintos propios, no olvida el espectáculo de fin de año que se organizaba en las puertas de la casona cuando, al pasar las murgas y comparsas callejeras con sus tambores bullangueros que llamábamos “garrón de puerco”, el tío Tomás salía a bailar con la muerte mientras el diablo y la viuda del año viejo metían miedo a los niños y reclamaban el aguinaldo acostumbrado.

Todos los treinta y uno de diciembre y justo antes de dar las doce, mi abuelo recorría todas las habitaciones del antiguo caserón arrancando de las paredes los almanaques del año viejo para llevarlos al fondo del último patio, donde organizaba una fogata con ellos y, mientras el resto de la familia celebraba la llegada del nuevo año, él observaba cómo las llamas consumían lo que quedaba impreso del año que terminaba

Muchas veces lo acompañé en ese ritual de fuego que atraía mi curiosidad infantil. Mucho tiempo después comprendí el efecto “purificador” de este acto fumífero para ahuyentar los espíritus malignos, “quemar” lo malo y preparar la renovación del año venidero. Nunca supe si mi abuelo practicaba alguna meditación u oración profunda mientras ardía la porquería del año que se iba.

En Colombia, en aquella época, los regalos navideños los traía el “Niño Dios” cuyo nacimiento se celebraba al pie del “pesebre” que cada cual adornaba según su imaginación y apañío. Lo obligatorio es que tuviera una vaca, un asno, una estrella y las figuras de José y María y, evidentemente, la del Niño que sólo se ponía el 24 de diciembre. Eventualmente, existían las figuras de los tres Reyes Magos que poco a poco se iban acercando al “Portal de Belén” según fueran

pasando los días. Esa era la representación que mandaba los cánones emitidos por la “Santa Madre Iglesia” y se conservaba como tradición desde los tiempos de la Colonia.

“Papá Noel” es una historia moderna que logró imponerse en la tradición colombiana, gracias a la publicidad de Coca-Cola. El hombre bonachón sonrosado de barba blanca y vestido de rojo, fue la imagen creada por esta multinacional a finales de los años cuarenta y que poco a poco sustituyó al “Niño” contando con el beneplácito de la Iglesia y del Comercio en general que descubrirían un tievo negocio por explotar.

Pese a que la familia Urresta Santamaría era profundamente religiosa, “cristiana, apostólica y romana” y comulgaban con pepitas de camándulas; curiosamente nuestros regalos de navidad no los traía el dichoso “Niño”. Los aportaba “Mamá Mimina”, la abuela materna que ningún primo conoció por su muerte temprana. Manuelita Santamaría Quintero tuvo, como todas las mujeres de su tiempo, muchos embarazos que, entre abortos naturales, dieron con el nacimiento de seis mujeres y dos varones (uno de ellos, Olmedo, murió a los nueve años). Su imagen y recuerdo perduraron en nuestra memoria gracias a la veneración y a la exaltación que sus hijas hicieron de ella.

Normalmente en nuestra cultura la Madre por ser Madre, adquiere un papel trascendental y se convierte en el inconsciente social de los hijos, en personas extraordinarias, sublimes y fuera de lo normal hasta adquirir la imagen de santas abnegadas y sobre todo “sabias”. Nunca he podido soportar esa glorificación del concepto “Madre”. Quiero a mi madre imperfecta, con sus defectos y con sus errores. La quiero normal con sus frustraciones, sus miserias internas y los infortunios que la vida le deparó o que ella no supo superar.

Esa es mi Madre de carne y hueso. Luz María Urresta Santamaría, junto con su gran amiga, Alicia Bonilla Aragón, lucharon en los años cuarenta por la condición y el voto femenino en la Alianza Femenina del Valle y posteriormente como promotoras y sindicalistas en la Unión de Maestros del Valle del Cauca (UMAVALCA).

En la educación singular de las Señoritas Urresta, “Mamá Mimina” se convirtió en un recuerdo colectivo tan significativo y notable, que continuamente en sus conversaciones mencionaban su presencia utilizando frecuentemente la frase “Mi mamá decía...” y a continuación la sentencia sabia sobre el comportamiento humano o el refrán de sentido común que aclaraba la situación tratada o daba pistas para explicarla. Mi madre no escapaba a esta regla. Nos aturdía con su refranero monótono de “porque mi madre decía que el trabajo de un niño es poco pero el que lo rechaza es un loco”; “porque mi madre decía que muchas manos hacen ligero el trabajo”; “porque mi madre decía que la prudencia es la base de la felicidad”; “porque mi madre decía que mal es errar, pero peor es perseverar”; y así sucesivamente. Tanto lo decía que un día saqué fuerzas para decirle en tono irónico: “o cambias de discurso o solo me quedará decirles a mis hijos que la mamá de mi mamá decía...”.

La desaparición de “Mamá Mimina” a la edad aproximada de sesenta años, debió marcar a toda su descendencia y dejar un vacío tan fuerte, que decidieron conservar su imagen espiritual para recuerdo de sus nietos y no encontraron otra idea que evocar su nombre cada navidad, aunque para ello debían acabar con la sacrosanta costumbre del “Niño” regalón.

De modo que, por natividad, en la sede paterna se repetía la misma costumbre con un ritual permanente tal y como deben ser para que permanezcan en la recordación. En la casona existía

un cuarto exclusivo para depositar los paquetes que iban aportando las diferentes familias y que se encontraba vedado a toda curiosidad infantil. Sabías que había subido en el escalafón social de la familia, cuando tenías la edad suficiente para organizar el salón de los regalos impidiendo que los menores husmearan y se dieran cuenta del engaño decembrino. A una hora determinada, todos entrábamos a la selecta estancia y nos acomodábamos según “rango” y edad alrededor del sillón principal del abuelo.

Entonces la tía Leonor, como una Sibila moderna, asumía el mando de portavoz de la “Urrestia-da” y ejercía el derecho a ser la maestra de ceremonias. Que yo recuerde y a pesar de no ser la mayor, ninguna de sus hermanas discutía ni ponían en duda su liderazgo ejercido con el más alto orgullo familiar.

Los regalos se adjudicaban por orden descendente: primero el abuelo, después la de mayor edad y así sucesivamente hasta llegar al último bebé que hubiera nacido ese año. La única excepción eran los regalos a la Directora general de la ceremonia que se entregaba al final, dando por finalizada el ritual y el acto solemne de los regalos de “Mamá Mimina”. Sin embargo, el horror de los más pequeños era la espera interminable, mientras los mayores recibían sus regalos y observaban como la montaña de obsequios disminuía aceleradamente a medida que se desarrollaba el rito. Diego y yo siempre discutíamos porque él tenía derecho a recibirlos primero por haber nacido unos meses antes. Luego vendría la decepción de lo recibido porque nunca era lo que esperabas y es que, en este espectáculo de veneración familiar, todas las familias se sentían obligadas a comprar regalos para todos y no todos tenían buen gusto, dinero y disposición para escoger los obsequios.

Uno de esos regalos que recibí en mi adolescencia fue un cepillo de pelo de madera regalado por mi tía Leonor y que guardé mucho tiempo hasta que lo perdí en un camping en el Peloponeso griego. Lo guardaba como un fetiche, aunque de nada me hubiera servido más adelante debido a la herencia paterna de que “Carvajal que se respete tiene que ser calvo”.

Todas la Señoritas Urresta fueron maestras, pero solamente cuatro de ellas regentaban dos Colegios separados el uno del otro por dos calles de distancia y dividida su gestión en la cifra salomónica de dos señoritas para cada uno. No sé por qué motivo, ni por qué razones, yo estuve en los dos. De vez en cuando, la docencia se veía apoyada por Tomás Antonio, el único hermano criado entre tantas mujeres y por Gertrudis una amiga de la infancia a quien todos conocían como Tula.

Del tío Tomas aprendí algunos rudimentos de historia, pero, sobre todo, aprendí a hablar de cosas que no tenían que ver con la asignatura que explicaba. Por cualquier motivo o por cualquier desvío de atención, se largaba en diatribas y explicaciones que demostraban que su verdadera profesión era la de ser político liberal y escritor frustrado de cuentos infantiles. Sus historias inventadas sobre la marcha del “Niño Valiente” defendiendo a la Virgen de ignominiosos malvados, ha quedado grabada en generaciones de mentes infantiles, pero sobre todo en las de sus sobrinos e hijos que tuvieron la suerte de escuchar sus ditirambos sobre el arrojado de un niño que podía luchar contra cualquiera y salir victorioso con una espada de madera. Tomás Urresta Santamaría fue muchas veces alcalde de Yumbo y promotor del Colegio Mayor del que fue su primer Rector.

De Tula aprendí los principios de aritmética y su explicación docente de la Regla de Tres me

quedó grabada para toda la vida. Tanto, que aún hoy, a pesar de los ordenadores y de calculadoras sofisticadas, sigo haciendo razonamientos mentales utilizando su fórmula y aplicándola hasta para analizar el comportamiento humano: todo tiene relación directa, inversa, compuesta, simple o mixta. Creo que esa es la razón por la cual me he divorciado tantas veces.

A pesar de haberse criado juntas y tener una base común, cada una de ellas mantenían caracteres diferentes y eso se notaba en cada Colegio. María Angustias, a quien llamaban y todos conocíamos como Maruja, era la mayor de las hermanas y como tal, mantenía un perfil de “mamá grande”. Su preferida y aliada en la vida fue la tía Virginia junto con la cual dirigía uno de los Colegios. Siempre tendré el recuerdo de alguien que era muy severa o parecía serlo pero que continuamente se ocupaba de mis heridas y el olor a agua oxigenada y a yodo la acompañarán en mis recuerdos.

Sin embargo, la verdadera Señorita Urresta, la Rectora Máxima, fue la tía Leonor. ¡Un metro cincuenta de estatura y dos metros de carácter! ¡Ay! Del que olvidara comportarse con el debido respeto delante de ella. No tenía ningún reparo en poner en su sitio a cuanto mequetrefe o majadero intentara sobrepasar el espacio de observancia debido a su estatuto de señorita culta, refinada y educada para mandar.

Recuerdo una tarde caleña en la que un taxista (no recuerdo por qué) intentó aprovecharse de ella y con la furia que le caracterizaba, se levantó de puntillas a la altura del metro setenta y ochenta kilos que pesaba el chofer petimetre... y ¡le plantó dos sonadas bofetadas que nos dejaron helados a los que estábamos con ella!

Casi nadie osaba contradecir su criterio y sus opiniones eran contundentes. Fue mi madrina y como tal ejerció hasta su muerte. Fue ella la que me incitaba a partir, a salir, a conocer mundo y me hablaba de otras culturas como si las hubiera conocido, como si las hubiera visitado, con el ansia de que alguien cumpliera su sueño frustrado de salir del mundo en que vivía. “Si yo hubiera sido hombre ¡me había ido!” me decía. Aprendió francés con su amigo del alma, un belga llamado Georges que se convirtió en Padre Jorge cuando su comunidad asuncionista lo mandó en misión a Colombia.

En mi vagabundeo por Europa mi madrina me acompañaba espiritualmente y cada vez que visitaba lugares pintorescos, enviaba postales que sabía que apreciaría desde sus sueños no cumplidos. En contrapartida, cada cumpleaños y cada diciembre, recibía su tarjeta estuviera donde estuviera. Hasta el final de su vida, religiosamente (y nunca mejor dicho porque a pesar de que sabía que no era creyente, me mandaba sus oraciones y bendiciones divinas), cumplió con la costumbre de enviarme sus felicitaciones, aunque en los últimos tiempos las llenaba con la letra temblorosa que le permitía el párkinson. La última de navidad la escribió antes de morirse y por esas extrañas circunstancias y vueltas que da la vida, solo la recibí en París tres meses después de su desaparición. Fue una sorpresa extraordinaria encontrármela de pronto, ahí, tal cual era, disculpándose por no escribir mejor.

En aquel entonces la educación en Colombia se veía continuamente afectada por el eterno conflicto entre partidos políticos y la relación de estos partidos con la iglesia católica. El liberalismo proclamaba libertad de culto e igualdad ciudadana y el conservadurismo proclamaba la

enseñanza cristiana como modelo prioritario para ser aplicada en toda la República. Cada vez que uno de ellos subía al poder, se revisaba su organización y se cambiaba totalmente los programas educativos.

Con el paso del tiempo tanta reorganización ocasionó confusión de ideales hasta que, como bien dijo el maestro Gabo, “la única diferencia entre ellos es que los conservadores van a misa de ocho y los liberales a misa de nueve”. Esa circunstancia no escapó a mi curiosidad escolar y siempre me pregunté cómo era posible que, siendo mis tías tan profundamente católicas, fervientes cristianas y con un pensamiento tradicionalista, votaran en bloque al partido Liberal. La instrucción escolar se basaba esencialmente en el papel del maestro que era el que sabía y por lo tanto dictaminaba y ordenaba. Al alumno sólo le quedaba el deber de acatar las normas y reglas como forma de acceso a los valores y a la moral imperante. A través de los ejercicios escolares los alumnos adquirían disposiciones físicas e intelectuales para convertirse en buenos estudiantes. La disciplina escolar y el castigo eran fundamentales para convencer al agresor de volver a la norma y obligarlo a renunciar a sus caprichos y tendencias personales. No es extraño, por lo tanto, que la educación en ese entonces tuviera como base fundamental la infranqueable frase: “la letra con sangre entra”. A muchas generaciones nos educaron a base de “reglazos”, “coscorrones”, “jalón de orejas” y otras torturas parecidas que los profesores asumían como la forma más normal de aprendizaje.

El “Jardín Infantil” no eran ajeno a utilizar este severo método de castigos físicos para lograr un mejor rendimiento escolar de los alumnos desaplicados. Pero junto a los palmetazos tradicionales dados con la gruesa regla de madera, la Señoritas Urresta sumaron otro castigo de tipo emocional: la humillación colectiva. Todos recordamos el terrible “faldón” negro que te obligaban a ponerte encima del uniforme y con esa falda de mujer te intimaban a pasearte por todas las aulas del Colegio y aguantar la vergüenza de que todos los estudiantes en coro, entonaran una temible canción de deshonra:

“Pobre burrito, no supo contestar y por eso burrito castigado va a quedar. ¡En ese burrito me monto yo!”.

Otras veces simplemente te ponían el “faldón” y te quedabas en un rincón de la clase rumiando la ignominia. En las vueltas y revueltas de mi vida me he encontrado en Alemania, Francia, España y Bélgica con antiguos alumnos del Colegio convertidos en expertos profesionales realizando sus especializaciones doctorales. Todos guardaban en la memoria ese singular castigo y al contar las anécdotas personales, terminaban riendo nerviosamente y aceptando que el ridículo cuando no mata, puede ayudarte a recordar la lección no aprendida, porque todos, sin excepción, recordaban perfectamente el motivo por el cual sufrieron el temible “faldón”. No me contaron, sin embargo, si ese castigo emocional se lo habían confesado a sus sicoanalistas personales.

En los años cincuenta los dibujos animados de la factoría Disney desempeñaron un papel muy importante reemplazando los cuentos maravillosos tradicionales por una visión banalizada, edulcorada y cursi. Sus almibarados mensajes éticos-estéticos grabaron en nuestras mentes de niños ciertos patrones de belleza-fealdad y bondad-maldad que sepultaron la verdadera historia contada de los clásicos de la literatura infantil. Solo cuando leí “Alicia en el País de las Maravillas” y “Alicia a través del espejo” y admiré la preciosidad del lenguaje y el tratado de lógica y filosofía que encierran estos libros, me di cuenta de cuánto me habían escamoteado y engañado

con la versión corrupta de Disney, considerada, por muchos intelectuales, como la mayor catástrofe estética, moral y cultural del siglo XX.

No obstante, en aquella época las películas Disney eran consideradas “modernas” y algunas veces, como método “innovador” de entretenimiento infantil. El “Jardín Infantil de las Señoritas Urresta” no escapaba a esa ola “vanguardista” del momento. Además de las tiernas canciones de la primera edad, los poemas de Rafael Pombo, las Fábulas de Esopo y Samaniego, nos pasaban las películas de Walt Disney utilizando un proyector de fotogramas, mientras una de las señoritas Urresta explicaba la acción a viva voz.

Igualmente, y como cabía esperar, perfeccionaron el método recreativo con unos moldes de caucho de donde salían figuras de yeso: enanos, lanca nieves, bellas durmientes, bambis, cenicientas, príncipes y cuanto animalario pudiera haber. Luego, nos tocaba pintarlas con “témperas” para ser presentados como trabajos manuales de fin de curso. ¡Cuántas horas nos hemos pasado pintarrajeando esas figuras que finalmente terminaban estorbando en los anaqueles y las repisas de nuestras casas! Recuerdo que, con alguna de ellas, dibujábamos los cuadros necesarios para jugar a la “Rayuela” en las aceras de nuestros hogares.

En esta pueril y animada distracción de infantes, la palma de oro se la llevó el Colegio regentado por la tía Virginia, que elevó a los altares el canon de belleza estética y moral disneyana. Los disfraces de las fiestas siempre tenían que tener alas, antenas, velos y atrezos a lo Disney. Una prueba de ellos fue su propio hijo que vivió toda su vida hasta su temprana muerte, rodeado de hadas, príncipes, cuerpos alados y fantasías que primorosamente diseñaba como si fuera uno de los mejores dibujantes de la factoría Disney. A mi primo Harold nadie le explicó que Peter Pan se suicida cuando mucho tiempo después, intenta ligar de nuevo con una Wendy madura en edad y espíritu, que ha dejado para siempre toda la entelequia del “País de Nunca Jamás” donde quería volver a arrastrarla.

Los Colegios eran mixtos y las chicas tenían muy diferenciada la asignatura de Trabajos Manuales. A ellas les correspondía “Costura” mientras que a los chicos trabajos con madera o cartón piedra. Cuando los niños nos portábamos mal, teníamos como castigo servir de “esclavos” de las niñas durante la costura. Debíamos aprender a templar las telas en los bastidores de bordar, a enhebrar agujas y hacer punto de cruz, según el capricho y las demandas que nos hicieran ellas.

No sé si pensaban que con ese castigo nos humillaban, pero personalmente, debí comportarme muy mal muchas veces, porque de los cinco años que pasé en Kinder y Primaria, salí diestro en remendar, manejar la aguja y hasta crochet aprendí. Labores que me han servido a lo largo de mi vida. No recuerdo que el castigo fuera recíproco. Nunca vi a una niña haciendo trabajos “masculinos”.

En nuestras vidas de impúberes alguien ejerció de verdadera “hada madrina”, en el sentido de las hadas protectoras medievales de la cultura Celta, perseverando para que aprendiéramos los elementos educativos esenciales que decretaron el destino de nuestra futura escolaridad. La Señorita Elia era nuestra “deidad” que se preocupaba especialmente por nuestro bienestar cuando estábamos en kínder y utilizaba sus “poderes mágicos” para hacernos la vida agradable. Tenía todas las atribuciones que tienen las “hadas” y era capaz de encantarnos con las canciones, de hechizarnos con los cuentos del fotograma y conocía la virtud de las palabras para calmar nuestras angustias infantiles.

Para mí, su sobrino, mantenía una doble compostura, en un momento era la criatura mágica que nos subyugaba durante las clases y en otro momento se convertía en humana como las demás. Nunca supe donde estaba la línea que atravesaba para pasar de un mundo al otro. Además, personalmente siempre supe que mantenía en secreto unas cuantas hierbas milagrosas que la ayudaron a mantenerse joven y bella mientras a las demás las atropellaba el tiempo.

La tía Elea Hortensia era la menor de las hermanas y, como tal, debió soportar que todas las demás se comportaran con ella como madres suplentes, pero, a su vez, ella misma se comportaba maternalmente con los niños que pisaban por primera vez el Colegio. Fue la tía más próxima a los primos, sobre todo las primas mayores que contaban con ella como una amiga más. Al ser la más joven de las tías, se aproximaba a la modernidad de la familia y de las vicisitudes del cambio brusco que empezaba a suceder en la sociedad caleña de entonces.

Pese a que no recuerdo haber escuchado ningún concierto, tengo la impresión de que todas las Señoritas Urresta sabían tocar algún instrumento de cuerda porque siempre existieron guitarras, bandurrias y tiples regados por diferentes sitios. Sin embargo, cuando reconstruyo el pasado, tengo memoria de la tía Elia tocando el acordeón, aunque fuera una pieza única que hablaba de una “fruta madura”. Si este hecho es verdad o no, da lo mismo porque las sombras del recuerdo lo significan como algo especial y como tal debe quedar reflejado.

Era ella la que organizaba los juegos y corros durante el recreo, las veladas de fin de curso, la que terminaba arreglando delicadamente los desperfectos que ocasionábamos a las mencionadas figuritas de yeso. La que organizaba los paseos y las marchas callejeras cuando desfilabas los domingos y fiestas de guardar con el “uniforme de gala”, una chaqueta de almirante cuyo modelo muy posiblemente lo hubieran copiado de los trajes de nuestros próceres de la independencia. La que organizaba la foto escolar sentados en un pupitre, con el mapa de Colombia detrás y un mapamundi al lado mientras simulabas un ademán de escribir algo para que, por lo menos en esa foto, salieras con aire inteligente.

Siempre la tendré en mis pensamientos como una persona afable que tenía poderes y capacidad de hacer feliz a la gente que la rodeaba. Cada vez que regreso a Cali, la encuentro con su natural belleza, su cuerpo menudo y, sobre todo, con esa chispa inteligente y alegre reflejada en su mirada, lo que me lleva a especular sobre el perdón del tiempo para las personas buenas y la condonación de los años por su comportamiento ejemplar. Lo que me ratifica en mi concepto infantil de hada.

La variedad de labores ejercida por la tía Elia la hacían a mis ojos de niño un ser sobrenatural, pues cuidaba de mí no sólo como profesora, sino también en los tiempos no escolares y cuando nos íbamos de vacaciones a la finca-seminario de Yumbo. En el bosque de esa finca mi imaginación quedó desbordada creando el mundo mágico que todavía hoy día me sigue inquietando. Estaba bordeada de arrayanes y gualandayes; de samanes y madroños; guayacanes y ceibas y de otra infinidad de árboles y matorrales. Sin embargo, en un lugar muy privilegiado de mi cerebro quedó grabado para siempre el extraordinario chiminango de la entrada que fue testigo de las múltiples anécdotas y peripecias acaecidas bajo su atenta mirada y es culpable de que aún hoy día resuenen en mi memoria. Recordar es necesario para mantener una buena salud mental, pero saber olvidar también lo es. Sólo que nadie es capaz de trazar la delgada línea roja de donde termina una y comienza la otra.

Primera historia Neoyorquina

En los años setenta, cuando mi hermano del alma, Adolfo Giraldo, se encontraba camino a Francia, nos encontramos en New York en donde me ganaba la vida trabajando en una fábrica de plástico y ahorrando para poder seguir estudiando en París. Juntos recorrimos los lados más oscuros de esta ciudad que nos atraía, nos encandilaba y admirábamos en silencio, porque representaba el capitalismo puro y duro que rechazaba nuestro pensamiento de aquel entonces.

Sin embargo, ese rechazo no nos impidió conocer los lugares transitados por tantos escritores y sobre todo, por un autor que habíamos leído juntos en la adolescencia y había tocado nuestra fibra más íntima: Jhon Dos Passos y su “Manhattan Transfer”. Recorrimos sin miedo alguno el temible Bronx en donde las bandas hispanas y negras imponían su ley, sobre todo en “El Barrio” de la 116 dominado fundamentalmente por los boricuas.

En Chinatown presenciamos una pelea a cuchillo y bates de béisbol, entre bandas rivales de jóvenes que brincaban por encima de los automóviles y de las estanterías en las aceras. También visitamos Harlem donde los negros nos miraban con desconfianza y tal vez, por conmiseración, nos perdonaron la vida. Comíamos en los chino-cubanos de la 14 y nos reíamos del acento de los camareros chinos.

Pero, sobre todo, nos impresionó la Gran Estación de la 42. En esa época, la Gran Manzana se encontraba en banca rota y los alrededores de la Estación eran lupanares sin orden alguno donde se podía presenciar fácilmente indigentes, borrachos, drogadictos y peleas con revolver en mano entre prostitutas negras y sus clientes o chulos o ladrones. Años después, cuando escuché por primera vez “Pedro Navaja”, todas esas imágenes volvieron y mi mente las acomodó a una historia vivida. Conocía el relato de la canción porque lo había visto y podía, además, ponerles cara a los protagonistas.

Indudablemente también recorrimos los centros de la salsa. Fuimos a “El Corzo” de la calle 86 a escuchar a Jhonny Pacheco. Tuvimos una suerte loca porque sin saberlo, esa noche se presentaron Tito Puente y Vicentico Valdez. Fue una locura

y todos los que estábamos, pudimos hablar con ellos. Pero no tuvimos la oportunidad de tomar fotos. Ninguno llevábamos cámara.

A lo largo de mi vida he regresado muchas a veces a New York y siempre me sorprende esta ciudad seductora y acanallada en donde todo es posible. Sin embargo, la primera visión que tuve junto a mi amigo, fue la mirada extasiada y a veces incauta de unos jóvenes que, por diferentes motivos, teníamos ya un recuerdo de ella sin haberla conocido.

Además, logramos entradas para ver los cincuenta años de la Sonora Matancera en el Madison Square Garden. Con ese concierto conseguimos las suficientes “indulgencias plenarias” para que ningún versado salsero nos imponga sus comentarios de experto toca pelotas.

Los Dos Días de la Vida

Fuimos cinco los muchachos que conjuntamente nos curamos mutuamente las heridas que nos dejaron la pubertad y la adolescencia. Aprendimos muy pronto que todos estábamos el uno por el otro y eso nos bastaba. Frente a un desaguado amoroso, una alegría, un desanimo, un roto económico, una duda existencial, una ilusión hecha añicos, un gozo vivencial, los miles de errores y los pocos logros que nuestra huella iba dejando, nos protegíamos mutuamente sin preguntar nada ni exigir nada. En eso consistía nuestro amor.

Con Adolfo Giraldo que murió en el 2008 y Ernán Ospina que moriría un año después de la misma enfermedad, la maldita leucemia; con Aníbal Arias el gran poeta y Arturo de la Pava, médico siquiatra y psicoanalista; recorrimos una gran parte de nuestra adolescencia y juntos permanecimos unidos en nuestra adultez. Tal era el grado de compenetración que llegamos a tener, que muchas veces no necesitábamos hablar para saber lo que el otro pensaba en ese mismo instante. A veces soltábamos la carcajada por el chiste o comentario telepático que recibíamos frente a una situación dada y eso nos comprometía frente a los demás que nos consideraban idiotas egocéntricos. Y tenían razón: nuestro mundo era nuestro y de nadie más.

El Santiago de Cali de los sesenta que nos tocó vivir, era una villa provinciana a pesar de que ya rondaba el medio millón de habitantes. La mayoría de ellos eran pobres residentes de submundos que habían llegado a la ciudad en busca de mejores tiempos frente a una incipiente industrialización de la región. Entre los desplazados de la violencia y los nuevos obreros construyeron las “urbanizaciones piratas”, los “barrios clandestinos controlados” y los barrios de invasión que acordaban sus límites territoriales.

La multiculturalidad y el mestizaje acelerado de la población, trajo consigo un cambio apresurado en las costumbres, en las luchas sociales y en los hábitos musicales y alimenticios de los pobladores nuevos y viejos de la aldea caleña que en aquel entonces terminaba en “El Barrio Caldas” y la Tercera Brigada.

Como casi todas las ciudades del mundo que he conocido, la ciudad estaba dividi-

da entre el norte y el sur y como en casi todas las ciudades del mundo, por una ley no escrita, geopolíticamente la gente del sur se diferenciaba de la gente del norte. Vivir en una zona o en otra marcaba la existencia, no solo en estética, en música, en educación, en deportes, en gustos, sino también en amores y posición frente a la vida.

Esta opinión es discutible, evidentemente, pero no hablo desde la certeza sino desde la incertidumbre que siempre me ha acompañado. Fueron esas las circunstancias que imprimieron a nuestras vidas un sabor especial y un olor particular que nos permitía, como a los animales, reconocernos en nuestra manada.

De modo que no hay rincón de nuestros barrios “El Templete” y “San Fernando”, que no recuerde nuestra apuesta por ser hombres, nuestros fiascos amorosos y los descabros por no alcanzar la meta propuesta. Juntos construimos puentes hacia ninguna parte, jugábamos a ser adultos en cualquier esquina del barrio, aprendimos a creer en nosotros mismos a fuerza de golpearnos una y otra vez con la misma piedra.

Éramos jóvenes y creíamos y como todos los jóvenes de la tierra, pretendíamos estar por encima del bien y del mal. Teníamos nuestras “verdades” y con ella nos enfrentamos a nuestro entorno convencidos de ganar la partida sin saber a qué apostábamos. Nos convertimos en mayores antes de tiempo. Algunos nos jugamos la vida inútilmente solamente para demostrar que éramos algo.

Desde esa época descubrí que los hermanos eran amigos impuestos a la fuerza por la familia y que mis amigos eran hermanos que yo me buscaba por mi cuenta. Desde entonces esa verdad me ha acompañado siempre.

De los cinco hermanos-amigos, tengo que reconocerlo, fui el más gamberro. Por circunstancias de la vida crecí de manera autónoma y libre. Eso hizo de mí un chico que no tenía ni Dios, ni Maestro y del anarquismo sin saberlo, absorbí su plena libertad. Por no tener, no tenía ni nombre propio, me llamaban “Manuelo” y como tal, conocido desde la Avenida “Los Mangos” hasta el parque “Del perro” pasando por toda la “Roosevelt”. Nunca supe porque me pusieron ese sobrenombre la gallada del barrio. Creo tener una explicación y es que mi atractiva hermana Manuelita era lo más importante en mi casa hasta que crecí yo.

Fui, tal vez, como mucho de los muchachos de la época, producto del barrio, aprendiendo la vida en la esquina y en tropeles de jebatos luchando por hacerse reconocer. Mi personalidad se forjó en el asfalto, fajándome por glorias efímeras y triunfos más que dudosos. Esa emancipación marcaría la forma de enfrentarme a los problemas asumiendo en solitario, la consecuencia de mis quehaceres cotidianos.

Evidentemente, en aquel tiempo no era consciente de mi libre albedrío y mucho menos de la libertad que tenía para hacer lo quisiera. Simplemente hacía y crecía, no tenía otra opción. Cuando celebramos la fiesta de los cuarenta años, Julio Martínez, un malogrado amigo de esa época, me sorprendió confesándome que siempre me tuvo envidia por la independencia que tenía para decidir sobre mi vida mientras que él tuvo siempre que pedir permiso hasta para ir al baile del sábado por la tarde.

Pero esa misma anarquía en la que vivía me hizo llegar a la literatura comunista y a la búsqueda de la igualdad y de una cierta justicia. Con mi extravagante manía de leer todo lo que tengo al alcance de mi vista, a los catorce años cayó en mis manos el “Manual de Economía Política” de Nikitin y les aseguro que me lo leí de cabo a rabo, lo tenía completamente subrayado y... ¡desgraciadamente no entendía nada!

Pero que feliz era yendo con el libro debajo del brazo camuflado en papel periódico para esconder su título. ¡Sobre todo subrayado que era lo más importante! Con la visión que nos da la distancia, hoy puedo decir que el marxismo me salvó de ser un delincuente común y que la literatura me salvó de ser un cuadrículado militante comunista. Pero hasta ahora nadie me ha explicado como salvarme de mi mismo.

El padre de Adolfo tenía una muy escogida, personal y exclusiva biblioteca que no permitía que nadie la tocara. Gracias a ella y en edad muy temprana, tuvimos el privilegio de leer (entre otros y además con deleite) todos los tomos del “Don Apacible” de Sholojov, “El cuarteto de Alejandría” de Durrell, las obras de Dostoyevski y Tolstoi, y el interminable “A la búsqueda del tiempo perdido” de Marcel Proust. Esa experiencia lectora nos permitió terminar también, “Ulises” de Joyce. El tejemaneje que “el flaco” hacía para birlar los libros y camuflar su espacio en la librería de su padre, fue el inicio de una manía que perfecciono en París muchos años después.

Don Pedro, el terrible patriarca que hacía y deshacía según fuera su voluntad, mantenía en su casa, además de su biblioteca, un Bar familiar donde departía con sus clientes predilectos. Ese fantástico lugar lo convertimos en nuestra particular “Casa de Irene” en donde, como en la canción que estaba de moda, nos reuníamos a beber, a bailar y, sobre todo, a discutir.

Sabíamos donde guardaba el buen güisqui y el buen vino y cuando no podíamos encontrarlo, nos servía igual el que tenía guardado para gente corriente. Cuando podíamos, utilizábamos “El Cajón” y hasta el apartamento de empresa destinado a clientes selectos nos sirvió para despararrar nuestras ansias juveniles. El Cajón era (es porque todavía existe) una camioneta Dodge de los años 50 que Don Pedro protegía y mimaba en recuerdo de los viejos tiempos de corredor mercantil, cuando empezó a hacer su fortuna. Sin su permiso y sin que lo supiera, nos sirvió a todos para “chicanear” por la sexta, aprender a conducir y hacer perradas innumbrables en el fabuloso espacio que tenía en su interior.

Tiempo después, cuando ya éramos más que adultos, nos trataba de “vergajos irresponsables” recordando esas acciones con cierto cariño y nostalgia. Sin embargo, esa no fue su reacción cuando una insensata noche estrellamos El Cajón contra la carrilera del tren huyendo de la policía. La jupiteriana cólera de Don Pedro alcanzo a las familias de Arturo y Ernán que pagaron caro el atrevimiento y, por esa suerte que siempre me ha acompañado en la vida, yo pase incólume por ese desgraciado accidente. Don Pedro murió sin saber que también fui culpable del siniestro que abolló su querido Cajón.

Pertenecíamos a una clase media en donde la gente se conocía y sabían que fulano era hijo de zutano y perencejo pariente de mengano. Todavía la virginidad de las chicas representaba matrimonio y ¡había que ver como la cuidaban! También yo serví algunas veces de “chaperón” para cuidar las de mis hermanas. En esa sociedad timorata, pazguata, católica, apostólica y romana, el “ser de buena familia” se identificaba con que tenías la piel blanca o parecida, en todo caso no oscura, y tener un nombre más o menos emparentado con algunos de los apellidos de la “alta sociedad”. Eso te hacía sentir superior y con más ventaja en la vida, por lo menos laboralmente frente a los demás.

Recuerdo una vez que quise emplearme como “patinador” en un Banco de la ciudad. “Patinador” era el chico mensajero que servía para llevar y traer diferentes documentos dentro del esta-

blecimiento, especialmente cheques entre las cajas y los archivos donde se comprobaba la firma. Para eso no se necesitaba demasiada formación. Nos presentamos tres candidatos todos adolescentes y entre un negro, un mulato y un blanco, escogieron al blanco porque por una ley no escrita, ninguna persona “de color” podía trabajar en los servicios bancarios debido a la desconfianza que generaba. Cuando el jefe de personal me explicó sus razones, sentí tal vergüenza interna que nunca más intenté trabajar en un banco en Colombia. Por supuesto que no acepte su trabajo, pero esa experiencia me sirvió para comprender el racismo latente que se almacenaba en el subconsciente colectivo de la miserable sociedad en la que vivíamos.

A los 15 años colaboraba con un programa de radio en “La Voz del País” y con Christian Caicedo, teníamos otro en “Radio Eco” los sábados. Hablaba de cualquier cosa. En esa época, los discos modernos tardaban en llegar al circuito comercial. Adolfo, por el negocio de su padre, consiguió el recién salido segundo LP de los Rolling Stones, grupo poco conocido, al menos en Cali. Pero esa música no era la mía. Siempre fui un viejo rumbero del sur y me molestaban los “rockanroleros” del norte. Mis gustos musicales se forjaron con el bolero arrabalero, el tango, las rancheras y la Salsa cuando todavía no se llamaba Salsa. Yo soy del negrito del batey, del negro bembón, de la punta del pie de teresa, del chivo de la campana, del comején que todavía camina, del pachulí sujeto fino, del que no es médico ni abogado, pero tiene un swin que todos quisieran tener. Fui criatura nocturna del “Aretama”, “Costeñita”, “Séptimo Cielo” y “Fantasio” y por pura concesión y condescendencia, fui también dominguero del “Latino”.

De modo que cuando Adolfo nos presentaba lo nuevo del rock venido de Inglaterra, yo tenía un rechazo visceral, mientras que a Ernán y Arturo les fascinaba. Sin embargo, echando mano de la gran impostura que toda la vida me ha acompañado, no tuve ninguna vergüenza en escribir un largo panegírico sobre las “piedras que rodaban” y la música que se nos venía encima. En esa clase de canciones Adolfo fue mi mentor. De su mano conocí a los perros rabioso de Joe Cocker, Mama and Papas, Jimmy Hendrix, The Kins, etc. y por supuesto, The Beatles que se convertirían en un legado sacrosanto en donde Ernán y Adolfo rivalizaron toda la vida por saber quién era más fanático y quien guardaba los recuerdos más antiguos en el altar que cada uno construyó de este grupo. Esa guerra no fue la mía.

Mi guerra iba por otros causes y junto con Aníbal y Ernán escribíamos poemas. Siempre recuerdo el placer que sentía al escribir versos perfectos, aunque fueran malos. Cuando se es adolescente se cree y eso nos bastaba: eran falsos poemas perfectos. No teníamos empacho alguno en frecuentar colegios y veladas literarias leyendo nuestros poemas y enamorando a las niñas de faldita corta y mirada extasiada.

En aquella época, Adolfo aprendió a rasgar la guitarra y nos deleitaba las tardes y noches con su interminable “Chica de Ipanema” y sobre todo “Michelle” que intentaba cantar en spanglish para asombro nuestro. Con el tiempo, reconozco que como guitarrero su arte dejaba mucho que desear, pero en aquel entonces era nuestro ídolo, máxime cuando, en un alarde de irresponsabilidad, decidió ponerles música a nuestros poemas. Desde entonces nuestra admiración desborda la racionalidad y para nosotros siempre será el mejor guitarrista muy por encima del resto de amigos que son músicos de profesión, como su mujer MT, Albertico y Agni.

No teníamos miedo a nada, ni siquiera al ridículo y fuimos capaces de organizar, en el garaje de

la vivienda de Aníbal y con el permiso de su madre, la magnífica Mama Lucha, un Festival de Arte de Retaguardia al mismo tiempo que se celebraba el Festival oficial en la ciudad de Cali. Invitamos a los vecinos que medio divertidos y medio sorprendidos, nos escucharon desbarrar sobre lo divino y lo humano, mientras admiraban las pinturas que habíamos perpetrado para la ocasión. Recuerdo que Sebastián, el hermano mayor de Aníbal, intentaba por todos los medios recuperar nuestras energías y dedicarlas a la revolución. Nos citaba en lugares singulares a donde debíamos llegar sin despertar sospechas y nos adoctrinaba con textos guevaristas. Era muy estricto con las horas de las citas y el día que inauguramos nuestro atípico Festival, le fallamos en una reunión que olvidamos por el entusiasmo de nuestra actividad. Sin embargo, nos perdonó cuando vio el esfuerzo que habíamos realizado para elaborar nuestra hilarante acción. Tengo un recuerdo muy especial de Mama Lucha y supe que me apreciaba porque cada vez que regresaba a Cali, me recibía con una succulenta cazuela de mariscos preparado con su receta especial de Barbacoas. Después Aníbal la copió y la reproduce muy especialmente para sus amigos. ¡Que delicia!

Hoy en día, Aníbal es reconocido como uno de los grandes poetas de Colombia y Ernán publicó cuatro libros de maravillosos versos. Yo en cambio, sigo llorando por mis versos malos de mi adolescencia y a cambio redacto cualquier cosa con tal de mantener esta maldita tarea de escribir, como si fuera un castigo y una penitencia que debo cumplir, aunque no lo quiera. En ello está mi salvación.

§§§§§

Alberto Guzmán y Carlos Jiménez me torear la lengua con que chicaneo con mis lecturas de adolescente. Ahí va otra historia. Cuando leía todo lo que caía en mis manos, lo leía con pasión y deleite y las lecturas pasaban desde Vargas Vila hasta la Filosofía de Julián Marías. Ya he contado que desde los ocho años hasta los once que los terminé, me leí todos los tomos del “Tesoro de la Juventud” y de ellos viví hasta muy entrada la universidad. No me planteaba como un erudito, pero sabía, al menos, de que estaban hablando.

Mis conversaciones, sobre todo con las chicas adolescentes y mucho más mayores, me salían bastante fluidas y podía acompañarlas de narraciones amenas sacadas de la historia. A veces me tocaba explicar “palabros” que no entendían pero que yo manejaba con soltura. Siempre terminaban diciendo que yo era “como un libro abierto”. Esa característica innata de mi personalidad me despejó tres campos en mi temprana vida: perder la virginidad entre los trece-catorce años, aplacar con el verbo iras y peleas destinadas a romperme la cara, y facilitarme la labor en la radio cuando colaboraba a los quince años.

Mi constitución física siempre ha sido aparentar ser mayor de mi edad real. Por eso me contrataron en la “Librería Nacional” de la Plaza de Caicedo, la única que existía en aquella época, por mis conocimientos bibliográficos. Trabajaba con Felipe Ossa y Javier Belalcázar que era poeta y pintor, uno de los pocos cartelistas de cine que pintaban las fachadas de los teatros con los afiches de las películas. En esa Librería se realizaban conferencias y mesas redondas con muchos intelectuales reconocidos.

Recuerdo que una vez se presentó Jorge Zalamea, el autor del “Sueño de las Escalinatas”, poema que me sabía de memoria y lo recitaba cuando me dejaban hacerlo. Acababa de llegar de Grecia y su discurso mezclaba autores y situaciones turísticas. A mi lado se encontraba un cono-

cido del bachillerato que siempre pretendía hablar para darse a conocer. Por diversión, me dediqué a comentarle párrafos de los autores que citaba el Maestro o que tal otro mencionaba tal hecho relacionado con lo que estaba diciendo. Eso lo deslumbró y para mi sorpresa, sin encomendarse ni a Dios, ni al Diablo, levantó la mano y repitió como un loro todo lo que le estaba diciendo, recibiendo el parabién del orador. Al sentarse, decidí jugarle una pala pasada y le conté más cosas, pero esta vez me las inventé tergiversándolo todo. Pero estaba tan emocionado de lo que acababa de hacer que no insistió en que le volvieran a dar la palabra.

La facilidad de lectura que tenía desde muy temprana edad, también pude “monetizarla” escribiendo reseñas de lectura y comentarios más o menos serios tanto para los compañeros bachilleres, como para los que ya estaban en la universidad. Recuerdo dos trabajos “negros” que me quedaron muy bien: El Ser y la Nada de Sartre y otro que titulé: Del tiempo perdido con Marcel Proust.

De mi trabajo en la Librería Nacional conocí a casi toda la “Pléyada” de escritores existentes en aquel entonces y con algunos tengo ciertas anécdotas (por ejemplo, con Hernán Hoyos, el pornógrafo o Eutiquio Leal). Si me da el ánimo, las contaré.

§§§§§

He leído la crónica propuesta por José Marcelo Del Castillo sobre Hernán Hoyos, bastante completa, pero le falta la siguiente anécdota.

Intimé con Hernán Hoyos cuando trabajé de adolescente en la Librería Nacional. En ese entonces Hernán era un vendedor de artículos de oficina con pretensiones de escritor. Había publicado dos libritos de cuentos (sin pornografía) pagados de su bolsillo que no tenían demasiado éxito. Entonces cambio de rumbo y escribió el primer libro que lo volvió famoso: “Crónica de la vida sexual”. Se dedico a escribir, en los rollos de papel de calculadoras que vendía, los comentarios de todas las prostitutas de los burdeles que frecuentaba. En algunas de esas correrías lo acompañé. Entrevistó al actor del TEC, Iván Montoya que era homosexual declarado y a un Profesor de Arquitectura de Univalle, que también lo era y a su amigo, de apellido Caicedo. Además, la propia Librería Nacional era una fuente permanente de múltiples aventuras.

El autor se alimentaba de las historias que circulaban en la cafetería, como las historias de la “Petite Putá”, una agradable chica francesa que frecuentaba a “los intelectuales” que concurrían a la heladería. Otra era “Sibila”. Pero su fama fue dada gracias a un periodista paisa de nombre Aguirre (o Agudelo ya no me acuerdo) que tenía una columna en “El País” y era contrincante de Pardo Llada que escribía en “Occidente”.

Personalmente conocía al periodista paisa porque su oficina estaba justo al lado del estudio de grabación de la “Voz del País” en donde registraba, junto con Leonor Sánchez Roso (Ketty), el programa que se transmitía todas las tardes. Se lo presenté a Hoyos y le propuso, como buen comerciante, un trato muy especial. Le pagaba un precio semanal cada vez que el periodista paisa le dedicara un insulto o un desprestigio en su columna o en la radio. Necesitaba que hablara mal de él y de sus libros. Y así se hizo. Evidentemente, Pardo Llada fue su defensor.

La pantomima llegó al paroxismo cuando Hernán retó públicamente a un duelo a muerte al periodista “agresor” y durante mucho tiempo divertieron a la audiencia con los preparativos del duelo que no tuvo lugar. De ahí en adelante, los libros del “pornógrafo” se vendieron como churros.

La Lucidez del Juego

Recuerdo que cuando niños, las actividades lúdicas que inventábamos tenían normativas que cambiaban constantemente según el juego y en función del propietario del instrumento con que jugábamos. Si era fútbol, a pesar de que conocíamos más o menos las reglas, era el dueño del balón quien decidía finalmente si era gol.... O se llevaba la pelota. Los más fuertes de la pandilla decidían en qué momento, al grito de “¡Manigus!”, nos robaban las canicas o los trompos o las tapas o cualquier objeto elemento del juego.

Fue una etapa de enfrentamientos continuos, donde nos batíamos como lobeznos asimilando las reglas no escritas de la convivencia grupal. Al mismo tiempo, inventábamos un segundo mundo de fantasías frente a la naturaleza que nos rodeaba.

Según los antropólogos, el juego infantil con sus acciones racionales e irracionales, fueron el origen de las primeras civilizaciones. Las reglas no escritas se transformaron en la edad adulta, en normas más serias de comportamiento tribal y religiosas, perdiendo su función lúdica infantil. Se convirtieron en Cultura y en identificación colectiva del Grupo. Las fantasías infantiles evolucionaron a mitos en donde, medio en broma y medio en serio, nacieron los dioses y con ellos, el culto y las practicas sagradas.

También dicen que el juego infantil creo la comunicación. El lenguaje nació con la necesidad de nombrar, distinguir, discutir y transformar en sonidos, los pensamientos y las explicaciones para poder jugar. Todos recordamos la infinidad de palabras que imaginábamos para designar ciertos momentos del juego que luego se transmitían oralmente de generación en generación.

Desconozco a que juegan actualmente las nuevas generaciones y como intercambian sus lazos afectivos. Pero intuyo que estos juegos infantiles son bien distintos dependiendo de la clase social a la que pertenecen los jugadores, creando, en una misma geografía, culturas diferentes a través de las cuales perciben e interpretan la realidad de desigualdad permanente que les rodea. En esta circunstancia, ¿cómo el juego puede llegar a ser identificación colectiva de una sociedad concreta?

Teatro Crítico Particular (Intento genealógico)

Cinco espacios geográficos conformaban la Península Ibérica en el Siglo XIII: Castilla-León, Aragón, Portugal, Navarra y el Reino musulmán de Granada. A los nueve años, Fernando IV heredó el trono de Castilla-León en contra de otras familias reales que lo reclamaban. Varias veces intentaron destronarlo, pero su madre, María de Molina y su mentor, enfrentaron a sus enemigos y lograron que Fernando ejerciera plenamente el poder desde muy joven. En esa lucha intervinieron muchos clanes familiares en contra y a favor. Sin embargo, se logró la unificación de todos ellos en las guerras contra los musulmanes. Había muchos tesoros y reconocimientos reales a ganar.

Los Clanes Familiares Carvajal y Benavides, mantuvieron diferentes pugnas por mercados, alianzas y favores de los grandes del reino. Ambos gozaban de la simpatía del Monarca. Cada vez que se ganaban tierras a los árabes, estas familias se desplazaban con sus ejércitos, como nuevos colonos y fundaban nuevas ciudades. Plasencia (Extremadura) se convirtió en la frontera entre los Reino cristianos y musulmanes y asentamiento de los nuevos colonos.

En 1312 Fernando IV intentaba tomar el Castillo de Alcaudete, cerca de Jaén, que se encontraba en manos árabes desde el siglo VIII. En Plasencia quedaba como “Válido” su hombre de confianza, Juan Alonso de Benavides quien fue asesinado saliendo del Palacio Real, en hechos muy confusos, nadie vio nada a pesar de la guardia real. La noticia de la muerte de su favorito le llegó al monarca en Martos, población cercana a Jaén.

Los rumores de la familia Benavidez acusaban, sin prueba, a los hermanos Pedro y Juan Alfonso Carvajal, caballeros de la Orden de Calatrava. Tiempo atrás, Pedro de Carvajal mató a un Benavidez en un duelo que, aunque estaba autorizado por el Rey, hizo aumentar el fastidio del Rey contra la familia Carvajal.

El Rey aceptó los rumores como hechos reales. y los mandó a prender y traer a su presencia. Pese a que los hermanos Carvajal juraron ante Dios y por su honor, que eran inocentes, el Rey encolerizado, los juzgó culpables y los condenó a muerte de la forma más cruel posible. Fueron encerrados en una jaula de hierro con puntas

afiladas en su interior y posteriormente arrojados desde la cumbre de la Peña de Martos en presencia del Rey, de su ejército y de los habitantes del poblado. Los gritos de horror se sintieron en el Valle alarmando a los aldeanos.

Ante de morir, los hermanos reclamaron su inocencia señalando a Dios como testigo y puesto que la justicia real los condenaba, emplazaban a Fernando IV, Rey de Castilla, a comparecer ante el Tribunal Divino en el plazo de treinta días, a dar cuenta a Dios por tan injustas muertes. A los 30 días exactos y en plena guerra, el Monarca se sintió enfermo. El 7 de septiembre de 1312, Fernando IV fallecía en Jaén con 26 años de edad, de forma misteriosa y sin que nadie le viera morir. Se había cumplido la convocatoria lanzada al Monarca. Debido a estas circunstancias, a Fernando IV se le conoce con el sobrenombre de “El Emplazado”.

Los cuerpos destrozados de los hermanos Carvajal fueron recogidos por los aldeanos afligidos y enterrados en la Real Iglesia de Santa Marta de la ciudad de Martos. Todavía hoy en día, a escasos metros de la cima, en la parte noroeste de la peña y de dificultosa accesibilidad, existe una cruz de hierro llamada “Cruz del Lloro” que los vecinos de Martos levantaron como símbolo de compasión.

Pese a que el honor del Clan Carvajal fue rehabilitado en términos jurídicos, no lograron apaciguar las maledicencias de la población. Una parte de la familia que vivía en Garganta de Olla, pueblo aldeaño de Plasencia, había comprometido el matrimonio de su hija, Isabel de Carvajal, con el sobrino del obispo de Plasencia. Pero en último momento, arguyendo que ese matrimonio perjudicaba la carrera de su sobrino, el obispo rompió el compromiso, causando la deshonra de la familia.

La frustración y el desengaño que sufrió Isabel fue muy fuerte y en un desafío total, abandono la casa familiar y se fue a vivir al monte donde murió maldiciendo a todos los hombres. La leyenda popular la recuerda como la Serrana de la Vera, una amazona que vive en una cueva, cazando animales para sobrevivir. Como venganza, seduce y enamora a todos los pastorcillos que merodean por la Sierra, los lleva a su cueva donde hace lumbre con huesos humanos y después de disfrutarlos sexualmente, los asesina. Esta leyenda es utilizada para asustar no solamente a los niños y pastores, sino también, a todos los hombres que se aventuran de forma solitaria en la montaña.

Al principio del siglo XV, existían varios subgrupos familiares del Clan Carvajal instalados en Extremadura, plenamente independientes. Era una familia muy extensa compuesta por una parentela de consanguíneos y afines, con patrimonios adquiridos en las conquistas del territorio musulmán y matrimonios concertados con familias que tenían tierras aldeañas. De modo que, al pasar de los años, más que un linaje, conformaban un gran clan de parientes cercanos y lejanos que se ayudaban o no, dependiendo de los intereses y los beneficios que se pudieran sacar.

En la ciudad de Cáceres existían dos grupos con intereses diferentes. Los Carvajal de “Arriba” pretendían subir la escala social de la nobleza y, por lo tanto, mantenían una estrategia rígida de alianzas por matrimonio y negocios, cuidando al máximo las apariencias. Mientras lo de “Abajo” se contentaban con mantener las hidalguías y los privilegios obtenidos en las contiendas contra los árabes. Comercian a diestra y siniestra con todo lo que representara beneficios

inmediatos. Creaban rutas de negocio de cereales y ganado. Y, sobre todo, trataban con las esclavas moriscas capturadas en las batallas.

En 1420, los de “Arriba” se encontraban negociando alianzas matrimoniales con una familia próxima a la corona, con dotes formidables que sacarían del apuro a la noble familia, obteniendo los Carvajal de Arriba mayor poder. Cuando en un matrimonio concertado, la categoría social de la mujer era superior, el marido y su familia elevaban su condición social, volviéndose hereditaria.

Sucedió entonces que Mateo de Carvajal, tratante de esclavos y curtidor, miembro de los de “Abajo”, vendió tres moriscas entre 15 y 20 años, habidas en buena guerra de la nación mora. Como eran infieles y enemigas de la fe católica, podían ser vendidas como esclavas. Según el contrato, se trataba de mujeres de constitución medianas, cuerpo rehechas y bien parecidas, color membrillo cocido. No eran ladronas, fugitivas, putas, hechiceras o que tuvieran gota coral en pies y manos u otra cualquier enfermedad que se le conozca.

Vende dos ejemplares al Notario Real, y la otra a un clérigo amigo de los Carvajal de Arriba, agregando que era virgen. La posesión de esclavos era muy extendida entre los clérigos, quienes solían tener al menos un esclavo a su servicio, tratándose muy habitualmente de mujeres. Seis meses después, la venta fue impugnada por el clérigo acusando a Mateo de haberle engañado pues la esclava mora no solamente no era virgen, habiéndolo comprobado físicamente, sino que estaba embarazada y eso ponía en riesgo la inversión realizada por la alta posibilidad de morir en el parto. Además, su configuración física parecía tener 25 años. Mateo alegaba que fue el clérigo quien la había preñado y que era imposible saber si tenía 20 o 25 años. La discusión se avivó entre los dos hombres y llegaron a las manos.

Golpear a un clérigo significaba un proceso que podía llegar a la excomunión y eso significaba la ruina y el descrédito para todo el apellido. Estando en la disputa, apareció el Notario Real con la novedad de que una de las moriscas vendidas había huido de su casa y estaban buscándola con los gastos adicionales que eso representaba. Puesto que en la venta se decía que no era fugitiva, Mateo de Carvajal debía devolver lo cobrado por ella.

La situación empezó adquirir un cariz desagradable y poco propicia a los intereses de los Carvajal de Arriba que decidieron intervenir directamente, asumiendo la recompra y liberando a todos de cualquier responsabilidad. Pero con esa decisión, cortaron toda relación con los Carvajal de Abajo y en adelante se configuraron como Apellidos y Clanes familiares completamente diferente a los de Abajo y así lo hicieron saber al resto de la población.

A través de los siglos, el Clan de los Carvajal de “Arriba” lograron subir la escala social de la nobleza castellana. Por entronques familiares, servicios especiales a las familias reales y a la corona, compra de realengos, llegaron a conseguir Baronías, Condados, Marquesado y Grandeza de España. Ocuparon puestos muy importantes en la administración real, desde los Reyes Católicos hasta Carlos III. Tuvieron a su cargo durante siglos (desde 1513 hasta 1769), la responsabilidad y administración del Correo Mayor de las Indias, puesto crucial para manejar las comunicaciones con la Colonia. Lorenzo Galíndez de Carvajal, hijo bastardo, aunque reconocido, de Diego González de Carvajal, arcediano de Coria y canónigo de Plasencia, se convirtió en un gran jurisconsulto, consejero de la Corona desde Isabel hasta Carlos I. Intervino a

favor de Hernán Cortez para gobernar la Nueva España.

De este Clan Familiar salieron muchos Canónigos, Obispos y Cardenales, personajes importantes unos y ridículos otros. Desde que la entusiasta madre del Emperador Constantino, empezó a comprar reliquias que aparentemente pertenecían a Jesucristo, el culto, veneración, negocio y el fraude se popularizó en la Edad Media y el tráfico de restos de santos fue muy intenso en búsqueda de ingenuos. Cuando abrieron la presunta tumba de Cristo en Jerusalén para arreglar su deterioro, encontraron un pedazo de madera que había sido donado por la madre de Constantino como si fuera *Lignum Crucis*.

De esa locura de reliquias sufrió uno de los Obispos Carvajal que estando en Roma y en los diferentes sitios que lo envió el Vaticano, compraba a precio de oro lo que ofrecían. Con estas reliquias atiborró a las iglesias de Extremadura de pañales del niño Jesús y de su cordón umbilical; una mesa de la última Cena que todavía se venera y, además, del mantel que lo cubría; una santa espina de la corona del Cristo, la cola del pollino que paseó a Jesús y lo más sorprendente: dos botellas sagradas donde se conservaba un suspiro de San José y un estornudo del Espíritu Santo. Cuando regresaba, en las tertulias familiares se quejaba de las reliquias que se le escapaban, como la pluma del Arcángel San Gabriel que perdió el día de la Anunciación.

Su fanatismo le llevó, de forma insensata, a robar del Vaticano, un madero de la Vera Cruz y trasladarlo al Palacio de los Carvajal en Cáceres donde la reliquia era venerada por toda la familia y sus invitados. El Papa, por tan grave pecado, le impuso como penitencia, la obligación de construir siete Ermitas en los alrededores de Cáceres y mantenerlas. El prelado no solo cumplió con lo mandado, sino que triplicó las fundaciones y, hoy día, no existe en Extremadura ningún lugar, por abandonado que sea, que no tenga una capilla “Carvajal”.

Otro Obispo, Bernardino de Carvajal, fue un gran amigo del Cardenal Rodrigo Borgia, elegido posteriormente como Papa Alejandro VI, que lo nombraría Cardenal. En las grandes triquiñuelas y componendas de Isabel, le consiguió la Bula Papal secreta del Papa Sixto IV que legalizaba su matrimonio con Fernando, permitiéndoles acceder legalmente a la corona de Castilla. Corona ganada de forma poco ortodoxa, primero, en contra de su hermano Enrique IV y después contra su prima Juana (casada con el Rey de Portugal), llamada la Beltraneja (porque decían que era hija del Consejero Beltrán y no de su hermano) a la que despojo de todos sus títulos.

Bernardino también intervino en las Bulas que el Papa Alejandro VI concedió a la Corona de Castilla, en la cabeza de Isabel, para que, de acuerdo al derecho divino, pudiera conquistar, evangelizar y explotar como propietarios en nombre de Dios, su verdadero dueño, las nuevas tierras descubiertas de las Indias Occidentales incluido sus habitantes.

Los Carvajal de “Abajo” siguieron con sus diversos negocios, la explotación agrícola y ganadera. Abrían nuevas rutas de mercados. Además, ayudaban como prestamistas y con soldados, a las familias reales castellanas y a la Corona de Castilla-León en sus guerras intestinas. Poco a poco, lograron hacerse con algunos títulos nobiliarios menores, como caballeros e hidalgos y algunos Mayorazgos. Muchos de sus miembros obtuvieron su hidalguía por haber tenido siete hijos seguidos, sin que se cruzara una hembra que interrumpiera la serie. Era privilegio otorgado por la corona necesitada de guerreros. Otros, porque descendían de hidalgos por cuatro costados (abuelos paternos y maternos).

Algunos tenían hidalguías menores, pues solamente era válido en la región en que vivían o, teniendo el título, no gozaban de casa solariega. Algunos otros habían pagado por tener derecho a cobrar 500 sueldos como satisfacción por las injurias que recibiesen. Algunos miembros eran bastantes ricos. El jefe del Clan y sus consejeros, mantenían la equitativa distribución de oficios, prebendas, honores y todo tipo de parcelas de poder entre las principales ramas de las familias. Llegaban incluso a castigar a los miembros que ocasionaran ruido, escandalo o que no se sometían a las normas establecidas, a destierro por seis meses, por un año o definitivamente. El interés general del Clan primaba sobre los intereses individuales de sus miembros.

En aquella época solo el hijo mayor tenía derecho a heredar las propiedades, sin que los hermanos menores y mucho menos las mujeres, tuvieran acceso a esa herencia. A los hermanos menores les quedaba la opción de trabajar para su hermano mayor o independizarse sirviendo en los ejércitos reales o abrazando la profesión de monje. Las mujeres servían como moneda de cambio para casarla, mediante dote, con otras familias para agrandar el patrimonio familiar. La mayoría de las solteras ingresaban como monjas o confinadas en los conventos.

HISTORIA DEL PROFE

La Edad del Profe
La Sorpresa del Profe
Charlas con los Amigos
El Encuentro
El libre Albedrio de Doña Inés
Anécdotas de "Urgencias"
Arriesgando la Caída

La Edad del Profe

Al profesor no le gustaba celebrar cumpleaños. Tenía sus razones, pero no quería compartirlas.

- ¿Qué día cumples años? – preguntaban sus amigos
- Yo no cumplo años – decía con voz severa – ¡yo cumplo Ciclos, Etapas...! -
- Vale. ¿Pero en que ciclo vas? -
- Voy por mi sexto ciclo – contestaba sonriendo.
- ¡Joder! – comentaban sus amigos - ¿pero cuanto año tiene un ciclo? -
- Pues depende, cada ciclo es diferente. El primero de ellos duró ocho años. El segundo siete, el tercero diez, el cuarto diecisiete, el quinto trece y el sexto no lo se. Pero en todo caso, no festejo nunca mi cumpleaños. -
- Pero... ¿cuándo sabes tú que un ciclo se acaba y otro comienza...? - insistían los amigos.
- No lo se. Lo sé a posteriori, en la evocación que hago con el tiempo y dentro de mí, se forma la firme convicción de que en ese momento se acabó uno y comenzó otro ciclo. Más aún, creo que sufro hasta transformaciones físicas...-
- ¡Vamos profe! No será para tanto... - exclamo uno de sus amigos con una copa de coñac en la mano.
- Pues les aseguro que quienes me conocieron a los quince años no me reconocerían a los treinta y los que me conocieron a esa edad tampoco me reconocerían en la cuarentena y mucho menos después de los cincuenta. Ahí están las fotos donde se puede comprobar. -

Y efectivamente, sacaba unas fotos de su adolescencia con patillas y cabello largo y otras con veintiséis años, con bigote y barba y otra con barba recortada cerca de los cuarenta y una incipiente calva que, comparada con su excelente calvicie y barba a media rasurar completamente cana que usaba a sus setenta años, ciertamente, demostraban sus palabras de cambio físico.

- ¡Ostias! Pues es verdad. Incluso pongo en duda que seas tú el adolescente -
- Pero no solamente cambié de imagen, es que nunca volví a ser el mismo. Os pongo un ejemplo. Supe que el primer ciclo había terminado cuando, a los ocho

38 años, empecé a tener unos fuertes sueños eróticos con la mujer de mi tío. –

- ¡A los ocho años! Venga ya.... Tendrías más años... ¡ -

- Os lo juro que no y lo recuerdo todavía como si fuera ayer. Se había casado con una italiana blanca como la leche, rubia, de ojos azules y con curvas prominentes. Con ella tuvo cuatro hijos y el penúltimo primo era de mi edad. Cuando pasábamos juntos las vacaciones de verano, ella nos vestía y nos desvestía, a mi primo y a mí. Nos enjugaba cuando salíamos del río y en esos momentos mis ojos miraban sus extraordinarios senos que vibraban mientras ajeteaba con la toalla o con nuestros pantalones de baño. Pienso que, en ese momento del día, yo reprimía la libido, pero por las noches daba rienda suelta a toda esa acumulación de imágenes y soñaba y alucinaba comiéndome literalmente cada uno de sus tetas a mordiscos... -

- ¡Anda que eres exagerado...! Ya sería menos... -

- ¡Qué no! Que es tal como lo cuento. Era como estar comiéndome un pastel de gelatina temblorosa ¡me las comía a trozos! Y me despertaba sudoroso relamiéndome de gusto.

- ¿A los ocho años...? ¿Estás seguro de eso? ¿No te lo habrás inventado en tus recuerdos...? -

- Lo tengo grabado en mi cerebro y la edad exacta puesto que ese año sucedieron varias cosas que cambiaron radicalmente mi vida. En primer lugar, nos fuimos del barrio popular donde nos habíamos criado y nos trasladamos a un barrio burgués a la altura del nuevo estatuto social que querían nuestros padres. Perdí todos los amigos y las aventuras de vivir prácticamente en la calle. En la casa infantil teníamos unas reglas muy simples, teníamos que estar al mediodía para almorzar y al ocultarse el sol para comer y dormir pronto. No había tele. -

- Pues casi como todos nosotros. Así fue nuestra infancia – contestaron los amigos que compartían más o menos la misma edad que el profesor.

- Pero es que mis sueños oníricos despertaron en mi interior, unas ganas de conocer algo más. ¡Siempre fui lector compulsivo y de leer a Julio Verne pasé a leer una enciclopedia de ocho tomos, donde existían fotos de museos con desnudos femeninos que me hacían suspirar...! “El Tesoro de la Juventud” no solamente fue fuente de literatura, historia y geografía, sino también, mi primer libro erótico. Ahí terminé mi primer ciclo de vida y comenzó otro distinto con experiencias que me llevaron a perder mi virginidad. Entonces comenzó un tercer ciclo. Es así como recuerdo mi historia y por eso no celebro cumpleaños. -

- ¡Joder profe! – indicaron algunos – difícil nos lo pones si queremos hacerte algún regalo. -

- ¡Ah no señores! - contesto prontamente el profe - los regalos se reciben por cualquier motivo, por vuestra generosidad. Pero nunca por un aniversario repetitivo cuya falta de imaginación conmueve a tantas personas. El regalo más grande es la Donación al estilo de Mauss, es decir, la disponibilidad de poder contar con vosotros en cualquier momento y sin necesidad de formalismo. El poder de acabar con mis reservas de ron y vino en vuestra compañía. Eso es todo. Y es lo máximo... -

Todos levantaron sus copas y brindaron por los Ciclos del profe.

La Sorpresa del Profe

Era media mañana y la cafetería madrileña estaba a rebosar. Buscando donde sentarse, la vio de pronto acomodada en la barra. Hacía cerca de dos años que no la veía y, pese a que su belleza siempre lo había perseguido en el recuerdo, la diferencia de edad, además de haber sido su profesor, lo había separado de ella. Su cabello rojizo le seguía cayendo sobre los hombros y sus ojos verdes intensos seguían mirando con picardía.

- ¡Ole! - lo saludo ella con dos besos contenta de verlo.
- Hola Paloma, que bien estas... - le dijo él
- ¡Pero hombre! ¿Todavía estas con esas? ¿A estas alturas no me distingues? – le dijo ella con una sonrisa amplia y picarona.
- Pero... ¿qué tengo que distinguir...? – dijo él con asombro y con un sentimiento de confusión reflejado ingenuamente en la cara.
- ¡Venga ya! No me digas que después de casi dos años de estar saliendo contigo, no me distingues de mi hermana...
- Pero ¡qué dices Paloma...! ¿quién es tu hermana...? -
- ¡Que nos soy Paloma! Soy su hermana.... -
- ¿Hermana...? No entiendo.... – y en su mente empezó a formarse una confusa idea...

Recordó la primera vez que Paloma apareció en su despacho universitario y con esos ojos verdes y su grandiosa humanidad de veinte años, le planteo su problema.

- Necesito aprobar esta asignatura si o si y estoy dispuesta a hacer los que sea necesario, pero debo aprobarla...-

El profe se quedó mirándola medio abobado y medio burlón...

- ¿Hacer lo que sea...? -
- Si. Lo que quieras...-
- ¿Harás todo lo que yo te pida...? ¿Todo?
- ¡Qué si! Que estoy dispuesta a lo que me pidas... -

El profe no lo pensó dos veces, inmediatamente le dijo

- Quítate el abrigo y cierra el despacho con llave – y le estiro la mano con el llavero entre el pulgar y el índice. Ella de inmediato, con mucha determinación, tomo el llavero cerró la puerta y se quitó el abrigo. Luego se quedó mirándolo. Entonces el profe, con la mirada burlona que nunca lo abandonó, le espeto
- Muy bien, ahora siéntate aquí a mi lado- cosa que Paloma hizo rápidamente.
- Ahora, saca el libro y vamos a pasar la tarde estudiando para el examen.

Con mirada sorprendida y risueña, Paloma paso la tarde estudiando la signatura con el profe y preparando el examen final del día siguiente. Cuando terminaron, ella se levantó, lo miró intensamente y le dijo:

- ¡Eres un profe genial! Gracias- y le planto dos besos muy calurosos que el profe agradeció. Abrió la puerta y desapareció.

Aprobó el examen, pero el gusanillo de la oferta le siguió rondando al profe sobre todo por la belleza y la juventud de ella. No era la primera vez que le sucedía anécdotas como esta. Ya estaba curtido con historias parecidas desde que enseñaba en Paris y a sus treinta y cinco años sabía perfectamente que gustaba a las chicas de todas las edades. Pero también sabía que corría mucho peligro por las relaciones profesor-alumnas que, aunque fueran consentidas entre adultos, estaban muy mal vistas por las autoridades académicas.

Un día, en un encuentro casual en el patio de la universidad, el profe le propuso un viaje, fin de semana a Sevilla donde le tocaba dictar un seminario. Ella acepto de inmediato. En el viaje de cinco horas, poco a poco se fueron acercando y pasado el puerto de “Despeñaperros”, ya se estaban besando.

Llegaron un jueves y tenían previsto regresar domingo, pero la convivencia fue tan agradable que se quedaron a dormir el domingo en la mitad del camino en el encantador Parador de Manzanares.

Desde entonces se estuvieron viendo esporádicamente durante dos años y medio, sobre todo cada vez que el profe tenía un congreso fuera de Madrid. Con ella fue a París, a Roma, a Oporto, a Bruselas y a otros viajes nacionales y un viaje a Venecia solo por el placer.

Su relación tenía un principio muy simple, todo dependía de la disponibilidad de ella en acompañarle. Si no podía, el profe tampoco se molestaba, tenía suficientes profesoras a quienes no le disgustaría disfrutar de su compañía. Tal vez, por esa razón, su relación con Paloma, a pesar de ser apasionada cuando estaban juntos, terminaba al desaparecer su presencia.

Dejaron de verse cuando en una invitación a Helsinki, ella dijo que no podía, luego que sí y por último lo llamo para decir que era imposible. A su regreso ya no volvió a llamarla y así paso el tiempo hasta el encuentro presente. Por eso, cuando, en la cafetería, Paloma le dijo que no era Paloma, sino su hermana, su cara de asombro empezó a coordinarse con su memoria y empezó a recoger múltiples cabos sueltos que empezaron a emerger en su recordación.

- ¿Qué quieres decir que eres su hermana? - le pregunto atolondradamente.
- ¡Vamos hombre! No vengas con el cuento de que no lo sabías. No sabes cuantas veces nos pasamos con Paloma discutiendo si eras lelo o simplemente te daba igual que fuera la una o la otra. Nos gustabas a las dos y no nos importaba acompañarte, sobre todo cuando íbamos afuera, con todos los gastos pagados... - Mientras hablaba, agitaba las manos tocándole el brazo o

rozando con su dedo la mejilla tal como lo hacía Paloma. Eso lo volvía loco.

- Somos mellizas idénticas. Siempre nos vestimos igual, nos peinamos igual y además, ¡nos divierte intercambiarnos! Yo fui contigo a París y a Bruselas. ¡Ah! y a Londres...-

- ¿De verdad que fue así? No me di cuenta. Si no me lo dices, no me lo creo- y el profe, con el sentimiento de vergüenza subiéndole a la cara, trataba de justificarse.

- Pues en la cama os comportabais igual...-

- ¡Ja, ja! Eso lo tienes que saber tú que te acostaste con ambas... Yo no me he acostado con mi hermana. Pero si acordamos que eras bastante fogoso y muy placentero estar contigo. Y luego... es una delicia escucharte hablar ¡eres un libro abierto! Lo que hemos aprendido contigo en todo, en historia, en las comidas y, sobre todo, en los vinos que nos hiciste probar.

- Bueno, pues al menos eso que tengo a mi favor...-

- ¡... y más! No seas modesto. Al principio, Paloma se enamoró de ti y fue cuando yo quise sabe por qué. Por eso la reemplace en París. Acordamos que te compartiríamos de ahí en adelante. -

- Pero que pasa ¿tenéis la costumbre de intercambiar parejas? ¿Os divierte confundir a vuestros admiradores...? -

- ¡Venga hombre! No te pongas así que nos conocemos. Según tus propias confidencias, tú eres igual que nosotras... ¿recuerda las historias de tu vida parisina de la que alardeabas en ciertos momentos...? -

- ¡Vale! ¿Pero a quien se las contaba...? ¿A ti o a tu hermana...? -

- ¡Qué más da! No tenemos secretos entre nosotras. -

. ¿Y qué fue lo que paso con Helsinki? ¿Por qué tanta vacilación? -

-¡Ah! Aquello, pues tiene una explicación muy simple. Nos invitaste... -

-... Invité a Paloma...-

- ¡Mira que eres lelo...! Si. Invitaste a Paloma, pero ya te he dicho que cada invitación la tratábamos para ambas. Y a Helsinki Paloma te dijo que sí, que iba; pero después le llegó una invitación de su novio que tenía que acompañarla al matrimonio de su hermana, y te contesto que no podía. Pero luego me consulto y yo dije que sí. El problema es que no pude conseguir días de vacaciones en el trabajo y finalmente te dijimos que no. Después de eso, como no volviste a llamar, pensamos que te habías cansado de nosotras. -

- ¡Joder! Haber sabido que eran dos por una.... - Exclamo el profe guardando el sonrojo y la vergüenza de no haberse enterado antes. Su masculinidad quedaba en entredicho. Comprendió de inmediato que su tiempo había pasado y ya no era el mismo de ayer. Tendría que acostumbrarse.

Charlas con Los Amigos

Una de las delicias de encontrarse los amigos de vez en cuando, además de disfrutar de buenos platos y excelentes vinos y licores en casa del “Sumiller” Adolfo, es la continua rememoración de anécdotas e historias vividas conjuntamente. Ese pasado común que hace que se estrechen los lazos de amistad y esas remembranzas que no se limitan solamente a recordar, sino que también influyen las metamorfosis que a través del tiempo hacen que adquieran colores diferentes cada vez que es narrada de nuevo. Las historias que los unen nunca están clasificadas y archivadas. Basta una palabra, un pequeño estímulo, y la memoria rehace de nuevo la reminiscencia mil veces contada.

- ¿Vos no te acordás de la “pastusa voladora”? - Decía MT riéndose a carcajadas.
- ¿De quién están hablando? - pregunta el nuevo amigo integrado al grupo.
- Si hombre. Acordate de cuando, sin hablar ni entender francés, se inscribió en el grupo de teatro de la universidad. -
- ¡Ah! Claro - decían los que ya conocían la historia.
- Fue cuando en un ejercicio del grupo de teatro, lo único que entendió la pastusa era que tenía que subirse por unas escaleras y lanzarse al vacío donde sería recibida en los brazos por el resto del grupo -
- ¡Si, si ¡pero ella tenía que esperar la orden y que el grupo se organizara...-
- ¡Pues claro...! - Decía riendo Jairo
- Pero ella sin encomendarse ni a dios ni al diablo, por su cuenta y riesgo se subió a la escalera y se lanzó al vacío.... ¡sin que nadie la esperara! -
- ¡Madre mía...! – Decían los nuevos - ¿Y qué le paso...? -
- Pues que estuvo tres meses con una pierna enyesada y curándose de las otras heridas. -
- Peor le fue cuando trabajaba de camarera. No entendía nada de lo que le decían los clientes... -
- ...y además, solo podía pedir “café” en la barra... -
- De modo que cuando cualquier cliente pedía cerveza o cualquier otra bebida o comida, ella siempre les traía “café” ... -

- ¡Si, si! Así fue hasta que el patrón la amenazó con echarla si volvía a equivocarse... -
- ... y lo peor es que volvió a equivocarse y cuando los clientes empezaron a quejarse, ella empezó a decirles en español que se tomaran ese café o la despedían... -
- ¡Ay... ¡No fue así! Los clientes le pidieron un croque-monsieur, un croque-madame y dos bières y ella les trajo dos cafés express solamente... -
- ...Y cuando los clientes empezaron a quejarse, ella empezó a llorar y en pleno Boulevard Saint-Germain-des-Prés, se arrodillo gritándoles que se lo bebieran, que la iban a echar, que por favor se bebieran ese café... ante la mirada atónita de los clientes y los paseantes. -
- ¿... y la echaron...? - preguntaron los nuevos.
- Pero osadía no le faltaba ¿Y qué fue de ella? -
- ¡Pues claro que la echaron! -
- ...ella regreso a Colombia y se casó muy bien casada.
- Creo que acá tiene otra memorable historia pues fue secuestrada... ¿no...? -
- ¡Ay! ¡No! Estas confundiendo las historias. Esa no tuvo nada que ver...- dijo MT
- ¡Que no...! Ella se quedó en París y fue una gran bailarina...- terció otro de los viejos.
- ¿En dónde...? ¿En Folies-Bergère...? - dijo uno de los nuevos
- Pongamos que si - intercedió MT - Así termina bien la historia.... -

§§§§§

- ¡Que cosas te suceden, parece historias que te inventas...! – le soltó en la cara Piedad
- Te aseguro que ha sido la verdad. Así me sucedió. Puede que adornara los hechos, pero el fondo sigue siendo lo que me paso...- Insistió el interpelado.
- ¡¡Es que a veces cuentas unas cosas!! - terció MT – Pero la verdad, he averiguado varias de tus historias ¡Y son de verdad! Tu hermana me confirmó tus historias de niño... pero son duras de creer... -
- Pues cuento otra y además tengo pruebas de ello ¡He! -
- A ver con que sale. - Dijo Luis Carlos
- En el verano del 75 vivía en la Rue du Dragon, en pleno Saint-Germain. Nos reuníamos varios estudiantes que, además de organizar alocadas fiestas, nos ayudábamos para buscar trabajos eventuales... -
- ¿En ese apartamento no vivía “Campaña” ...? -
- Sí. Claro. Yo vivía con él. El hecho es que alguien mencionó que los Estudios de Cine Boulogne estaban reclutando actores de origen latinoamericano... -
- ¡No me digas que también fuiste actor...! - Exclamo riéndose MT
- No te adelantes. De los que estábamos presentes, nos presentamos Hernando Guerrero, Luis Fayad y yo. Los dos Luises fueron seleccionados, pero Hernando no cumplía con la estatura necesaria. -
- ¡No puede ser...! ¡Va a ser verdad...! - volvió a intervenir MT riéndose... -
- ¡Ay! Déjalo hablar... - le corto Adolfo... -
- Bueno, pues el hecho es que nos citaron para el jueves siguiente y debíamos comparecer con traje y corbata. Se trataba de imitar a policías venezolanos. Era toda la información que tenía-

mos. Éramos actores de complemento... -

- Lo que en otras partes son “extras”, tú lo llamas complemento...- dijo uno.

- ¿---Y por qué venezolanos...? - dijo otro.

- ¡Pero es que así se llaman en francés...! Se suponía que la película pasaba en Venezuela. No sabíamos más... Mi problema es que no tenía traje y, además, todos los amigos que conocía y que eran de mi talla, ninguno tenía...-

- Podías haberlo alquilado – Intervino el amigo nuevo-

- Ni se me ocurrió, ni sabría donde hacerlo y tampoco tenía dinero para ello... Bueno, la historia es que, estando ya desesperado por no encontrarlo, “Campiña” me confeso que tenía uno pero que no me serviría... -

- ¡Pues claro! “Campiña” era más bajo que tú y muy delgado... -

- ¡Exactamente! Aun así, me puse la chaqueta que, evidentemente, me quedaba muy estrecha, pero entraba. En cambio, el pantalón, ¡ni modo! Además, el color rojo a cuadros del traje me espantaba...-

- ¿Rojo a cuadros? Estarías guapísimo...-

- Necesitaba el dinero y decidí jugar el todo por el todo. Descocí los bajos del pantalón y las costuras de la parte trasera del tiro...

- ¡Ay no! ¿También sabes costura...? - lanzo de nuevo MT riéndose...

- Cuatro años en el Colegio de mis tías dieron para aprender a ensartar agujas y hacer puntadas. ¡Así me castigaban...! Afortunadamente los trajes guardan un poco de tela hasta la entrepierna. De modo que con mucha maña y buena paciencia volví a recoser a mano el tiro lo más cerca del borde de la tela, teniendo cuidado de hacer cada puntada lo más cerca posible una de la otra.

- ¿Pero tenías costurero...? -

- No. Utilice uno de esos kits de costura que regalaban en los aviones. Luego planche los pantalones tomando todas las precauciones para que no se notaran las dobladuras anteriores. Y entonces me lo probé y me sentí torero. Apretado, pero entraba. Con la chaqueta puesta quede como un maniquí...- Todos se reían imaginándolo con el traje puesto

- Así que con traje recompuesto me presenté a la hora prevista en los famosos Estudios de cine parisinos. Nos habían citado a las dos de la tarde, pero hasta las siete de la noche no fuimos convocados. Mientras, deambulamos por los Estudios y en sus corredores nos encontrábamos con artistas conocidos como Alain Delon o Lino Ventura....

- ¡Claro! Y Catherine Deneuve se enamoró de ti... - dice burlonamente Piedad.

- ¡Pues no! Pero ella era la protagonista y la conocí mientras filmaban la escena. La película se llamó “Le Sauvage” y el coprotagonista fue Yves Montad. Mientras nos llamaban, en toda esta tarde no me atreví a sentarme ni a comer nada del buffet que teníamos a nuestra disposición. De hecho, me mantenía lo más posible pegado de las paredes intentando no mostrar “mon derrière”. Temía por mi traje recompuesto. -

- ¿Pero de que tenías miedo? ¿De qué se te rompiera...? -

- ¡Pues claro! Estaba como un embutido. Cuando nos llegó la hora, nos llevaron en un autobús (en el que me senté con mucho cuidado) hasta un helipuerto. En el anochecer de ese día las instrucciones recibidas fueron las siguientes. Llegábamos en coches de policía alumbrando un espacio en donde aterrizaría un helicóptero que traía a Montad malherido de algún sitio de la

selva. Yo debía salir del coche y correr agachado para pasar por debajo, teniendo mucho cuidado con las aspas del helicóptero, cosa que me repitieron hasta la saciedad. Lo mismo hacían otros en sentido contrario. Era simples movimientos para dar sensación de urgencia. En algún momento aparecía la Deneuve que se aproximaba corriendo al cuerpo del herido. Eso era todo.

-

- ¿Y entonces? ¿Qué pasó...? -

- Pues que en el primer ensayo vino mi desgracia. Al sentarme de copiloto en la patrulla, el pantalón cedió y me quedé con el culo al aire. Cuando salí corriendo, lo hice de tal manera que no se notara. La nocturnidad me ayudaba. Parece que nadie se dio cuenta del asunto porque se hizo la filmación tal como estaba prevista. Yves Montad hizo de herido, Catherine Deneuve dio su actuación de histeria frente al herido y mientras mis compañeros corrían debajo de las hélices, yo también lo hacía, pero con una buena raja en mi trasero.

- ¡Ay no! ¿Nadie se dio cuenta...? – dice alguien en medio de las risas.

- ¡Afortunadamente! Lo único que me interesaba es que me pagaran. A Luis Fayad le pagaron mucho más porque, disfrazado de guardia, detienen a la Deneuve en un supuesto aeropuerto de Caracas que fue montado en una estación del Metro de París y además, decía un párrafo en español. Según el Convenio de trabajo de actores, cuando se habla, se paga más que cuando se actúa como complemento.

- ¿Cuál fue el título en español de la película...? ¿El “Culo de Luis” ...-

- No lo se. Confieso que nunca vi la película. Respondió el interpelado en medio de las risas de los tertulianos.

El Encuentro

Todos los años, a finales de junio, tenían la costumbre de celebrar una fiesta en su fabuloso piso del Boulevard Saint-Michel. Era como una ceremonia de fin de curso académico y a ella invitaban a lo más selecto de la intelectualidad latinoamericana de París, incluido escritores, artistas y pintores. No sé dónde metían los muebles de todos los días, pero a disposición de los invitados quedaban tres amplios salones donde confluían más o menos cincuenta personas.

Por aquella época empezaba a publicar artículos en algunas revistas y los working paper sobre el avance de mis investigaciones doctorales. Además, participaba en los debates que los diferentes grupos de investigación parisinos tenían a bien invitarme. De modo que tuve la suerte de subir un peldaño en sus consideraciones y ese año me invitaron. Desde entonces, siempre que podía, asistía a la cita anual y podías codearte, por ejemplo, con los hijos de Violeta Parra (Isabel y Ángel), algunos integrantes del Cuarteto Cedrón, también con Enrique Cardoso o Gunder Frank, o filósofos como Glucksmann y otros a la moda. Una gran variedad de intelectuales del CNRS y universitarios.

La primera vez que fui, me encontré con alguna gente conocida y poco a poco mi timidez de recién invitado se fue perdiendo y tomé confianza caminando entre tanta gente. Entonces la vi en mitad del primer salón. Ya había coincidido con ella en algún otro encuentro académico y nos saludamos como viejos conocidos. Y empezamos a hablar y a bailar.

- Me gustó mucho lo que dijiste cuando nos encontramos por primera vez- dijo ella.

Entonces me acordé de que en aquella discusión había argumentado la necesidad de modernizar las lecturas económicas hacía las nuevas formas del capitalismo y no enfocarse, como se hacía muchas veces, en leer El Capital como si fuera un catecismo a seguir a pie juntilla. En aquella época estaba de moda el “Programa Común”, el pacto político firmado entre los Partidos Socialista (PSF) y Comunista (PCF), para lograr el triunfo presidencial de Mitterrand. En ese Pacto se establecía la nacionalización de ciertos Grupos Industriales que se consideraban esenciales

para la planificación económica del gobierno socialista.

El auge de los estudios sobre Grupos Multinacionales y sus acciones apenas conocidas a través de sus subsidiarias y filiales, justificaban la expropiación de las Multinacionales Francesas. En ese entonces trabajaba en la búsqueda de cuantas filiales directas e indirectas pertenecían a los dos grandes grupos financieros e industriales que había que nacionalizar con el triunfo de la izquierda. El estudio de la realidad actual prevalecía a los estudios teóricos sobre el marxismo-leninismo.

- ¡Ah! Ya me acuerdo – le conteste - Estaba en contra de todos aquellos que se creen obligados a citar continuamente a Marx y encima, conocen la página del libro citado y te lo lanzan a la cara con la superioridad del “erudito” marxista.

- ¡Eso fue lo que expresaste y eso me gusto! Pero agregaste algo más. En tu argumentación demostraste que citabas a Marx sin mencionarlo, que lo integrabas en tu discurso y no tenías por qué decir donde lo dijo ni en qué libro....

- Bueno, eso lo hago muy a menudo. Con Marx y con otros autores. Eso quiere decir que he comprendido sus textos y me gustan tanto que los hago míos y puedo utilizarlos a mi antojo. Es muy diferente a ser marxólogo. ¡Cuántos libros actuales se escriben donde más de la mitad son citas textuales y luego el comentario para explicar lo que dijo o quiso decir...! -

-Ja, Ja - se ríe y su linda cara se iluminó por completo – Fue esa irreverencia la que llamó mi atención. No la había escuchado en ningún otro conferencista...-

- Bueno, es la ventaja de ser un desconocido. No logro ser prudente y siempre arriesgo porque considero que la prudencia es lo más imprudente que existe. Soy economista, pero no logro adaptarme al léxico y a la repetición de discursos que te hacen reconocer como tal. Además, tengo suficiente descaro para confundir el cartesianismo de los intelectuales franceses...-

- ¡Oye! Que soy profesora universitaria y me estas incluyendo...- Me dijo mientras volvía a sonreír. ¡Claro que lo sabía! Y también que su apuesto marido era un distinguido investigador en Ciencias Sociales.

- ¡Pero es verdad! A los franceses les enseñan a argumentar de tal manera que en principio hay que abrir el tema, plantear lo que se dice a favor y en contra, decidirte por una opinión y cerrar el tema con una buena conclusión. De tal manera que después de ti, nadie puede decir nada más. El siguiente que quiera refutar, tendrá que seguir el mismo método. Nosotros, los latinoamericanos, actuamos de otra manera. Discutimos sobre algo, damos nuestra opinión y nos exaltamos defendiéndola. A veces con apasionamiento y a veces a grito pelado como los brasileros... -

- Eso es lo más exótico de los latinos- dijo ella – Cuando los escucho, me cuesta trabajo muchas veces seguir el hilo de lo que dicen. Tal vez para nuestra mente forjada en un orden, el discurso que salta de un tema al otro, dejando muchas dudas en el aire, nos deja perplejos y a veces desconectamos porque pensamos que es solo charlatanería. Y a veces lo es, pero muchas veces perdemos cosas importantes que están diciendo en otro idioma, aunque hablen en francés. Es el estilo de expresarse diferente, si me explico...-

- ¡Claro que te explicas! Y así es. Pero personalmente soporto mal que para hablar de un tema tengan que estar citando continuamente a tal autor o tal libro, como si tu opinión tiene que estar refrendada por otro o no tuviera valor sino lo ha dicho un Maître Penseur o simplemente, para demostrar que se ha leído. Si estas en un debate, defiende tu pensamiento y utiliza a quien quie-

ras para completar el tuyo o tómallo prestado, da igual. Eres tú quien está hablando y eres tú el que debe responder por lo que dices. No porque lo digan otros...-

- Ese es el mal del academicismo, pero es necesario si queremos avanzar manteniendo un mínimo de rigor. Es una especie de “Ley” que se impone en la Academia, algo nuevo no puede constituirse sino se critica lo anterior y se construye contra lo anterior. Es una “Ley” reductora y simplista. Pero tienes razón, en un debate o en una conversación no es lógico estar citando continuamente a otros. Eres tú el que habla y defiendes tu opinión, no el del otro...-

- Lo peor son las discusiones entre los partidarios de la izquierda radical. Hablan con un lenguaje codificado, de militante y te arrojan a la cara las consignas del Partido como si fueran verdades reveladas. Te indican la manera en que se debe utilizar a Marx para que puedas ser llamado marxista. Y eso en América Latina es la peor de las enfermedades. Seguir consignas catecúmenas...-

- Pues por estos lados también es así. Según a que partido de izquierdas pertenezcas o simpatices, tendrás que asumir las interpretaciones del PC o las maoístas o trotskistas. Y de éstos últimos, depende la tendencia. A veces es muy difícil escuchar las defensas de sus tesis partiendo de las diferentes interpretaciones de las lecturas marxistas. El que lo tiene clarísimo, es el partido marxista-leninista: todo está muy bien explicado en sus cartillas doctrinales. ¡Y ay del que no piense igual! Manejan fórmulas mecanicistas como si el tiempo no pasara. Entonces se convierten en barreras que bloquean otras ideas, otras interpretaciones ...-

- ¡Mira por dónde, ya tenemos algo en común! – conteste – Nos interesa conocer primero quien dice algo y porque lo dice y no lo que diga. ¿Cuál es el propósito de su discurso? En otras palabras ¿qué clase de barreras, de censuras me impone con su discurso? Una sutil manera de analizar las realidades cuando se debate...-

- “¡Uy! que fino te pones... Pero en el fondo es así. Cuando empiezan a poner fronteras en base a sus postulados, se vuelven, como tú dices, apóstoles de la verdad, su verdad enunciada en sus libros y su única interpretación, más allá de la cual es blasfemia o enemigo de la causa o una de sus palabras preferidas, eres un reaccionario peligroso si no comulgas con ellos. Son los garantes de lo verdadero, de su verdad y te impiden que busques otras formas de discurso en busca de otras verdades... -

- ¡Exacto! Cuando nos encontramos frente a un pedante que continuamente cita a sus autores, mis amigos y yo tenemos una consigna. A cualquiera de nosotros que se le ocurriera una brillante frase, debía comenzar por “como decía Stella Artois... “y aquí el invento de lo que decía. A continuación, otro mencionaba hasta el título de la obra de Stella Artois...-

- ¿Stella Artois? Sí, el nombre me suena muchísimo.... Pero no caigo quien es ni que ha escrito...-

- ¡Pero como no te va a sonar si la vez a diario en las calles de París! Está en todas las marquesinas y los toldos de las antiguas cafeterías. Se trata del nombre de una antigua cerveza alsaciana que hace veinte años desapareció del mercado. Solo queda su propaganda que todavía permanece en los bares y cafeterías que no han cambiado su decorado. Todo el mundo tiene el nombre en el subconsciente...-

- “¡Claro! por eso me suena.... – y soltó una sonora carcajada al mismo tiempo que sus blancas manos apretaron con fuerza las mías. Fue en ese momento que se despertó en mi interior algo

que hizo que la viera de otra manera. Le correspondí su efusivo apretón con otro parecido y de ahí en adelante nos empezamos a mirar diferente, no sé, con mayor simpatía. O al menos fue lo que me pareció.

- Me encanta soltar boutades en plena discusiones. Rompo las normas de la argumentación pretenciosa que plantean muchos intelectuales sabiondos. A veces consiste en seguir sus propias lógicas y aplicarlas a realidades donde se intercambian funciones y se confunden los papeles. Entonces los perturbas...

- ¿Qué? ¿Me estas dando tus recetas argumentarías? ¿Las estas aplicando conmigo...? –

- ¡No por favor! – le dije sonriendo e intuitivamente extendí mi mano sobre su brazo y ella me correspondió de inmediato colocando su mano sobre la mía. – Jamás se me ocurriría hacerlo contigo. No sé por qué, pero hablamos como si fuéramos viejos amigos. Hemos conectado de manera increíble y lo único que pretendo es no acabar esta conversación...-

- Pues estamos de acuerdo. Siento lo mismo – y puso un dedo sobre mi índice y lo recorrió mientras hablaba – No sé cuánto tiempo llevamos hablando, pero no quiero separarme. Quiero continuar, quiero seguir escuchándote. Me gusta lo que dices...-

- Bueno, no digo nada trascendental, pero a mí también me gusta escucharte, me gusta que sigas la corriente. Habrás notado que soy un poco nihilista incrédulo y eso que no hemos hablado de religión... -

- ¿Un poco? Creo que tratas de decir que eres nihilista de la incredulidad, porque “nihilista incrédulo” es cómo un pleonasma...

- ¡Concedido! ¿Vez? Completaste mi pensamiento. Perfecto. Nihilista de la incredulidad. Pero hay más si nos ponemos filosóficos: parece que todos estemos enfermos de algo y todos necesitamos alguna cura y médicos prescriptores de medicinas sociales, políticas y otra clase de soluciones, lo hay a montones. Por eso solo tengo confianza en la desconfianza. Dudo de todo excepto de lo que tengo delante. Tu cara hermosa y estas preciosas manos... - y acaricié sus manos con las mías, pero no me atreví a acariciar su rostro. Sabía que su marido rondaba por los salones. Note brillo en su mirada y correspondió a mis caricias poniéndonos a hacer “manitas” como adolescentes en celo.

- ¡Vaya! Parece reciproco la empatía. Tengo que decirte que es la primera vez que me sucede esta clase de aproximación. Nunca he engañado a mi marido. Tú has roto un tabú. Mi familia es libanesa y muy católica y posiblemente de ahí venga mi incapacidad de ser infiel. Además, tengo dos niñas a quien adoro. De modo que, por el momento, mantengamos una simple línea de coqueteo sin mayores esperanzas. ¿Te parece? -

- ¿...Y que opción me dejas? ¡Me encanta estar contigo ahora mismo! Aquí y ahora y no pienso desperdiciarlo. Quiero que sigamos hablando académicamente, aunque en el fondo los dos sabemos que deseamos otra cosa. Con eso me conformo... – Volvió a sonreír y esos labios preciosos penetraron mis adentros.

- Pues si te conformas con eso, adelante porque me gusta estar contigo. -

- ¡Pues que bien! Me encanta estar en crisis permanente como en el capitalismo...-

- ¿Cómo así? ¿De qué crisis me hablas...? –

- De la crisis permanente en la que vivimos. Partiendo del sistema económico, político y social, llegamos al personal. Crisis inherente al funcionamiento del sistema, es lo que permite sus innu-

merables innovaciones. La destrucción permanente de instituciones, valores, normas, etc. Se reordenan de nuevo la circulación de la producción, de los hombres y también de nuevos sentimientos -

- ¿Pero... y eso que tiene que ver con nosotros? Me perdí...-

- Pues que personalmente vivo en crisis, recomponiendo, reconstruyendo, destruyendo... Es un movimiento permanente que moldea mis sentimientos y mi comportamiento. Ahora mismo, tu presencia, nuestro encuentro, me ha transformado. Te lo confieso, nunca me hubiera imaginado llegar a ti. Tener la confianza que tengo ahora y además, ser correspondido. Esa transformación la llamo crisis como en el capitalismo...-

- ¡Hombre visto así, también estoy en crisis entonces! Pues claro que me gustas. Pero tengo barreras muy fuertes que no logro romper. No soy como tú. Las crisis personales no se me dan muy bien. Soy metódica. Con decirte que, desde hace muchos años, no me ha dado ninguna enfermedad, ¡Ni dolores de cabeza! ¡Il faut le faire! En dos días nos iremos con las niñas, como todos los años, a pasar vacaciones en el pueblo bretón de la familia de mi marido. Y cuando digo familia es familia. Casi la mitad del pueblo son primos entre sí. De modo que todo es previsible y lo imprevisto se da muy poco en mi vida. Este encuentro contigo, ahora mismo, es un imprevisto que me gusta y quiero continuar mientras dure... -

- Gracias. Me llegan al alma tus palabras. Yo mismo estoy sorprendido de ver tus ojos brillantes mirarme de esa manera. De escuchar tu voz respondiendo como si yo mismo me hablara. De sentir el tacto de tus manos, ese pequeño calor de tus manos que me confirman tu agradable compañía... Y no estoy nervioso. Estoy completamente calmado y como tú, solo pretendo estar aquí, junto a ti. – Y mis manos volvieron a la tuyas y con un suave apretón, sin decirnos más cosas, supimos los dos que habíamos sellado un pacto, una especie de compromiso que duraría hasta que llegara la hora de separarnos. De regresar a nuestras respectivas realidades. Y con eso teníamos bastante.

No sé cuánto tiempo estuvimos hablando, pero paso muy rápido. En un momento se nos acercó la anfitriona para preguntar qué tal estábamos. Cuando volvimos a estar solos, ella que la conocía muy bien, me insinuó que estaba nerviosa por nuestro comportamiento. Habíamos estado juntos desde el primer momento de la noche y no nos movimos del primer salón. A veces salíamos a tomar aire al balcón y a duras penas buscamos bebidas. Nuestra compañía era suficiente. Pero llegó el momento de partir y la verdad, nos despedimos tranquilamente. Nos habíamos dado nuestras direcciones y teléfonos. No se ella, pero me fui con la sensación de haber pasado una noche placentera y completa. Aprovechamos los besos tradicionales de despedida para rosar nuestros labios. Fue lo más agradable y deliciosa sensación que guardo en mi recuerdo.

Aquel encuentro me atormentó toda la semana. Una y otra vez, sus ojos azules con esa mirada brillante, me atravesaban las horas y a fuego lento penetraban en mis quehaceres cotidianos. No lograba saber si estaba enamorado porque en esa época mis energías me impedían concentrarme en una sola cosa. Mis actividades académicas y mis trabajos ocasionales ocupaban mi mente, pero, no puedo negarlo, toda la semana se impregnó de su presencia y poco a poco me fui convenciendo que esa noche mágica sería todo lo que obtendría de ella.

En esa época no existían teléfonos móviles y mucho menos internet. De modo que la próxima

comunicación tendría que esperar a septiembre, cuando se volviera a clases y esperar una disculpa para encontrarnos. Demasiado tiempo para olvidar un cortejo ocasional. Se perdió el momento de la locura.

Y entonces, sucedió el milagro. Quince días después, me llegó una carta sin remitente y sello postal de Bretaña. Solo podía ser de ella. No había ninguna duda. La abrí con desasosiego y me encontré con un recorte de prensa (tal cual) y nada más. Solo el recorte en donde publicaban un poema de Pessoa:

“Todas las cartas de amor son ridículas
 No serían cartas de amor si no fueran ridículas
 En mis tiempos también escribí
 Cartas de amor como las demás
 Ridículas
 Cuando hay amor, las cartas de amor
 Tiene que ser, ridículas
 Es que en fin, solo las criaturas
 Que no han escrito jamás
 Cartas de amor
 Son las que son ridículas
 ¿Quién volviera aquel tiempo
 En que escribí, sin darme cuenta
 Cartas de amor, ridículas?
 La verdad es que hoy
 Mis recuerdos de aquellas cartas de amor
 Son los que son, ridículos
 ¿Quién volviera aquel tiempo
 En que escribí, sin darme cuenta
 Cartas de amor, ridículas?
 La verdad es que hoy
 Mis recuerdos de aquellas cartas de amor
 Son los que son, ridículos
 Todas las palabras esdrújulas
 Como los sentimientos, esdrújulos
 Son naturalmente ridículos.”

Ya conocía el poema, por supuesto, pero lo leí tres o cuatro veces seguidas mientras un manojo de mariposas revoltosas acariciaba mis entrañas. Mire el sobre, su letra al escribir mi nombre, el sello muchas veces para asegurarme que venía bien de Bretaña, de Isla Bonita. No era del pueblo que me había hablado, pero imagine que se trataba de una visita turística o algo parecido. No había forma de calmarme y el calor de julio no me ayudaba.

Salí a caminar para serenarme y sin darme cuenta, envuelto en mis pensamientos, atravesé París de sur a norte. Comencé en el Parque Montsouris (París XIV) y tomé consciencia de donde estaba, dos horas y media después a orillas del Quai de la Marne (París XIX). Tal era mi perturbación. Mis pensamientos iban de un lado a otro, su belleza me trastornaba y, sobre todo, que

hubiera roto sus defensas sin proponerlos.

Generalmente, cuando me fijaba en una chica, afilaba mis herramientas seductoras y empezaba el cortejo que unas veces resultaba y otras no. Pero ese era el juego. Sabía a qué atenerme. Pero esta vez me tomo de sorpresa. Me acerque a ella naturalmente por saludarla y nos pusimos a hablar como colegas. Nunca me imaginé que pudiera cortejarla o que me hiciera caso. La veía fuera de mi alcance. Y, sin embargo, ahí estaba el poema que decía mucho y tal vez nada. Una trampa. Tenía que averiguar que había detrás de las letras. ¿Buscó a propósito ese poema o simplemente se lo encontró y le vino a bien enviármelo? Tendría que preguntárselo, si es que tendría la oportunidad de volverla a ver.

A finales de julio sonó el teléfono y su maravillosa voz reventó en mi cuerpo. Me avisaba que estaba en París por tres días. Acababa de llegar y quería verme. Nos dimos cita para encontrarnos de inmediato en una estación del metro. Me vestí apresuradamente y la violencia de mi corazón me hacía cometer errores y actuar de forma atolondrada. Más que caminar, corría y en esas prisas, me equivoqué de línea al intercambiar y tuve que regresar para corregir el rumbo. Perdí tiempo, pero llegué al punto de encuentro justo cuando ella se había cansado de esperarme y se retiraba. La alcancé a la salida.

- Perdona., perdona el retraso. – le dije angustiado – me confundí de línea y para otro lado. Pero ya estoy aquí... -

- ¡Ah! Eso es interesante... un acte manqué. A lo mejor no querías encontrarme... - me dijo con una sonrisa picaresca.

- ¡No! Por favor, no interpretes lo que no es. Al contrario, mi impaciencia por verte me jugó una mala pasada – le contesté de inmediato acercándome a ella y acariciando sus hombros la besé tiernamente. Nos miramos unos segundos y entonces fue un beso con toda la pasión que pudimos.

Esta vez ninguno se equivocó y volvimos en metro hasta mi apartamento. Fue muy fácil desnudarnos y una increíble delicia estar juntos. ¡Tres días! Tres días en que solo nos quedaba tiempo para reponer fuerzas con la comida que yo preparaba a cualquier hora. No necesitamos salir a comprar nada. Incluso, sobraron botellas de vino y de licor, pues los bebíamos con moderación. Solo nos interesaba nuestros fluidos y en nuestro apasionamiento, nos escupíamos en la boca con un deleite increíble. Hicimos todo lo que es posible hacer. Todo estaba permitido, todo, y cuando mi energía se agotaba, ella literalmente me poseía. Obtenía orgasmos intensos frotándose contra mi cuerpo mientras estaba en posición supina. Estábamos drogados de nosotros mismos.

En las íntimas conversaciones me confesó que, desde la noche del encuentro, solo pensaba en mí. Luchaba contra ese recuerdo, luchaba contra su cuerpo, pero su cuerpo no le obedecía. Se excitaba a pesar de no quererlo. Entonces, se inventó un viaje a París de tres días. No sabía si yo estaría en la ciudad o si estaría disponible. Pero necesitaba arriesgar. Lo ansiaba enormemente. Su cuerpo reclamaba una cosa y su mente otra. Se jugó al azar la respuesta y salió ganando. Salimos ganando.

Al principio, los orgasmos que tenía conmigo, los tenía en contra de su voluntad. Era la primera vez desde hace mucho tiempo, que se acostaba con un hombre que no era su marido. Su racio-

alidad negaba lo que sus instintos animales deseaban obtener. Y, entonces, al igual que me sucedía a mí, dejó de luchar y se entregó sin preguntarse nada. Sin cuestionar nada. Solo vivir el momento tal como se presentaba. Ni siquiera me preguntó si estaba casado o tenía pareja. Nada de lo que no fuera este momento, estos instantes, importaba. Ninguna pregunta o respuesta debería interferir en algo que, sin ponernos de acuerdo, habíamos trabajado juntos para que fuera nuestro, únicamente nuestro.

Terminamos agotados pero satisfechos. Terminamos felices y sin remordimiento alguno. Nos separamos sin saber si nos volveríamos a ver. No me lo dijo. No lo conversamos. Pero tuve el fuerte convencimiento de que ambos tendríamos un recuerdo imborrable que, en lugar de hacernos infelices por no estar juntos, pensaríamos el uno en el otro de una manera placentera. Era lo que nos había ofrecido la vida y la habíamos aprovechado al máximo. Todo lo de ella estaba en mí y todo lo mío estaba en ella. Por eso nuestra despedida fue tranquila. Demasiado tranquila. Nos besamos en la misma estación de metro en que nos encontramos y cada uno tomo la ruta que nos volvió a nuestras vidas. A la anterior de esos tres días que, por convención no declarada, solo deberíamos recordar con felicidad, con el placer del deber cumplido.

El Libre Albedrío de Doña Ines

Conocí a Inés en casa de los actores Julia Correa, y Emiliano Suarez en París. No solamente era mayor en unos cuantos años de edad, sino que me llevaba mucha ventaja en cuanto vivencia libertaria en Europa. Acaba de llegar de un viaje iniciático por la India y tenía una particular forma de enfocar su vida. Además de ser vegetariana, macrobiótica, y practicar el yoga, todas sus pertenencias cabían en un gran bolso de esparto que siempre la acompañaba fuera donde fuera.

Nada ni nadie, le impedía conocer nuevas experiencias y volar de inmediato si la ocasión lo exigía. Una vez bajó al mercado a buscar un condimento y no la volví a ver en tres meses. Cuando volvió me explicó que se había encontrado con unos amigos iraníes que la habían invitado a visitar su pueblo en las fronteras con Afganistán. Y sin encomendarse ni a dios, ni al diablo, ese mismo día tomaron el avión camino de la nueva aventura.

Volvió bastante decepcionada. El pueblo y la familia de su amigo no soportaron su voluntad de ser libre. Ella aguantó dentro de su ilimitada capacidad de comprender culturas, hasta que su paciencia reventó y volvió al origen. Lo curioso es que cuando regresó, trajo consigo el condimento que había ido a buscar cuando se fue. Tenía una innata capacidad de creer en el ser humano, en la bondad de todos aquellos que conocía. Su sonrisa permanente en su bella cara y esos ojos brillantes como si se admirara de todo lo que veía, le abrían infinidad de puertas en todas las culturas y todas las nacionalidades. De su mano conocí la cultura y costumbres de grupos gitanos que vivían en caravanas y comerciaban con chatarra.

La primera vez que comí con un grupo hindú fue con ella. Antes de ir, me recortó las uñas de las manos y me prohibió terminantemente utilizar la izquierda. Debíamos comer con la mano derecha. Me sentaron alrededor de una gran alfombra en el suelo y justo al lado mío, me encontré con una gran cantidad de botes de yogures naturales. Pensé para mis adentros que debía repartirlos en un momento dado. Sin embargo, cuando tuve en el paladar el primer bocado, supe naturalmente para que servían los yogures. El picante era tan fuerte que sin ellos me era imposible tragar la comida. Comprendí entonces, que los anfitriones muy amablemente

habían tenido en cuenta mi bisoñez.

Inés llegó a la Universidad de Lovaina acompañando a su amigo de entonces, decidida a estudiar humanidades. Terminó ganándose la vida con una caja de lustrar zapatos, oficio que ejercía en cualquier sitio del campo universitario de Lovaina. Su natural don para hacer amigos, su sensibilidad para conectarse con el mundo, la llevó a conocer innumerables países de Asia, África y Europa.

Siempre mantenía una mente abierta para aceptar cualquier manifestación externa y no tenía ningún reparo en defender la importancia de la acupuntura, la homeopatía, la aromaterapia, la iridología, la frenología y otras pseudociencias que estaban de moda. Evidentemente, las Enseñanzas de Don Juan le fascinaba. Lo mejor era no discutir estos temas con ella, de todas las formas, salías perdiendo.

Una noche fuimos a ver una obra de teatro en la Gard du Nord, representada por un grupo argelino. El teatro era circular y todos debíamos sentarnos en el suelo mientras los actores actúan en nuestro alrededor. Sucedió entonces que el actor principal de la obra se pasó toda la noche mirando a Inés y prácticamente le dedico su actuación. Yo la miraba de reojo y la veía como ella también se quedaba extasiada con la boca abierta.

Nos fuimos a casa comentando lo realización de la Troupe. Al otro día, el mismo grupo representaba una nueva obra en el mismo sitio. Inés me pidió que fuéramos de nuevo y yo me negué. Le dije que fuera ella, que yo pasaba, que no quería ser un estorbo en sus apetencias. Entonces se enfureció y fue la primera vez que la vi de esa forma. Me dijo que si estaba conmigo no iba a estar con nadie más. Que dejara de ser un cobarde y otras lindezas por el estilo. Yo mantuve mi posición y descendí del metro dejándola a ella con chispas en los ojos.

No la volví a ver en quince días. Esa noche teníamos una pequeña reunión en el estudio de la Rue du Dragon, en París 6, donde vivía y de pronto la veo entrar y sin más preámbulos, se me echo encima y abrazándome me dijo con voz lastimera: “se me fue... que pena...” Así era ella. Y así la queríamos.

Anécdotas de "Urgencias"

He estado más de una semana entrando y saliendo de "Urgencias" para evitar que una septicemia me complique la vida. Como soy curioso impenitente, mientras me hacían análisis y aplicaban antibióticos a lo bestia, pasaba el tiempo escuchando las historias que contaban los nuevos pacientes en la habitación de al lado. Me sorprendió la dificultad que tienes muchos, sobre todo los jóvenes, en narrar lo que les pasa. No logran hilar frases coherentes que sirvan de guía a los médicos para enfocar un diagnóstico. Tienen que hacer malabares lingüísticos para extraerles la información necesaria en la configuración del cuadro clínico.

- ¿Pero, no me dice que le duele aquí? -
- Si, pero es porque fue un golpe que me di hace tres días montando en bicicleta
- Entonces, adonde te duele hoy -
- Ahí mismo, pero al lado del otro golpe... -
- Vamos ver, ¿cómo distingue un dolor del otro dolor?... -
- Pues porque ¡me duele! -
- ¿...y no es el de la bicicleta? -
- ¡Que le digo que no! Es diferente -
- Joder chico, te duele aquí y es bicicleta y justo aquí ya no lo es. A ecografía...

Por el contrario, otras personas, sobre todo mayores, vienen ya con el diagnóstico, el tratamiento y las consecuencias de lo que tienen. Incluso, con el resultado de los análisis que todavía no le han efectuado.

- Mire doctora, tengo un dolor enorme en el estómago, debido a que comí unos calamares que estaban en mal estado. Me estaban celebrando mis 78 años ¿sabe? Y eso fue lo que me cayó mal. Ahora tengo un dolor que me atraviesa el abdomen. Deben hacerme un lavado urgente y con eso basta. Los análisis saldrán con algunos marcadores altos, pero eso está bien. Yo soy un roble. Solo háganme el lavado... -
- Vale señor, pero déjeme auscultarle primero. Tumbase en la camilla por favor... -
- Si, si Ud. haga lo que tiene que hacer, pero ya le digo, necesito un lavado...

- Tendrá que quedarse un rato acostado aquí, voy a ponerle un calmante.

Escuche a la médico en el pasillo hablar con otro colega y decidieron llamar urgentemente a un oncólogo. Al mismo tiempo ordenaron ingresar al paciente en planta. Al llegar el especialista, el paciente contó de nuevo su historia intentando convencerlo de la veracidad de su diagnóstico. Resumen: después de análisis, a la hija y a la esposa del paciente le comunicaron el terrible resultado, metástasis en el hígado.

La última revisión que me hicieron, fue muy temprano en la mañana y nos encontrábamos una chica veinteañera que acompañaba a su madre con un grave esquinco y yo en la sala de espera. De pronto llegó otra chica treintañera con tremenda barriga de embarazo y les dijo a las de admisiones;

- He roto aguas -

. Pero... ¿viene Ud. sola? -

. Si - contesto con toda la tranquilidad. - He roto aguas y he cogido el coche y me he venido...-

- ¿Y el padre o su pareja lo sabe? -

- No. Pero ya le avisaré. -

- Entre a la sala que la llamarán-

- Bueno, pero antes tengo que ir al baño...

La serenidad de la mujer frente a la eminencia del parto nos dejó con la boca abierta. La chica veinteañera me sonrió y me dijo -

- Esto no es como en las películas ¿he? -

- Pues no – conteste – pero es asombroso como se lo toma. No será el primero... -

- Aun así, como fue capaz de venir conduciendo. ¡Alucino! Me pongo en su piel y es que... -

- ¡Ho! No es la primera, ni será la última. dijo la enfermera que vino a buscarla mientras la embarazada seguía en el baño – Hay mujeres muy decididas que rompen moldes y otras, por el contrario, se dejan arrastrar por la histeria. Hay de todo...-

Fue así, con los ojos agrandados de estupor, que aprendí que existían partos normales y partos histéricos. ¡La madre que me parió! Y yo con estas fiebres...

Arriesgando la Caída

Decía Elias Canetti que nada teme el hombre más que ser tocado por lo desconocido. ¡Y qué razón tiene! Les cuento la escena: en pleno Centro Comercial, bajando las escaleras con mi mascarilla tapando media cara, no vi el último escalón y el traspies llevó mi humanidad de casi 1,80 de estatura y cien kilos de peso, a arrastrarse por el suelo delante de múltiples viandantes que, en un alarde de solidaridad y compasión, se arremolinaron a mi alrededor intentando levantarme y preguntándome si estaba bien y si me había roto algo.

La caída no me causó ni susto, ni ninguna consecuencia grave más allá de la vergüenza pública de verme en tal tesitura. Levantarme, dar gracias públicas y continuar caminando con mi orgullo mal herido, pero fingiendo normalidad, fue un acto de reflejo condicionado.

Aunque intenté mantener la calma y realizar las gestiones que me habían llevado al Centro Comercial, la situación no era la misma. Todo había cambiado y lo único que deseaba era volver al refugio casero, a lamerme las heridas espirituales porque las físicas no pasaron de un ligero raspón en un dedo.

Recordar el incidente me hace pensar en el instinto de autoconservación que tenemos y en la necesidad de preocuparnos por todo lo que es visible, aún en el caso de no prestar atención o estar pensando en otra cosa. Pero el ojo que todo lo ve, también es un obstáculo para la visión. Tiene poco alcance, depende de tantas circunstancias y lo que ve, es un campo muy limitado. De modo que el ver también es no ver o, al menos, caer en cuenta de lo que no ves. Y así se producen las desgracias o los accidentes insignificantes. Pero cuando un sujeto cualquiera, sufre un incidente callejero, la gente inmediatamente se agolpa a su alrededor. Deja de ser un anónimo transeúnte, se vuelve visible e importante para los demás, sobre todo si los otros encuentran a un hombre que, debido a una cierta edad, necesitaría ayuda, aunque no sea así. Es observado con lupa de cirujano y una cierta conmiseración.

El uso de la vida tiene un ritmo permanente que ocasiona deterioros. La pérdida de agilidad nos recuerda el envejecimiento que se llena de recuerdos y de muchos olvidos. Es inevitable que entre más envejecemos, más recuerdos desbocados se

agolpan en nuestro presente y, curiosamente, el presente se nos olvida, perdemos las palabras, los nombres de aquellas cosas que tenemos en imágenes y no podemos decir.

Y entonces, la cólera nos consume, nos deprime la decrepitud de nuestro cerebro actual. Por eso nos refugiamos en el pasado, en las memorias que fluyen con naturalidad. Y muchas veces se corre el riesgo de quedarse en la comodidad de lo antiguo y olvidarse del presente. Entonces, cometemos la tontería de escribir memorias, reminiscencias y por andar con esas necesidades, sufrimos las caídas, físicas y espirituales. La compasión de los extraños se transmuta en fuertes regaños de los seres queridos, debido al nerviosismo que les causa. “Es que no estas en lo que estas. Llevas un tiempo viviendo en las nubes... Tienes que adelgazar, hacer ejercicios, te falta agilidad...” etc. etc. El hacerme culpable de mis tropezones los libera del miedo que tienen de perderme en un accidente mortal. Y eso reconforta.

Todos los que todavía seguimos vivos, podemos prolongar nuestra existencia con cuidados y medicinas. Otra cosa es saber si vale la pena vivirla. Nos pasamos renovando nuestra fecha de caducidad, trampeando nuestras posibilidades. De modo que, en la senectud, solo nos queda hacer un pacto con la naturaleza para vivir de la mejor forma posible. Pero es en la búsqueda de los posibles y de sus formas cuando nos amargamos la vida que nos queda. Ahí está la contradicción.

Culito de Rana. Internacional

Las vicisitudes hospitalarias que he tenido hasta ahora, me han dejado cicatrices que han tatuado mi cuerpo en operaciones quirúrgicas internacionales. Voy a dejar el pudor de lado y con el perdón de los lectores, contaré mi experiencia con los diferentes sistemas de salud.

COLOMBIA: Mi primera cicatriz operatoria fue en los años 60. Siendo adolescente, para trabajar en la Librería Nacional tuve que pasar un examen médico obligatorio. El certificado que obtenías te declaraba apto para el trabajo. Al terminar el contrato laboral, el empleado debía pasar el mismo examen médico que garantizaba que el trabajador no había adquirido ninguna enfermedad durante su tiempo de trabajo. El costo de estos exámenes los cubría la empresa. Resulta que en el examen de salida me detectaron una hernia inguinal. Ordoñez, el dueño de la Librería, intentó por todos los medios convencerme de que firmara un documento donde reconocía que la hernia la tenía antes de entrar a trabajar. Fue cuando me di cuenta que la operación debía ser sufragada por el patrón y hasta que no se hiciera, no podían poner fin a mi contrato de trabajo. No había seguridad social. Finalmente, la cirugía se hizo en el Hospital Universitario. En ese entonces era invencible y nadie tenía que enterarse de mi operación. De modo que entre un día y salí al otro día sin que nadie de mi familia lo supiera. Solo me acompañó mi amigo Ernán Ospina. El regaño de mi madre fue monumental cuando se dio cuenta.

Tuve una experiencia anterior, cuando sufrí un aparatoso accidente cuando un taxi sin frenos me envió por los aires en plena Plaza de Caicedo. Me llevaron en ambulancia urgentemente al Hospital Universitario y tuve la fortuna de sufrir solamente contusiones sin roturas. El taxista se hizo cargo de todos los gastos y mientras abogados que buscaban clientes, me pedían que le pusiera una demanda, pacte con el taxista, que siempre estuvo pendiente de mi evolución médica, no hacer nada en su contra.

Mi recuerdo de niñez es que, al no existir seguridad social pública, los médicos que acudían a casa o cuando íbamos a sus consultorios, los pagaban nuestros padres. La medicina estaba a cargo de curanderos y yerbateros que casi todos los barrios tenían uno. Y los huesos lo trataban los “sobadores” que hacían maravillas

curativas.

La primera preocupación estatal de Seguridad Social sucedió en 1905 destinada a cubrir pensiones de militares y magistrados. La guerra de los mil días había dejado regado el territorio nacional de “coroneles que no tenían quien les escribiera”. En 1912 se establecen pensiones para los expresidentes de la república, sus viudas y (sorprendentemente) para sus hijas solteras. Para el resto de los mortales quedaba la Asistencia Pública que había sido promovida por la Iglesia Católica, incentivada por la Encíclica “Rerum Novarum” con el fin de luchar contra la ideología comunista y atenuar la pobreza y la explotación excesiva de los obreros.

El primer intento de crear un sistema de seguridad social, se dio en 1957 cuando la Junta Militar estableció el Subsidio Familiar Obligatorio. A partir de ahí, se han sucedido una serie de reformas y creación de entidades que han intentado armar sistemas de salud pública que han fracasado una tras otras porque nunca existió una verdadera planificación social. La corrupción hizo fracasar todo intento bienintencionado de establecer algo duradero.

En 1993 la Seguridad Social se estructuró como un sistema organizado y coherente a partir de la Constitución de 1991. Sin embargo y según los expertos, es un sistema permanentemente en crisis ocasionado por “corrupción generalizada, desorganización administrativa, competencia desleal entre sus actores, fuerte intervención de algunas agencias del gobierno en favor del sector privado y en detrimento del sector público, cierre generalizado de hospitales, huelgas continuas de los trabajadores de la salud, rechazo de la racionalidad administrativa y económica del sistema por importantes sectores de practicantes de la medicina y de otros profesionales de la salud, fracaso en la universalización de la cobertura y en el cubrimiento de los pobres”, entre otros factores. De nuevo, un sistema de salud que no funciona, al menos para amplios sectores de la sociedad que solo cuentan con el culito de rana para sanarse.

FRANCIA: La segunda cicatriz fue rocambolesca. Vivía en París, pero ese verano de los años 70, estaba de vacaciones en un pueblo pintoresco salmantino, cercano a la frontera portuguesa. Mi vida transcurría entre las fiestas organizadas por las diferentes peñas del pueblo, las madrugadas para ver apartar los toros en las dehesas y participar en el “toro del aguardiente”: sueltan un toro en las calles y el que quiera lo corretea, los burla o simplemente mira como lo hacen los otros. Antes de soltarlo, hay aguardiente gratis para todos, acompañado de “perronillas”, una galleta preparada con manteca de cerdo. Se dormía poco, se comía mucho y casi siempre alebrestado por el alcohol y la fuerte actividad de seducción de chicas. Por eso no me di cuenta de que hacía días que festejaba con 40 de fiebre ocasionado por un quiste pilonidal.

El cuerpo aguantó todo lo que daba mi fuerza juvenil, hasta que dijo basta. Tuve que salir de urgencias hacía Salamanca por carreteras comarcales. Me movía en transporte público no muy moderno de la España franquista de aquel entonces. Tarde un día entero en llegar a Madrid, directamente a la estación de Chamartín, donde tome el tren nocturno a París y llegue a las once de la mañana del día siguiente al Hospital Universitario y gracias a que no había podido tomar ni agua en todo el viaje, me operaron inmediatamente y de forma urgente. Estuve quince días hospitalizado en cuidados intensivos de enfermería. Todo a cargo de la seguridad social. Incluso el traslado a mi residencia universitaria y las posteriores curaciones a domicilio. Es lo que sucede en países “comunistas” de Europa.

La asistencia sanitaria de Francia, funciona de maravillas. Cubre todos los gastos médicos,

paramédicos, farmacia, aparatos médicos y hospitalización. Pueden beneficiarse de estas prestaciones tanto el titular como sus derechohabientes que no estén de alta en ningún régimen de la seguridad social. Puedes escoger cualquier médico privado para tus consultas. Le pagas de tu bolsillo y envías la factura a la Seguridad Social que, en el plazo máximo de una semana, te ingresa el 70% en tu cuenta bancaria el valor de la consulta. El otro 30% lo cubre la Mutua a la que estes afiliado por tu trabajo. En todo caso, siempre puedes acudir a los Hospitales donde te atenderán sin pago alguno.

La atención médica en Francia tiene una regla básica y es que cualquier persona, independientemente de su raza, ingreso u ocupación, puede acudir a cualquier médico y recibir el mismo tratamiento que cualquier otro. Los franceses tienen en un alto valor la “solidaridad” social que representa la ayuda mutua, la cooperación entre enfermos y sanos, los que trabajan y los inactivos, los pobres y los ricos. El seguro de salud se paga por capacidad de pago y no por cálculos actuariales.

Esa regla básica parece totalmente normal en los regímenes socialdemócratas de Europa. Sin embargo, suena a puro “comunismo” en boca de la “gente de bien” colombiana que no está dispuesta a compartir sus excedentes con la “chusma” y el populacho empobrecido. Y ya no se hable de Estados Unidos, donde esa regla básica nunca será comprendida.

ESTADOS UNIDOS: La tercera cicatriz me la hicieron en New York. A comienzo del siglo decidí pasar navidad con mi madre y mis hermanos. Llegue un 22 de diciembre y tenía que regresar el 27 a Madrid. El 23 empecé a sentirme mal y el 24 estaba peor. Fui de inmediato al consultorio de un médico que me costó 150 dólares. Me envió de urgencias al Hospital más cercano con el diagnóstico de apendicitis aguda con riesgo de peritonitis. Siempre viajo con seguro médico y eso permitió que el hospital me operara de inmediato y me trasladara a planta donde compartida con otro enfermo muy hablador. Se había criado en el Bronx y ahora vivía en una zona muy exclusiva donde vivían cantantes como Celia Cruz. Cada dos horas entraban un grupo de médicos que venían a preguntarme como tenía los gases. En una de esas visitas nocturnas, mi compañero les preguntó qué porque tanta insistencia con los gases. Respondieron que porque estaba recién operado.

- Pero antes que él, estaba ahí uno que tenía el brazo roto y también le preguntaban por los gases - le contesto.

Los médicos levantaron los hombres y se largaron. Entonces me explicó que yo era un chollo para el hospital. Que se habría corrido la voz de que tenía un seguro al 100% y todos querían aprovecharse. Otra noche lo despertaron para preguntarle por sus dichosos gases y se puso como una furia. Les dijo que no iba a contestar y quería saber sus nombres porque no quería pagar sus tickets. Los echo de mala manera. Luego me explicó que el tenía un seguro médico que cubría el 80% de sus gastos. Y no tenía por qué pagar el 20% de las facturas de los médicos.

Fue entonces cuando comprendí como era el sistema sanitario de USA. Cada servicio que el hospital prestaba, los médicos, las enfermeras, los especialistas, la comida, el mantenimiento..., representaba una facturación que se adicionaba a la cuenta final. Me obligaban a estar hasta que ellos decidieran darme el alta. Mi compañero de habitación me recomendó salir lo más pronto posible y pedir la alta voluntaria antes de que la cuenta ascendiera a sumas astronómicas. Justo antes de salir con las grapas de la herida puestas, me visitó el primer médico que

me envió al hospital. Me extrañó mucho su presencia. Lo saludé amablemente y contesté sus preguntas generales. Duro unos minutos y se fue de inmediato. El 28 salí a casa de mi hermana y el 30 prácticamente escapé a España donde me quitaron las grapas y me curaron la cicatriz.

Mi gran sorpresa llegó en enero. Mi seguro médico se puso en contacto conmigo para que revisara el grueso expediente que representaban las facturas de la operación: 35.000 dólares. Cada vez que pasaba por una puerta, era como si pasara por una caja registradora. Había facturas de la administración del hospital por la habitación y el alquiler del quirófano como si fuera un hotel. De la empresa de catering que manejaba la cocina. De la farmacia que suministraba las medicinas. De la empresa de limpieza y mantenimiento. Tickets de enfermeras, del cirujano, del anestesista y del personal que participó en la operación. Cada vez que dos médicos entraban en mi habitación a preguntarme por los gases, facturaban 200 dólares cada uno. Pero la guinda del pastel, fue encontrarme con un ticket de 500 dólares del médico al que le había pagado su consulta, con el argumento de “cierre de consultación”. El seguro me pidió que contratara a un experto consultor, que me costó dos mil dólares, para que negociara a la baja toda esa gran facturación. Desde entonces nunca más volví a saber nada.

ESPAÑA: En realidad, tengo varias pequeñas cicatrices ocasionados por cirugías menores. Pero España tiene uno de los mejores sistemas sanitarios de Europa. Tanto, que muchos británicos cuyo sistema no es universal y funciona mal, abusaban del sistema haciendo turismo de salud. Llegaban a España y se ponían malos para ser operados y tratados por la medicina hispana, a cuenta del sistema universal español. Fue tanto el abuso que hubo que reglamentarlo en acuerdos hispano-británicos. Ahora que Inglaterra ya no pertenece a la Unión Europea, tienen mayores problemas para utilizar gratuitamente el sistema hispano.

Existen dos sistemas que funcionan perfectamente: el público gratuito y universal que cuenta con los mejores hospitales, personal especializado altamente cualificado (el sistema de selección MIR escoge a los mejores) y los más modernos aparatos médicos. Cualquier residente en España cuenta con un Centro de Salud, una enfermera y un médico de familia al que ha sido adscrito. Cada vez que regreso de un viaje más o menos largo, mi médico de cabecera me hace pasar análisis clínicos completos y en 15 días tiene los resultados exhaustivos. Un día me dio por comentar que me costaba recordar el nombre de las cosas y las llamaba de otra manera. Inmediatamente me envió a un programa de detección temprana del Alzheimer. Mi cerebro sufrió innumerables pruebas y cuando el neurólogo las revisó, se quedó mirándome y me preguntó:

- Cuándo le cambias el nombre a las cosas ¿es porque crees que se llaman así o porque simplemente no recuerdas su nombre? -
- Porque no recuerdo su nombre. Ya sé que no se llama así- conteste.
- Entonces no tienes nada. Eso nos pasa a todos a partir de una edad. Yo mismo se las cambio porque no recuerdo rápidamente su nombre. Después de un momento, me viene a la memoria...
- Eso mismo me sucede...
- No tienes nada, todo está bien. Todos los análisis perfectos...-

El sistema de salud público se encuentra informatizado y cuando acudo a cualquier médico, tiene acceso a todo mi historial clínico, los análisis y pruebas realizadas, enfermedades tratadas y medicinas que está tomando actualmente. Esa información está también a tu disposición en tu

página privada de salud que puedes consultar cuantas veces quieras, ver tus próximas citas médicas y pedir las que necesitas. Cuando un médico receta medicinas, las inscribe en el sistema y cualquier farmacia del territorio español te las entrega cuando presentas tu tarjeta sanitaria.

El sistema privado al que tienen acceso muchos trabajadores por la empresa o porque puedes pagártelo porque su precio es accesible, se utiliza sobre todo para consultas con especialistas y maternidad. Sin embargo, todas las medicinas recetadas por este sistema, deberás pagarla de tu bolsillo. La mayoría de la gente pide cita con su médico de familia del sistema público, para que las incluyan. Ahora bien, todos somos conscientes de que, tratándose de cirugías y enfermedades graves, la sanidad pública es la única que nos brinda seguridad.

La batalla política que enzarza la derecha neoliberal y la socialdemocracia tiene su campo de acción, principalmente en la Sanidad Pública y la Educación. Cuando gobiernan los neoliberales, se construyen y se equipan formidables hospitales con dinero público y luego su gestión se entrega a corporaciones privadas. Se dejan de cubrir puestos para saturar el sistema público y desviar pacientes a las clínicas privadas pagados con dineros oficiales. Cuando gobierna la socialdemocracia, intentan recuperar lo público. Esta tira y afloje se complica más debido a que las 17 Comunidades Autónomas tienen transferidas las competencias sobre la Salud, y según el color del gobierno autónomo, se avanza en un campo o al otro.

Actualmente, cada vez que te tratan quirúrgicamente en un Hospital, te entregan a la salida una factura “ficticia” en donde te detallan lo que costó tu tratamiento y que ha sido cubierto por la sanidad pública. A lo mejor, de esta manera, todos nos enteramos de lo que vamos a perder si dejamos que el neoliberalismo nos privatice el derecho universal a una buena salud.

UN PUEBLO DE HISTORIAS

Ana
Rocío
Ana y Rocío
Maruja y Juan
Juana y la bicicleta
Isabelle

Ana

Las mellizas del pueblo no eran especialmente agraciadas físicamente. Sus desgarradas figuras tenían un terrible atractivo: eran las hijas del acaudalado matrimonio dueño del único supermercado de la comarca. Su madre las cuidaba con mucho esmero y consideraba que los chicos del pueblo no eran aptos candidatos para esposar a sus privilegiados retoños. En verano, la población se triplicaba y algunas familias autóctonas que vivían en la capital, llegaban con amigos a disfrutar las fiestas patronales. Además, muchos trabajadores temporeros marroquíes, rumanos y otros países del este, eran contratados para recoger la fruta, las olivas y las almendras. Todas estas hormonas juveniles ocasionaban un continuo trajín en la Matrona, para impedir que sus vástagos tuvieran malas relaciones.

Al principio fue fácil, pero la adolescencia desbordó sus capacidades de control. Con una a lo mejor podría, pero dos a la vez, le causaban un tremendo dolor de cabeza, sobre todo por las personalidades tan diferentes. Mientras Ana mantenía más o menos, las estrictas normas de su madre, Rocío sobrepasaba con creces, el comportamiento prohibido. Esas diferentes formas de ser las había distanciado y cada una tenía amigos y experiencias diferentes.

Su madre decidió entonces concentrarse en Ana y abandonar a Rocío por imposible. De modo que cuando a los veinte años, Ana encontró un chico formal entre las amistades capitalinas que frecuentaban el pueblo, la Matrona se desvivió por preparar la más gloriosa boda en la historia de la Región. Trecientos invitados debían encontrar sitio en la Hacienda familiar engalanada para el momento con toda la parafernalia necesaria para demostrar el poderío económico. Don Francisco, el cura del pueblo, accedió a celebrar la misa en la propia Hacienda. Todo debía estar perfecto y no se escatimaron gastos.

La noche anterior a la boda, la contrayente se reunió con su prometido y su familia política en una cena que parecía normal. Pero no lo era. Fue sometida a un interrogatorio sobre los bienes que tenía a su nombre, las participaciones que le pertenecían en las empresas de sus padres y demás elementos financieros que le correspondían al nuevo matrimonio. Ana respondió como pudo, pero en su interior

quedó claro que esta boda era de pura conveniencia económica y su gran amor por el chico sufrió un grave deterioro.

Al llegar a casa habló con su madre y le dijo que no se casaba. Que había cometido un enorme error y no quería seguir con ello. ¡Madre mía lo que acababa de decir! La Matrona puso el grito en el cielo y le ordenó que siguiera con lo planeado. Que no iba a desbaratar todo por un capricho de ella. Que se dejara de monsergas que el chico era de buena familia. Que qué iba a decir la gente después de todo lo que se había trabajado. Que le habían comprado un piso a su nombre y amueblado completamente para que vivieran felices. Que no iba cometer un desplante a su propia familia que ya estaban instalados en las mejores habitaciones. Que esta boda se celebraba sí o sí. Y que se fuera acostar ya que mañana tenía que madrugar.

Apabullada y culpabilizada por tantas razones, Ana aceptó seguir con el bodorrio planificado por la Matrona. Se autoconvenció de que todo iba a salir bien a pesar de todo. Y así sucedió. La ceremonia y la fiesta fue todo un éxito y los invitados se lucieron con magníficos regalos. El problema vino una semana más tarde. El nuevo esposo fue claro y neto. Ella podía hacer la vida que quisiera que él iba a hacer lo mismo. Él estaba ahí para pasarlo bien y lo demás le importaba un bledo.

Ana, compungida, volvió donde su madre a preguntar que hacía. ¿Cómo podría enfrentar esta situación? De nuevo la Matrona intentó convencerla para que aguantara y no montara un escándalo, sobre todo, teniendo tan reciente la boda. Pero esta vez, Ana consultó con su padre y le contó la verdad desde la noche antes de la ceremonia.

El patriarca montó en cólera contra la Matrona y la puso de todos los colores. Si lo hubiera sabido, por su sangre que no se había llevado a cabo este matrimonio de pacotilla. Y con toda la furia que le embargaba se fue a hablar con su yerno. No se sabe de qué hablaron, pero en dos meses Ana estaba divorciada legalmente y libre de todo compromiso. Las malas lenguas del pueblo dicen que fue una mezcla de serias amenazas y una buena indemnización las que lograron el milagro.

Pero Ana tenía sentimientos encontrados, nadie contó con ella, nadie preguntó por sus sentimientos. Ni el novio y luego marido, ni su madre y mucho menos su padre. No era nadie. Una veleta que movía el viento de los acontecimientos. Peor aún, se sentía como el espantapájaros que tenían en el sembrado, moviendo los brazos y la cabeza al son que marcaba las corrientes que llegaban del norte. Entonces le llegó la oscuridad. El desbarajuste mental que todo lo puede. El mundo negro del desespero inundó las horas tristes de Ana. Sobraba en este mundo abusivo. Solo le quedaba el consuelo de volver a oraciones y enseñanzas religiosas que había aprendido en las ursulinas. De modo que antes de cometer el acto que tanto miedo le daba, decidió confesarse con Don Francisco, el párroco que la conocía desde niña.

A sus cuarenta años Don Francisco tenía la suficiente experiencia como sacerdote salesiano y padre espiritual para la salvación de las almas de la juventud. Recién llegado al pueblo, le tocó administrar la catequesis y la Primera Comuni3n de las mellizas cuando tenían nueve años. De modo que, poco a poco, logró penetrar en los oscuros laberintos que atormentaban el coraz3n de Ana. La fue guiando con las herramientas aprendidas en sus años de seminarista de tal manera que las conversaciones se volvieron continuas y entre las cinco y siete de la tarde, Ana y el párroco se encerraban en la sacristía buscando el amparo espiritual que la salvara. ¡Y vaya si lo consiguió! A los cuatro meses de este tratamiento de choque, la doliente feligresa quedó

embarazada.

Don Francisco había calculado muy bien su golpe maestro. Descubrió cual era el camino más expedito para salir de este presente y futuro miserable que le esperaba como cura pueblerino. Deseaba regresar a la vida civil y el azar le brindaba la mejor oportunidad de su vida. Y no la iba a desperdiciar. De modo que además de arremangarse la sotana en la sacristía, fue a hablar directamente con el Patriarca con un discurso infalible que había preparado con mucho esmero, fruto de sus rutinas sermonéales dominicales.

Al Patriarca no le disgustó su nuevo yerno. Al menos no era un palitroque como el anterior y hasta le daba un pequeño lustro a la familia. Además, su nieto ya estaba en el horno y era lo que más deseaba. Esta vez la Matrona, aunque desconfiaba del cura y le parecía un horror lo que se avecinaba, tuvo la suficiente delicadeza y sensatez de quedarse callada. Al fin y al cabo, era culpable de lo que sucedía.

Contando con la bendición de la familia, se iniciaron los trámites de secularización que no eran fáciles de conseguir. Pero las buenas relaciones del Patriarca y una suculenta donación, eliminaron rápidamente los escollos planteados en los libros sagrados de las dispensas papales. Tres meses después, Don Francisco y Ana se convirtieron en matrimonio en el registro civil y esta vez, el acompañamiento de la ceremonia se hizo con la presencia estricta de los familiares cercanos y disponibles. Aproximadamente diez personas. Cuando se enteraron, las malas lenguas del pueblo repetían en los bares: Pero si parecía maricón y mira que listo salió. Ahora a vivir del cuento como siempre lo ha hecho.

El primer disgusto del Patriarca llegó cuando se enteró de que el vástago prometido era una niña. Su ilusión de tener un varón en la familia se desvanecía rápidamente. Pero no era grave. Todavía quedaba esperanza con el próximo. El segundo disgusto fue más desconcertante. Su ilustre yerno, después de tres años de estudios teológicos, dos años de filosofía cristiana y demás estudios de la vida de Santos, Vírgenes y demás historia eclesiástica, no tenía ni puñetera idea de cómo ganarse la vida fuera de la Iglesia.

El primer negocio que tuvo, fue como distribuidor exclusivo de un extraordinario aparato que, conectado a los conductos de agua, reducirían al máximo el coste del consumo. Las constructoras y las grandes urbanificaciones se lo quitarían de las manos. Montó una oficina a todo lujo con escritorio de roble como correspondía a un Director de una próspera empresa. Y antes de efectuar la primera venta, su mente privilegiada estaba planificando como hacerse con la patente del maravilloso invento y ser el único dueño. Cosa que hubiera logrado si su suegro no hubiera intervenido a tiempo, para cortar por la sano toda la sangría financiera que le habían estafado y lo que los embaucadores le pretendían sacar en el futuro. Desde entonces el Patriarca prefirió que pasara el tiempo fumando y tomando café, a seguir pagando sus incompetencias comerciales. Máxime cuando ahora, Ana se encontraba de nuevo embarazada y la esperanza de un nieto volvieron a ilusionarlo. Pero la vida escribe sus líneas en pentagramas cambiados. Un fulminante ataque cardíaco se llevó por delante al Patriarca. Y entonces apareció Rocío, la hermana desaparecida de algunos años.

Rocío

Rocío siempre fue rebelde y montaraz. Nunca le tuvo miedo a enfrentarse con los chicos, ni a cualquier reto que se le presentara. A los dieciséis años se fugó con un joven rumano a la paradisíaca isla de Ibiza y durante dos años sus padres no supieron nada de ella. Regresó un diciembre, acompañada de un francés, a pasar el año nuevo con su familia. El año siguiente fue un holandés y en otra visita, fue un sueco. Las envidiosas y lenguaraces vecinas, la bautizaron como “Miss Coño Internacional” en los parques del pueblo. Se preguntaban a quién traería en la próxima visita y llegaban a apostar sobre la próxima nacionalidad del novio. Cuando regresó para el funeral del Patriarca, ganaron las que habían apostado por un sudaca.

Esta vez llegó acompañada de un gran poeta dominicano que conquistó su corazón incomprendido con la cantidad de poemas dedicados a ella. Los coleccionaba en un cuaderno lujosamente empastado y los mostraba con mucho orgullo. Inocentemente me los dejó leer en el bar del pueblo sin ponerme en antecedentes. Ingenuamente, pensando que era una fanática, me puse a cantar todos los boleros que estaban escritos a máquina en ese precioso cuaderno.

Ella se quedó mirándome con ojos asustados, preguntándome qué cómo conocía los poemas de su novio. Le dije la verdad. Todos eran letras de los más famosos boleros sentimentales cubanos, mexicanos y puertorriqueños. Escogía uno al azar y se lo cantaba. Mas aún, puse “Piensa en mí” en la gramola del bar cantada por el gran Machín. Entonces su mirada se tornó en furia contenida. Y me contó lo de su novio poeta.

Le expliqué que, en el Caribe, los chicos y chicas tenían la costumbre de dedicarse canciones como muestra de amor. Y los boleros eran sus preferidos. Mirándome fijamente y sin apartar su vista de mis ojos, rompió todos y cada uno de los famosos poemas de su novio. No tengo la menor idea de que sucedió cuando regresó a su casa. Pero al día siguiente no había ni rastro del dominicano.

Había ido al pueblo acompañando a una amiga, pariente del Patriarca. Me alojaba en la Hacienda y por esa razón llegue a conocer a casi toda la familia. Rocío era

una extraordinaria mujer que amaba su libertad por encima de todas las cosas. En su estancia en Ibiza, donde regentaba un chiringuito de playa, además de aprender idiomas, adquirió una impresionante habilidad para mandar a la mierda a cualquiera y le importaba muy poco la opinión que los demás tuvieran de ella. Demostró que podía valerse por sí misma y por eso, el Patriarca siempre la protegió.

La herencia patriarcal abrió un gran grifo de liquidez para las mellizas. Rocío se reconcilió con su hermana y ambas decidieron dirigir los negocios familiares, sobre todo el Supermercado comarcal que les dejaba pingues beneficios. Don Francisco tuvo prueba viviente de los milagros que antes intuía. El maná que le cayó del cielo le permitió tener una vida muy holgada los primeros años, hasta que le llegó una extraña enfermedad que, según su médico, necesitaba tomar aguas curativas en el balneario exclusivo de Maspalomas, en las Islas Canarias. Ahí se pasaba el pobre la mayor parte del año a costa de su mujer. Hasta que Rocío contrató un detective para demostrarle a su hermana lo que la grosera rumorología del pueblo ya lo sabía y ella se negaba a aceptar. El balneario de Don Francisco era el mejor Centro homosexual de Europa y su marido hacía rato que había salido del armario gracias a su dinero.

Con el tiempo, Rocío tuvo un hijo con un gaditano de ojos verdes de quien estuvo enamorada hasta los tuétanos. Cuando se enteraron, las viperinas lenguas del pueblo comentaban: Anda que Miss Coño Internacional se nacionalizó. Otro que viene a vivir de la sopa boba... Pero no era verdad. El de Cádiz tenía una profesión bien definida, era enfermero profesional y estaba contratado por una empresa multinacional que, entre salario de base, horas extras y dietas de viajes intempestivos, ganaba un buen salario para tener una vida muy cómoda.

Demasiado cómoda como pudo comprobarse cuando se apareció en el pueblo con un flamante Ford Mustang rojo, cuyos rugidos del motor hacían temblar las ventanas del vecindario. Dos años después del nacimiento de su hijo, el Mustang seguía aparcado en la hacienda familiar sin que nadie lo tocara y el gaditano estaba desaparecido.

Las malas lenguas de nuevo, apuntaban a una detención por tráfico de droga en el Estrecho de Gibraltar. A Rocío le traía sin cuidado los rumores. Su felicidad se encontraba colmada con la crianza de su precioso hijo de ojos verdes como su padre. Con eso le bastaba.

§§§§§

PD: Me escribe Ana internamente para prohibirme contar la historia de su familia. Que piense en sus hijas. Le digo que nadie sabrá quienes son pues los nombres están cambiados y nunca mencioné el nombre del pueblo. Además, mis lectores nunca imaginaran de quien habló. Igualmente, no he contado la historia de la Matrona ni la del Patriarca que también tiene su guasa. Por el contrario, Rocío me espolea a seguir contando porque le divierte verse reflejada.

“La gente vive de la envidia que nos tiene. Su miserable moralidad solo tiene lengua para vomitar sandeces sobre nosotras. La mayoría vive del trabajo que les proporciona nuestras empresas. Son lameculos cuando trabajan, pero no tienen vergüenza en ponernos a parir en todos los rincones de este pueblo de mierda. Gilipollas que debían lavarse la boca con jabón antes de destilar sus asquerosas babas sobre nosotras. ¡Anda que no tendrías historias que contar si conocieras quienes de estas gentuzas se chupan los genitales con sus amantes!”

(Adivinen cuál de las mellizas me escribió tan generosas palabras.)

Ana y Rocío

Ana y Rocío quedaron impresionadas con mis anteriores escritos sobre sus vidas y el pueblo en que viven y publicados en Facebook. Tanto, que me invitaron a pasar una semana con ellas en su fabulosa hacienda. Con dos condiciones. Que escribiera sobre lo que me iban a contar y que sus vástagos no lo leyeran. La segunda condición era muy fácil de cumplir. Sus retoños estaban en otro mundo y ni puñetero caso me hicieron. Pero fue la primera condición la que llamó poderosamente mi atención. Me intrigaba saber que me habían preparado.

Llegue por la tarde en el mes de diciembre y el pueblo estaba engalanado con sus luces navideñas. La hacienda de las mellizas solo tenía un bello árbol emperifollado con adornos delicados y elegantes

- En tiempos de la Matrona, esta casa brillaba como una pista de aeropuerto- me dijo Ana - ahora los chicos no quieren tanto. Pasan de todo y van a lo suyo

- Y nosotras no estamos tampoco por la labor - confirmó Rocío - con nuestros trabajos tenemos más que suficiente. El súper y la conservera nos quita todo el tiempo. -

Me recibieron a cuerpo de rey. Tenían unos excelentes vinos Gran Reserva Vega Sicilia y botellas de güisque escoceses de 18 años. Espectaculares. Precisamente, bebiendo uno de ellos, al pie de una esplendorosa chimenea, Ana me interpeló directamente.

-¿Por qué no escribiste que fui yo quien escribió el último párrafo que publicaste?

-

- ¡Vaya!, ya salió la cuestión – intervino Rocío – no veas cómo me ha dado la lata sobre eso. Quería que todos se dieran cuenta que fue ella, harta de las habladurías.

-

- ¡Claro! Porque tú siempre quedaste bien mientras yo fui la tonta del bote ¿No?

- ¡Pero es que lo eras! - le interrumpió Rocío riendo...

- ¡Pero ya no! He cambiado y mucho. Y nadie me va a tomar por gilipollas. Y no quiero que la gente se quede con esa antigua Ana... -

- ¡Pero sin nadie sabe quién es Ana ¡- le dijo riéndose Rocío – Que más te da. -

- ¡Pues yo si lo sé y es lo que me importa ¡De modo que lo dirás alto y claro y

sanseacabó...! -

- Que sí, Ana que sí. Lo diré y además remarcaré la transformación de tu carácter y personalidad en estos últimos años - le dije en son de paz - Sinceramente te admiro porque has sabido imponerte a todas las circunstancias que rodearon tu vida. No fue fácil enfrentarte a la homosexualidad de tu marido y lo resolviste con mucha altura y con mucha clase. Salvaguardando el interés de tus hijas...-

- Eso si es verdad – terció Rocío – tuviste el valor de tomar el toro por los cuernos y ¿ves? Puedes hablar de ello sin vergüenza alguna y sin remordimientos. Te asumiste tal cual y te superaste con creces...-

- ¡Coño! Ahora lo reconoces ¿no? ¿Es porque esta Luis delante? ¿Por qué no me lo has dicho antes? Hice lo que tenía que hacer y ya está. Ni es heroísmo ni ostias. Abrí los ojos y actué en consecuencia. Lo mandé de paseo como se merecía y hablé con mis hijas. Eso es todo. -

- No todas las mujeres pueden hacer eso Ana – insistí para apaciguarla – y tú lo hiciste con lucidez y cordura, demostrando tu gran madurez... -

- ¡Anda tu ¡- me interrumpió Ana- Ahora resulta que mandar a la mierda al padre de mis hijas es un acto de cordura. Lo que tuve fue lo suficientes ovarios para solucionar la situación pensando en mis hijas y, sobre todo, sin el apoyo financiero y, tengo que reconocerlo, sin tu apoyo directo – dijo dirigiéndose a Rocío – no lo hubiera podido hacer. De modo que déjate de tonterías sobre que no todas las mujeres lo pueden hacer. ¡Pues claro que no lo pueden hacer si no tienen respaldo económico y dependen del puto marido que tengan! Tus palabras no me consuelan... -

- ¡Ay! Ana querida, deja ya tus resquemores -insistí – vamos a pasar la velada más tranquila y hablemos de otra cosa. Me tenéis intrigado con las historias que me habéis prometido... –

- Bueno, pues eso es otra cosa que pensamos las dos... - dijo Ana

- Que pensaste tu y que yo complementé – dijo Rocío

- Da igual. Las dos montamos esto y ya está ¿Vale? Pero para que veas que no somos rencorosas con este pueblo, las historias las van a contar las mismas personas que la sufrieron... -

- ¡Pero qué dices ¡- dije asombrado - ¿has convencido a las personas que cuenten sus miserias personalmente...? –

- Bueno miserias, miserias... no son tantas. Son historias curiosas – replicó Rocío

- Ya lo verás. Te van a gustar, te lo prometo – dijo Ana en actitud más calmada.

- A propósito -dije - ¿Dónde están vuestras parejas?

- Les dimos vacaciones – dijo Ana – no queremos que interfieran en estas historias ni que se enteren que estas publicando lo que te contamos... -

- Mejor estamos contigo y podemos hablar sin tapujos – terció Rocío – con ellos no queremos ser tan francas. Nunca se sabe... -

- ¡Joder chicas! Seguíis siendo guerreras e independientes... -

- Eso siempre – dijeron las dos al unísono.

Maruja y Juan

Maruja llegó temprano. Se había comprometido a preparar cachopos, plato típico de su tierra asturiana y que, según las mellizas, quedaba de rechupete. Juan llegó más tarde cuando ya estábamos saboreando un Vega Sicilia. Los dos trabajaban en la conservera desde hace tiempo y más que empleados y patronas, se comportaban como buenos amigos. Es lo que hace la convivencia pueblerina. No sé si fue por el buen vino o el mejor ambiente, pero conectamos de inmediato. Era muy fácil encontrar simpatía frente a las extrovertidas personalidades de Maruja y Juan. ¡Que seres más maravillosos!

- ¿Cómo os conocisteis? – dije para empezar cuando nos sentamos a la mesa.

- ¡Uy! que rápido quieres comenzar – dijo Maruja con una gran sonrisa – pero primero prueba ese cachopo y ya me contarás...-

La verdad es que la deliciosa combinación de la carne empanada, con el jamón y queso, envuelto en la deleitosa salsa, fue un bocado extraordinario que completó el sabor del buen vino que tomábamos.

- ¡Madre mía! ¡Qué maravilla! – exclamé con pasión. -Lo había comido en Oviedo, pero esto es otra cosa... -

- ¡Pues claro que es diferente! Es receta de Mieres y ahí los hacemos de otra manera. -

El resto de la cena transcurrió agradablemente, aunque no se tocó nada de la historia. Solamente en la tertulia, de nuevo al pie de la chimenea y con una copa de brandy de Jerez, Maruja empezó a hablar.

- Nos conocimos de adolescentes. Nos encontramos en un campamento de verano en Segovia. Yo venía de Asturias y Juan de Toledo.

- Mis padres no estaban por la labor de dejarme ir - dijo Juan- Siempre fueron una familia tradicionalista y católica y eso de los campamentos no lo llevaban muy bien. Les convenció el que viajáramos varios amigos del instituto.

- En cambio, mi familia quería que saliera. Que me formara conociendo gente de otras partes. – dijo Maruja – También fuimos con amigas del instituto. El hecho fue que nos conocimos y nos enamoramos perdidamente...

- La verdad – terció Juan – es que fui yo quien, al verla por primera vez, permanecí en choque. No sé qué me paso, pero quedé atontado y no me atreví a hablarle la primera vez. Sobre todo, que se protegían entre las chicas y siempre andaban en grupo. -
- ¡Pues si! Nos habíamos prometido estar juntas por el temor a lo desconocido. Lo que recuerdo es que yo también me quedé tocada cuando lo vi. No sé si por la actitud de embobado que tenía Juan al mirarme o porque me gustó. Pero de ahí en adelante no nos quitamos el ojo. Siempre nos buscábamos y en las actividades propuestas por los monitores, nos la arreglábamos para coincidir. -
- Fue tirando al arco cuando me atreví a hablarle. – dijo Juan – ella no tenía fuerza para tensar el arco y entonces me acerqué y le estuve explicando cómo hacerlo. Ahí ya nos presentamos y empezamos a hablar... -
- ¡Ja, ja...! – se rio de buena gana Maruja – Eso fue lo que le hice creer. La chica débil que necesita del macho para ayudarla. Era la única manera que encontré para hablarle y ¡funcionó! Empezamos a cogernos de la mano y a morrearnos a escondidas. Yo era mucho más libre y menos timorata. Él y sus amigos asistían a misa los domingos mientras que nosotros pasábamos de religión y de ostias. Claro que habíamos sido bautizadas y habíamos hecho la primera comunión. Pero eso era todo. Ni yo, ni mis amigas asturianas fuimos religiosas y nuestras familias tampoco. Pero él venía de una familia camandulera... -
- Mi familia siempre fue de rezo en familia y cumplimiento de todas las obligaciones religiosas. Así me criaron. Y por eso comenzó nuestra historia triste -
- Bueno, en realidad, después del Campamento de Segovia, nos seguimos escribiendo y hablando por teléfono. Hablábamos de amor y de novios. Nos prometimos que debíamos encontrarnos en algún sitio. Y así fueron pasando los años que nos faltaban para terminar la secundaria. -
- Entonces, resolvimos que deberíamos estudiar en Madrid. Nuestras familias tenían recursos para mantenernos y ambos decidimos que teníamos que sacar buenas notas para que nos admitieran en la misma universidad. Y así fue. Ella estudió enfermería y yo empresariales en la Complutense. Empezamos a vivir juntos, primero a espaldas de nuestras familias, pero después, aunque la mía por lo menos, lo sospechaba, lo dejaba pasar...-
- En cambio la mía lo supo y solo me preguntaron que si lo quería y era feliz. Les dije que era el hombre de mi vida y no veía mi vida sin él. Me dieron su aprobación e incluso, me pidieron que lo llevara de vacaciones. Terminamos nuestras carreras y empezamos a trabajar. Nos buscamos un piso mejor y como todas las parejas, empezamos a ser felices juntos, a salir con amigos y vivir nuestra vida. Y entonces, quede preñada. No lo buscamos, pero llegó y fue lo más bello que nos pudo suceder. Aunque nunca nos imaginamos lo que vendría después. -
- Mi familia quedó encantada con el embarazo – continuo Maruja – incluso mi madre empezó a hacer planes para venirse a Madrid para ayudarnos cuando naciera el bebé. En cambio, su familia... -
- Mi familia – interrumpió Juan – llevaba muy mal que viviéramos juntos en pareja. Eso estaba en contra de sus sagrados principios. Pero que fuéramos a tener un hijo sin casarnos por la Iglesia, superaba con creces todas sus expectativas. Empezaron a darnos la vara para que nos casáramos. Llegaron a chantajearnos con un piso a nuestro nombre si lo hacíamos. -
- La verdad es que nos lo pensamos con lo de tener un piso a nuestro nombre. Pero éramos jóvenes y pesaba más nuestros ideales que cumplir con reglas que nos parecían obsoletas y ultracon-

servadoras. De modo que decidimos no hacerlo. Lo que nos trajo el alejamiento de su familia. Tuvimos un niño precioso, completamente sano y lo inscribimos en el Registro Civil sin problemas. El no bautizarlo ocasionó el casi rompimiento total con la familia de Juan... -

- La verdad es que yo llevaba muy mal el alejamiento de mi familia. Todavía me pesaban tantos años de adoctrinamiento religiosos y tenía un sentimiento de culpa, de estar faltando a sus enseñanzas. Mi madre me decía llorando que rezaba por mi para que regresara al redil. Fue un chantaje emocional que casi no podía soportar. Entonces hablé con ella - dijo señalando a Maruja - y le confesé todos los sentimientos encontrados que tenía dentro de mí...-

- Me lo confesó llorando y eso me llegó al alma. Le dije que nos casáramos por la Iglesia y que bautizáramos al niño. ¡Qué más nos daba! En mi interior sabía que solo se trataba de cumplir con un compromiso cultural. Y si eso calmaba a Juan en su infierno interior, yo no tendría problema alguno. Mi familia tampoco.

- Cuando se lo comunique a mi madre, lloró de nuevo, pero esta vez de emoción. Era como si el bien hubiera triunfado sobre el mal. Que sus oraciones me habían llevado por el buen camino y volvía al redil como el hijo pródigo. Me dijo que no me preocupara de nada. Que ella se encargaba de todo y que nos casaríamos en la Catedral de Toledo pues el Obispo era su íntimo amigo... -

- ¡Joder con tu madre! – salto Rocío que hasta el momento ella y Ana habían estado calladas escuchando atentamente – La gran puta te tenía agarrado de los cojones. ¿¡Cómo se lo permitiste, coño...!?

- ¡Cállate ya! – le recriminó Ana – deja que continúen...-

- Pues tantos años de adoctrinamiento es lo que hacen Rocío – dijo Juan – Pero fueron las ganas de salvarme del infierno de mi madre las que ocasionaron otro infierno. Lo que se nos vino encima... -

- Yo sabía desde siempre – continuo Maruja – que era adoptada. Mi familia nunca me ocultó que a mis tres años me adoptaron y asumí los apellidos de mis nuevos padres. Mis padres biológicos habían muerto en un accidente, según la versión que les habían dado, y sin parientes, me dieron en adopción y tuve la suerte de tener la familia que tengo. Nunca tuve problemas por eso. Resulta que el Obispo de Toledo exigía la partida de bautismo original y esa nadie sabía dónde estaba. Finalmente la encontramos en una parroquia de Zamora y supe que era hija de Dolores M, madre soltera de 19 años. De ella nunca supe nada más. Pero si supimos que las monjas que la ayudaron a parir, habían sido procesadas porque a todas las chicas solteras que llegaban embarazadas, les decían que sus hijos habían muerto, mientras entregaban a los bebés a la beneficencia cristiana para ser adoptados por familias que pagaran por ello. Ese fue mi caso. Estuve cerca de tres años en el orfanato de Zamora hasta que mi familia asturiana me adoptó. En el juicio que las condenaron, decían que lo hacían en beneficio del niño, para que tuvieran mejor porvenir que en manos de madres descarriadas.

- ¡¡Que hijas de putas!! - exclamamos las mellizas y yo al mismo tiempo. - Recuerdo que ese juicio salió en la prensa y condenaron también al médico que las acolitaba. –

- Sí así fue – dijo Juan – pero también decidieron que por respeto a los niños que ya eran adultos, no se rebelarían los datos, excepto que los interesados lo pidieran expresamente. Pero aquí

viene la parte de la historia que me pertenece. Resulta que yo también fui adoptado. Mis padres me lo ocultaron y siempre crecí con el convencimiento de que ellos eran mis padres biológicos. La exigencia del amigo Obispo de mi madre, les obligó a confesarme que me habían adoptado cuando tenía un año. De modo que, en la búsqueda de la partida original de mi bautismo, caímos en el mismo orfanato que Maruja. Y de ahí, a la misma parroquia y la gran sorpresa de mi partida bautismal: era hijo de Dolores M. madre soltera y había nacido el mismo día y a la misma hora que Maruja. ¡¡¡Éramos hermanos mellizos!!! Por eso nos atraíamos tanto desde el primer momento en que nos vimos.

- ¡Madre del amor hermoso, pero que lío es este! – exclamo Ana mientras su mano cerraba mi boca abierta. – Nunca nos lo habíais contado de esa manera. Nos dijisteis que erais hermanos, pero no mellizos como nosotras... -

- ¡Y qué más da! – dijo Rocío – Déjalos que cuenten lo que vino después y por qué se trasladaron a nuestro pueblo...-

- Cuando mi madre se enteró de la situación - continuo Juan – tuvo un ataque de histeria. Un verdadero ataque que pensé que estaba volviéndose loca. Toda su preocupación era el infierno que nos esperaba y el desprecio del Obispo que, al conocer la historia, anuló todos los preparativos de la boda y, además, exigió que debíamos separarnos y pedir un perdón papal por el gran pecado cometido. Según ellos, si seguíamos juntos éramos hermanos depravados... –

- ¡Que asquerosidad de gente! – exclamo Ana

- Al contrario de mi familia – dijo Maruja – se preocuparon muchísimo. Pero lo primero que nos pidieron y nos ayudaron, fue un examen médico en profundidad para saber si nuestro hijo estaba en perfecto estado. Los exámenes resultaron magníficos y los médicos nos manifestaron que no habría ningún problema si queríamos tener más descendencia... -

- De modo que la desconexión con mi familia fue total – dijo Juan – Seguimos nuestra vida como si nada hubiera pasado. Nos casamos por lo civil pues legalmente teníamos apellidos diferentes. Tuvimos una hija. Y nuestra vida transcurría tranquilamente.

- ¿Puedo haceros una pregunta? – dije yo - ¿Cómo asumisteis vosotros mismos, en vuestro interior, ese descubrimiento? -

- Para nosotros no fue ningún problema – contestó Maruja – nos queríamos, éramos una pareja infinitamente enamorada el uno del otro. –

- Jamás ese descubrimiento nos alteró, ni cambió nada de nuestros planes – continuo Juan - Pero a pesar de todo, teníamos un problema jurídico en nuestras cabezas. Según el abogado que consultamos, a pesar de que el incesto dejó de ser delito con la nueva democracia española, el Código Civil sigue prohibiendo el casamiento entre hermanos. Y eso si nos mortificaba, pero un problema menor. Nadie tenía porque enterarse. -

- Pero todo se complicó por la publicidad que recibió el juicio a las podridas monjas que nos vendieron – dijo Maruja recogiéndose el pelo – una periodista sensacionalista empezó a buscar a todos los bebés vendidos y a entrevistarlos para la TV. No sé cómo dio con nosotros, pero a pesar de que no quisimos hablar con ella y que el abogado contratado le prohibió hablar de nosotros, la gran perra ventiló nuestro caso porque decía que era un notición, una gran audiencia... -

- La publicidad que trajo su reportaje nos ocasionó un trauma en nuestra familia. Otros periodistas querían hablar con nosotros. Televisiones del mundo entero nos proponían contratos fabulosos para contar nuestra historia. Nos negamos en redondo. Nos teníamos a nosotros mismos para apoyarnos. Nos criticaban porque habíamos decidido tener hijos. Algunos amigos se alejaron, pero la gran mayoría nos cobijó y algunos nos prestaron sus casas para alejarnos de la jauría de periodistas mierderos que nos perseguían... -

- Y entonces, nuestros hijos empezaron a sufrir por nuestra culpa – Maruja retorció sus manos. Juan se le acercó y empezó a besarla con mucha ternura – Cuando sus compañeros en el colegio se enteraron, empezaron a burlarse de ellos. A veces mi hijo llegaba con moratones por pelearse con los otros. A mi hija la segregaban en las invitaciones a fiesta de sus compañeras. La falta de tacto de los profesores y los insultos de sus compañeros, amargaron la vida de nuestros hijos.

- Fue entonces cuando decidimos huir de todo. Pensamos irnos a otro país. Teníamos buenos trabajos en Madrid, pero no nos importaba abandonarlos y trabajar de friega platos en Alemania o Francia o donde fuera. Queríamos salir del brutal infierno en que se habían convertido nuestras vidas... -

- Pero de pronto, me llegó una oferta de trabajo de este pueblo. No tengo puñetera idea de quien dio mi nombre. Lo que sé es que el trabajo me convenía y estaba bien pagado. Hablé con la agencia intermediaria y la primera vez que hablé con Rocío y Ana, conectamos de inmediato... -

- Así fue – dijo Rocío – necesitábamos un administrador de confianza y desde ese momento supimos que era él. Cuando conocimos a Maruja fue un “coup de coeur” como dicen los franceses. Había algo en ellos que nos hacía falta... -

- Para mí fue algo tremendo – terció Ana – soy supersticiosa y todos los signos externos me estaban anunciando que algo bueno nos iba a suceder. Y así fue. Somos amigos inseparables. Y es verdad, sus presencias complementaron nuestras vidas. –

- Pero hay algo que no acabo de entender – dije mientras veía por la ventana que estaba amaneciendo – Llegasteis a este pueblo. Os habéis adaptado y recuperado la calma y se os ve felices. ¿Por qué diablos queréis contar esta historia? ¿Queréis complacer a Ana o a Rocío o ambas a la vez? ¿No tenéis miedo de esto vuelva a saltar? -

- ¡He! ¡Listillo! – saltaron de inmediato las mellizas – No te pases. Nosotras no hemos pedido nada. Fueron ellos los que quisieron... -

Juan y Maruja se miraron con complicidad, riendo mientras se miraban.

- Anda. Díselo tu – le dijo ella a él

- Vale – dijo Juan – Mira Luis, cuando empezaste a contar las historias de Ana y Rocío, ellas empezaron a comentarla con nosotros. Nos quedamos admirados de como asumieron sus vidas pasadas. La tranquilidad y el deleite que sentían fue enorme. Era como si se quitaban un peso de encima y que ya nada les podía hacer daño. Estaban por encima de todo y se gustaban tal como eran. Cada historia tuya la complementaban con anécdotas mucho más fuertes y a veces, vergonzantes, pero asumiéndolas a carcajadas. ¡Las veladas maravillosas que nos hemos pasado a costa de tus escritos!

- Fue en una noche de esas que dije ¡Anda que si contamos la nuestra – ¿Y por qué no lo hacemos? Total. A estas alturas nadie nos podrá hacer daño. Nos sentimos protegidos entre nosotros.

78 Somos tres hermanas y un hermano y ni un puto periodista de mierda volverá a amargarnos la vida. ¡Estamos unidos y somos felices!

Todos nos miramos y nos abrazamos y nos besamos y volvimos a beber y vimos el amanecer juntos, entrelazados. Confieso que alguna lágrima tuve.

Juana y la Bicicleta

Llegamos muy temprano a la cita y cuando nos vio entrar, se levantó muy ágil y, antes de que me presentara, me saludo con dos besos bien sonados al mismo tiempo que me decía “Tú eres Luis, ¿no?” No esperó respuesta. Simplemente nos arrastró al rincón de la cafetería que había escogido para nuestra entrevista.

- Así es ella – me dijo Ana – todo nervio y toda resolutiva. ¿Nosotras no tenemos derecho a besos, so pendona...? -

- Anda sentaos, que a vosotras os veo a menudo...- respondió con una gran sonrisa que mostraba unos dientes perfectos y blancos. Tenía un cuerpo bien moldeado y una cabellera rubia bien arreglada. Se veía a lo lejos que se cuidaba bastante y, a sus cincuenta y pocos años, mantenía una figura muy atractiva.

Pedimos bebidas y algo de picar. Observé que el rincón estaba bien seleccionado. Una especie de apartado que no tenía vecinos de mesa inoportunos que pudieran escuchar nuestra conversación.

Habíamos conducido como treinta minutos por la comarcal y llegamos a esta gran cafetería-restaurant, que también era hotel de carretera, situado en el área de descanso de la ruta nacional. Al bajar del coche, pregunté por el lugar extraño para una cita de amigos. Rocío me respondió que para Juana no era extraño y muy seguramente estaría durmiendo en ese hotel.

Después de hablar de banalidades, del tiempo, de las cosechas y ponerse al día de los últimos chismes, Juana planto cara.

- Bueno, ¿qué? ¿Os cuento mi vida, cotillas...?

- ¡He! Que nadie te obliga nada – saltó Ana – tú te ofreciste voluntaria... -

- No le hagas caso - terció Rocío – Esta lenguaza se cuenta sola. Ya no le hacen mella los comentarios del pueblo. -

- Ja, ja. A esos me los paso por el forro. A todos que los folle un pez. -

Juana nació en un pueblo secundario de la Provincia. Hija del panadero, tuvo una vida parroquial y aldeana moldeada en tanto años de dictadura. Su familia venía de una formación franquista en donde las mujeres fueron obligadas a ser madres y esposas y nada más. Fueron educadas para cuidar a sus maridos e hijos y tratar de

sobrevivir, a duras penas, al hambre atroz y el racionamiento inclemente de la posguerra. El adoctrinamiento católico y el sometimiento a los preceptos de la Iglesia, no se ponían en duda y aquellas, que, por alguna razón, infligían alguna de esas reglas cristianas, el cura del pueblo les imponía un castigo ignoble: el silencio forzoso. Nadie del pueblo podía hablar con ella bajo pena de excomunión.

Pese a que la democracia española se restableció en los años ochenta, la ideología franquista perduró mucho tiempo en la mentalidad de las antiguas generaciones y en las costumbres y reglas que continuaron permeando la mentalidad de las generaciones siguientes. Juana se crio en la época de la transición democrática y en aquella época, todas las chicas que querían tener una carrera profesional y salir del pueblo, solo aspiraban a estudiar en la Escuela Universitaria del Profesorado y luego optar a un puesto de Maestra. Fue lo que hizo. Se fue a estudiar a Salamanca, la universidad más cercana. En la residencia de estudiantes (solo para señoritas), convivió con alguna vecina y otras tantas que huían, como ella, de sus pueblos perdidos.

- En ese entonces yo era muy ingenua y la verdad es que lo seguí siendo durante mucho tiempo. Demasiado tiempo... - comentaba Juana mientras su rostro se ensombrecía – pero dejemos eso por el momento – dijo lanzando un manotazo al aire como borrando los recuerdos.

- Pero cuando yo llegue a estudiar a Salamanca, todavía resonaba en sus muros una historia reciente que, aparentemente, todos debíamos olvidar. Resulta que en la cooperación internacional que mantenía la universidad, llegaron estudiantes cubanos inscritos en diferentes disciplinas, pero especialmente en medicina. Eran más negros que mulatos, pero su natural forma de ser alegres y festivos, se ganaron rápidamente la simpatía de las chicas pertenecientes a la burguesía salmantina. -

- ¡Anda tú! – dijo Rocío mirándome de reojo – Esa historia ya me la conozco. Las enamoraron a punta de boleros, Seguro... -

- ¡Déjala que continúe! – la calló Ana – Lo tuyo con el caribe ya lo conocemos

- Bueno, pues entre fiestas y fiestorros las cosas se pusieron al rojo vivo. El hecho es que cuando los cubanos se fueron, muchas de las chicas quedaron embarazadas. Algunas lograron casarse con su cubano, pero la gran mayoría, tuvieron que hacer matrimonios de conveniencia arreglado entre familias pudientes, rogando al cielo que los hijos no salieran demasiados “quemados”. Desde entonces, empezaron a prestar mucha atención a los chicos extranjeros.

- ¡Joder! Debió ser muy duro para todas ellas. – comentó Ana – Con la puta iglesia encima, el descredito lo tenían asegurado. -

- En nuestra residencia – continuó Juana - había una puertorriqueña, muy maja y muy guapa, que tenía la manía de estar siempre pendiente de mí. Cada vez que podía me metía mano y yo me quedaba quieta y asustada. No entendía. Nunca había tenido ninguna relación íntima con nadie. La verdad, en ese entonces ni me gustó ni me disgustó. Lo tomaba como una jugarreta. Hasta el día en que intentó verdaderamente tener sexo conmigo. ¡Salí despavorida y asustada!

- ¡Ja, Ja! Que tonta... – dijo Rocío – haberlo probado, por si acaso, digo yo... -

Todas las mujeres deseaban acabar sus carreras con el mejor puntaje posible para lograr el tal deseado puesto. Pero lo que natura no da, Salamanca no lo presta y Juana fue una de las afortunadas que obtuvo acceso directo a la docencia por tener un excelente expediente académico. A los diecinueve años comenzó su carrera de maestra rural yendo de pueblo en pueblo, por toda

la extensa geografía de la recién creada Comunidad de Castilla y León. A los veintidós años se casó con la pareja que, desde siempre, habían planificado sus familias del pueblo, con Pablo, el hijo del alcalde. Eran novios formales desde hace años y siempre estaban juntos en las fiestas estivales del pueblo. Pero, hasta la boda, al menos ella, seguía siendo virgen.

Al pasar las vacaciones, cada uno regresaba a sus puntos de trabajo porque Pablo era profesor de secundaria y al igual que ella, cada año lo desplazaban a diferentes institutos. Después de la boda, lograron tener un puesto fijo en Valladolid y se instalaron como Dios manda, con casa propia y bien amueblada gracias a la generosidad de sus respectivos padres. Empezaron a tener una vida familiar y a esperar que quedara encinta para completar la felicidad de todo matrimonio bien avenido. Pero el bebé se hizo esperar y mientras tanto, su padre murió en un accidente de carretera. Juana heredó un buen patrimonio inmobiliario, terrenos y una cuenta bancaria bien surtida. Para ella fue totalmente natural que Pablo asumiera la administración de su herencia. Eran el uno para el otro.

A los treinta y cuatro años le llegó su primera desgracia. Por un aviso de bomba, la policía y los bomberos desalojaron la escuela y enviaron a todo el mundo a casa. Al llegar a su domicilio, descubrió a su querido marido haciéndolo con su mejor amigo, con Jorge, el mejor amigo de ambos.

- Estaban tan concentrados en la labor, que ni siquiera me escucharon llegar. Los encontré engrapados gozando como locos. – y Juana se reía como si no fuera ella quien contaba la historia.

- ¡Joder tía! Que espectáculo – dijo Ana mientras Rocío reía - Pero ¿qué hiciste? ¿Cómo reaccionaste? -

- Bueno, en su momento, me quedé sin habla. Me quede con los ojos despavoridos mirándolos desnudos. No pensaba nada. No sabía que pensar. Me vinieron a la mente todos aquellos momentos en que los dos salían de caza los fines de semana o se iban a la capital a ver partidos del Real Madrid. En el pueblo siempre andaban juntos. Nunca lo hubiera imaginado.

- ¡Madre mía! Que cabrones – intervino Rocío – pero entonces ¿qué pasó después?

– Mientras los miraba, yo, estacionada en la puerta de la habitación, de nuestro cuarto matrimonial, con la mano en el pomo de la puerta, me di cuenta que me dolía ver el espectáculo, pero al mismo tiempo, no sentía celos. No había nada de amor en los reproches que yo pudiera hacerle.

Yo giraba el pomo de la puerta nerviosamente, pero no decía nada. Solo los miraba. Ellos tampoco decían nada. Me miraban sorprendidos, pero callaban. En un momento, cerré la puerta y bajé al salón. De pronto, todo mi mundo se vino abajo. Toda la estabilidad en la que se basaba mi vida, ya no existía. Pensé en mi familia, en el pueblo, en el qué dirán. –

- Todos los prejuicios y valores morales se amontonaron y quedé petrificada. Pero algo me quedó claro en ese momento. Todo el dolor que sentía en ese instante no incluía amor. No sentía amor por mi marido. De pronto, descubrí que lo que sentía por Pablo no era amor de verdad. No sé qué era. Pero verlo con otro hombre, con nuestro mejor amigo, solo me producía compasión por ellos. -

- Cuando bajaron los dos con caras compungidas y empezaron a dibujar un discurso de justificación, no los deje hablar. Ya había tomado una decisión. Les dije que siguieran con sus vidas, que yo haría la mía. Que de todas maneras nos quedaba la amistad. Que ya pensaríamos en el

divorcio si fuera necesario. Pero que, por el momento, era mejor que no me hablaran y me dejaran sola. -

- Así lo hicieron. Se fueron a vivir juntos. Comprendí que para Pablo (como para mí, también), nuestras familias habían decidido por nosotros y nosotros habíamos cedido a lo que querían ellos. Pero siempre habíamos sido amigos y siempre se había comportado como tal durante nuestra convivencia. No tenía ninguna queja en ese sentido. Siempre fue responsable. De modo que, aunque no estuviera juntos, no debería dudar de su lealtad hacia mí. Y no hice nada, absolutamente nada, en contra de sus intereses.

- Mi autoestima cayó por los suelos. Me sentía acobardada. Hacía mi trabajo mecánicamente, pero poco a poco, al pasar de los meses, me hundía en la desesperación. En un tobogán de angustia permanente, de depresión continua. Empecé a tener graves trastornos en mi pensamiento y en la forma de comportarme. Me estaba autodestruyendo. Me estaba volviendo loca. Los médicos me dieron la baja. Estuve encerrada en casa varios días. Estando en ese estado, me llegó mi segunda desgracia. -

- Una noche llegó Pablo a casa completamente desquiciado. Había pasado más o menos un año de nuestra separación. Me miraba y lloraba. Me miraba y se tiraba al suelo sin decirme nada. No sé cómo tuve fuerza de abofetearlo y hacer que volviera en sí. Empezó a pedirme perdón de rodillas. A decirme que era un miserable, un canalla, un imbécil y muchas otras cosas degradantes. Para abreviar. Jorge, su amante, nuestro mejor amigo, resultó ser la persona más cruel, malvada y manipuladora del mundo. Jugó con Pablo como si se tratara de un muñeco. Lo utilizó de tal forma que le obligó a vender toda mi herencia y la suya para una increíble inversión inmobiliaria. Incluso vendió la casa en la que estábamos. Mi casa. Cuando tuvo la liquidez en sus manos, desapareció. Se fue. Lo abandonó y no se sabe adónde fue a parar. Seguramente a Brasil. La realidad es que estábamos arruinados. No teníamos nada. No nos quedaba nada. Había vaciado hasta mi cuenta personal con el poder que tenía Pablo y que nunca anulé en el banco. Ni donde dormir teníamos, porque la casa había que entregarla en tres días. Entonces me enloquecí. Llegue a mi límite. Entre más lo miraba, más lo odiaba y más me odiaba, me detestaba. Empecé a sentir náuseas, asco de mí misma. -

- Le había dado un fuerte calmante y se quedó dormido en el sofá. Pasé toda la noche frente a él y decidí que mi vida no valía nada. No tenía ganas de seguir viviendo. Al amanecer tenía la firme resolución de quitarme la vida. Fui al armario donde guardaba las armas de caza y cargué dos cartuchos en la escopeta y acomodé el cañón contra mi barbilla mientras intentaba alcanzar el gatillo para dispararme. No era fácil. Y entonces pasó un ángel por la habitación. No sé qué diablos sucedió, pero en el instante en que por fin había adoptado la buena posición para el disparo, vi con claridad que no era yo quien debía desaparecer. Yo no había hecho nada malo. Que no era yo la culpable de toda esta desgracia. ¡ERA EL! Ese desgraciado personaje que se encontraba en el sofá. Ese guiñapo humano, era ese miserable de mierda quien debía morir. Y en un ataque de furia, disparé los dos cartuchos y volví a cargar y volví a disparar. Tiré la escopeta al suelo, agarré mi bolso y me subí al coche y me fui dejando la puerta abierta de la casa. Necesitaba dejarla abierta. No sé por qué. Pero era absolutamente necesaria que esa puerta quedara abierta. Cosas de una loca. -

- Ese día conduje hasta que se me acabó la gasolina. Hui por carreteras secundarias, sin rumbo

fijo. En la frontera con Portugal me quede seca. Me estacioné en el arcén y me quedé profundamente dormida. -

Hasta ese momento, todos la habíamos escuchado en silencio. Sobrecogidos por el relato de Juana. Con esa voz de maestra que contaba un episodio de historia patria. Con una entonación singular que nos atrapaba. Entonces, Rocío le cogió las manos y la miró directamente, haciendo la pregunta que todos teníamos en nuestra lengua:

- Pero... Juana, ¿lo mataste...? -

- ¡Que va! – contestó Juana riéndose a carcajadas – Disparé al aire. Me desahogue pensando que lo hacía. Pero lo asesiné en mi interior. Nunca más supe de él. Nunca más quise saber nada de nada. Lo borré de mi mente. Empecé de cero mi vida. -

- ¡Uff! – exclamamos todos - ¡Menos mal! -

Juana resucitó. Volvió de entre los muertos. La rabia inmensa que tuvo le dio la fuerza precisa para cambiar su vida. Dejó de culpabilizarse. Pasó olímpicamente de culpabilizar a nadie de su suerte y se centró en recomponer su mundo. Estaba en baja médica y recibía normalmente su salario. Solicitó traslado de plaza y logró una en un municipio cercano a Madrid. Desde entonces, empezó a vivir en hoteles. Pronto descubrió que en algunos se podía negociar precios por largas temporadas. Y que esos precios de larga temporada eran más baratos en los hoteles de carretera que se mantenían vacíos la mayor parte del tiempo. Se volvió profesional en negociar sus estancias.

Precisamente, en uno de esos hoteles conoció a un joven camionero que la confundió con una prostituta y ella, no lo sacó de su error. Llevaba dieciocho meses desde el “incidente” y se sentía mucho mejor. Había vuelto a sonreír y empezaba a gustarse de nuevo. De modo que cuando el joven camionero empezó a flirtear con ella en el restaurante del hotel, lo dejó estar y subió con él a su cuarto. Lo que recuerda es que esa “primera vez” se lo pasó muy bien, tan bien que fue el primer orgasmo que tuvo en su vida y luego volvió a tenerlo porque follaron toda la noche. Cuando se fue el camionero, se quedó satisfecha de su ejercicio sexual. Tanto, que la noche siguiente busco otra pareja y así durante un mes. Conoció su cuerpo y perfeccionó su técnica para encontrar mayor placer. Y lo logró. De la noche a la mañana, se descubrió ninfómana. Le gustaba el sexo. Le fascinaba y, además, aprendió a escoger parejas y a manipular las tonterías de los machos, haciéndolos pasar por expertos seductores, cuando era ella quien los seleccionaba. Comenzó a cuidarse, a ir al gimnasio y vestirse a la moda. A ser provocativa. Lo que le aumentaba las posibilidades de encuentros ocasionales. Sus compañeros de la escuela, padres de familias, solteros, casados, separados o divorciados. Las edades no importaban siempre que fueran mayores de edad.

Su nuevo pasatiempo favorito le trajo un nuevo problema. La gente de su alrededor le pusieron un apodo. La llamaron “la bicicleta” porque todo el mundo la montaba. Pero a ella le daba igual. Se reía del sobrenombre. Los hombres siempre contaban con ella para cualquier fiesta o salida de fin de semana, pero también, un grupo de compañeras. Se asombró de encontrar una buena cantidad de chicas a quienes les encantaba el sexo por el sexo y sabían divertirse. Su mundo se recompuso y encontró la felicidad en los encuentros ocasionales, en las orgías en que participaba y en mandar a la mierda y cortar rápido cuando alguien quería mantener con ella una relación estable. Solo se permitía enamorarse por unas horas, una noche como máximo.

- ¿Y nunca tuviste varias relaciones con una misma persona? – pregunto Rocío – Yo tuve muchas relaciones, pero siempre me enamoraba de ellas. Duraban meses o años, y de pronto, encontraba o bien defecto que me desilusionaba o bien, me enamoraba de otra. Y entonces cortaba. -

- ¡Oh! Claro que sí. – dijo Juana – Llegue a establecer un calendario de encuentros porque los tíos siempre querían volver a estar. Pero si les noto que empiezan a encapricharse conmigo, corto de inmediato. No admito reproches, ni celos, ni reclamaciones gilipollescas. Eso lo saben los pocos amigos con quienes mantengo relaciones más o menos permanentes. Pero esas amistades necesitan tener algo más que pene. También necesitan cerebro. Ser instruidas y saber conversar. Puedo acostarme con un tonto solo por su sexo. Pero me es imposible mantener una relación más allá si no tiene algo más. Con estos amigos permanentes nos hemos convertido en cómplices. Y así nos defendemos. -

- ¿Y cómo llegaste a nuestro pueblo? – preguntó Ana

- Mi fama de “bicicleta” me persiguió hasta los sitios que me asignaban. Muchas madres de alumnos temían por sus maridos y me vigilaban muy de cerca. Conspiraban en mi contra y a veces lograban que me trasladaran. Aburrida de desplazarme por la geografía, decidí pedir plaza fija en un pueblo que nadie quería. Así llegue a vuestro pueblo. Al principio tuve un perfil bajo. Cuando quería algo, me desplazaba a los municipios grandes. Hacía treinta y cuarenta kilómetros para buscar mis presas. O me iba de fin de semana con mis antiguas compañeras y mis amigos. Pero la fama es la fama. Y después de dos años, la gente empezó a murmurar a mis espaldas. Algunas madres más lanzadas, me abordaron rogándome que no tocara a sus maridos. Pero otras, en plan de broma, me pidieron lo contrario. Querían quitárselos de encima. Algunas más, me pedían que las llevara en mis correrías. Lola, la modista, me pidió que, por favor, desvirgara a su hijo de treinta cinco años. En fin. La fauna pueblerina es increíble. Menos mal que os encontré a vosotras que sois un oasis. Pero decidí por principio, que no tendría ningún encuentro con nadie del pueblo. Con nadie y lo he mantenido.

- Hay una pregunta que me ronda – dije yo - ¿Volviste a ver a Pablo? ¿Has sabido algo de él? ¿No lo encuentras en el pueblo? -

- ¡Ay! Luis. Siento decepcionarte. Yo lo “asesiné” de verdad. Lo suprimí de mi mente, de mi mundo, de mis recuerdos, de todo. No me acuerdo de mi vida con él. Me importa una mierda que ha sido de su vida y si por casualidad me lo encontrara, pasaría de largo. No lo reconocería. Y en cuanto al pueblo, Jorge me lo robó también. No tengo nada. Las tierras, la casa paterna, todo desapareció. No he vuelto desde entonces. ¿Para qué? Soy feliz como soy y no tengo ninguna intención de amargarme la vida con recuerdos y explicaciones con vecinos que solo les interesa el morbo de tu vida. Así sobrellevan las miserias de sus propias vidas. Paso de toda esa basura. Así me he vuelto. Así he encontrado mi bienestar.

Isabelle

Isabelle llegó por la tarde. Se le notaba cansada y lo primero que pidió fue una copa de vino, que Ana se apresuró a servirle de inmediato. Trabajaba como supervisora en la Conservera y según contó, habían tenido un problema en la producción, combinado con la baja de mucho personal ocasionado por la pandemia.

- Tranquila mujer. Si hay que parar la fábrica, la paramos. – dijo Rocío – No tienes por qué matarte a trabajar supliendo a los demás. –

- Ya, ya. Pero ya tenéis muchos problemas manteniendo a todos los que han caído por el Covid – contestó Isabel – Habría que hablar con Juan para ver cómo podemos continuar. Las ventas han aumentado sobre todo las de internet.

- Bueno, eso lo hablaremos mañana. Ahora relájate y descansa – dijo Ana – Y si no quieres hablar, pues comemos algo y ya está. Aquí a nadie se obliga... –

- Por su puesto Ana – contestó – me relajo y cuento porque eso me ayuda precisamente a desconectar y hace ya tiempo que quiero soltar lo que tengo adentro.

Isa, como la llamaba todo el mundo, nació en París de una emigrante gallega. Con diecisiete años su madre emigró a Francia en los años sesenta, en pleno franquismo, al igual que millones de españoles que fueron incitados por el régimen a establecerse en los países europeos, como exportación de mano de obra barata. Las remesas de esos emigrantes forjaron la economía española de aquel entonces y de ellas vivieron muchas familias que solo contaban con esos ingresos para mantenerse en la España profunda.

Los emigrantes empezaron a aglutinarse en Iglesias y, bajo el cobijo de algún cura, se reunían los fines de semana a escuchar misa y a pasar el domingo. Los más concientizados, se reunían en las Asociaciones que los exilados republicanos habían creado después de la guerra civil. La madre de Isa a duras penas sabía leer y escribir y, además, hablaba perfectamente gallego pero un castellano mezclado que costaba entender lo que decía.

Venía de un pueblo interior de Galicia, poblado de supersticiones y unas reglas morales muy particulares, en donde la muerte por faltas cometidas era lo normal. Pese a las estrictas reglas cristianas impuestas por el fascismo, las mujeres mante-

nían una independencia en sus quehaceres personales. Los hijos de madres solteras eran comunes. Los campos se habían vaciado de varones que huían, en un principio a las Américas y después a Europa.

Su abuela se había casado con un chico del pueblo que, después de tres meses de convivencia, había emigrado a Argentina. El plan era establecerse, ahorrar y luego, venir por ella para viajar juntos. Aunque estuvo enviando dinero, el regreso del mozo se hizo esperar. Muchos más de lo previsto. Después de cinco años, su abuela tuvo a su madre y naturalmente, todo el mundo y la parroquia, asumieron que era hija de su marido. Nadie preguntó nada al igual que todos los demás hijos de emigrantes separados. Según contaba su madre, era costumbre que las esposas de los emigrados, guardaran un pantalón de su marido permanentemente en el lecho nupcial y lo usaban cuando tenían ganas. De esas uniones provenían los hijos que el cura declaraba legítimos en los bautizos.

- ¡Pero bueno! – saltó Rocío - ¡Que solución más guay! Así todo el mundo estaba contento. Hasta el cura que debía ser el padre de algunos, digo yo. ¿Pero qué decían los esposos ausentes?

-

- Cuando regresaban, asumían normalmente a sus “hijos” habido en su ausencia. Se los llevaban consigo cuando regresaban a sus tierras de emigración. Pero en el caso de mi abuela, su marido nunca regresó. Se supo que tuvo una nueva familia en Mendoza. Sin embargo, siguió enviando dinero durante casi ocho años. Mientras tanto, mi abuela se había “rejuntado” con Mariano, uno de los pastores del pueblo que siempre la estuvo rondando. Con él tuvieron al resto de sus hijos.

-

Su madre llegó primero a París después de dos días de viaje en autobús. Pero al día siguiente siguió viaje a Marsella con otras chicas más o menos de su edad. Necesitaban urgentemente empleadas de limpieza en varios hoteles. La red que las parroquias españolas mantenían en las grandes ciudades, se encargaba de buscarles trabajo a las recién llegadas. También las ayudaban a conseguir los papeles legales y aprender rudimentos del idioma. Ofrecían viviendas colectivas para mujeres y varones siempre que fueran separados. La Iglesia organizaba la emigración conjuntamente con las autoridades franquistas.

Con diecisiete años, la madre de Isa conoció un mundo completamente diferente. La arrancaron de cuajo del mundo mágico de su pueblo y la lanzaron a mundo donde solo contaba el trabajo, el duro trabajo diario. Eso era todo. Pero eso le gustaba. La misa del domingo y las tertulias de la tarde en la parroquia, le traían recuerdos del terruño. Durante tres años estuvo trabajando continuamente durante diez horas diarias, en los hoteles que la contrataban. Cinco horas en uno y cinco horas en otro. Con lo que ganaba, pagaba su habitación, su alimentación y le quedaba para enviar mensualmente una remesa a su madre en el pueblo.

Sucedió entonces, que, en el último año, conoció a un chico marroquí que trabajaba de albañil en una obra. Para ella era toda una novedad. Su rudimentario francés lo estuvo perfeccionando con él, pero el chico aprendió castellano mucho más rápido que ella el francés. Lo presentó en las tardes de la parroquia y todos lo aceptaron como uno más. Pero no el cura que fue el primero en comprender que el chico no era cristiano, sino musulmán. Poco a poco quiso que lo dejara. Incluso le buscó pareja entre los españoles. Pero la madre se había encaprichado con el moro. Entonces, como medida de presión, el cura la echo de la residencia comunitaria, lo que precipitó

que se fueran a vivir juntos y se instalaran en París.

- Mi madre me contaba que Hamid, mi padre, fue un hombre muy bueno, que la quería y cuidó de ella mientras pudo. Cuando se quedó embarazada de mi hermano, decidieron casarse y así lo hicieron por lo civil en el ayuntamiento. Pero entonces se creó una disyuntiva imbecil que las mentes simplonas de mis padres lo complicaron. Por un lado, la familia de él quería que se casaran siguiendo el rito islámico y, por el lado de ella, el puto cura de la parroquia que siempre estuvo pendiente, le exigió casarse por lo católico, el único matrimonio válido en España y el único que le permitía la salvación eterna.

El wali o el hombre santo que ejercía de guía en la mezquita, los convenció para realizar una ceremonia simple, con una sola condición: que mi madre hiciera un seminario de formación y guardara tres meses de abstinencia sexual, al término de la cual, se casarían.

- ¿Tres meses de abstinencia...? ¿Por qué coño tenía que hacerlo? - pregunto Ana.

- En la religión musulmana las mujeres deben demostrar que son puras antes de casarse. Se dividen en solteras vírgenes y no vírgenes, repudiadas y viudas. Para cada una de ellas, antes del casamiento, existe una ceremonia de "limpieza". Para ella, que no era virgen y estaba embarazada, debía demostrar, por múltiples pruebas, de que el hijo que iba a tener, era bien del contrayente. Pero viendo la ingenuidad de la pareja, decidió simplemente que estuviera tres meses sin contacto sexual y personal con el novio. Con eso cumplían con las reglas. Así lo hicieron y así se casaron. Nació el niño y luego me tuvieron a mí. Tanto mi hermano como yo fuimos a la maternal, al colegio y seguimos nuestros estudios en secundaria. A mi hermano, por ser hombre, le tocó seguir, además, las instrucciones religiosas del Corán. A escondidas, mi madre nos hablaba de la religión cristiana y, algunas veces, nos llevó a otra parroquia para que nos bautizaran. Así crecimos, en medio de una escuela laica y dos religiones que se contradecían en varias cosas. A mí me daba igual, siempre fui muy distante con la religión. Pero mi hermano sufrió un intenso adoctrinamiento que en su adolescencia lo transformó en un fanático.

Muchas veces fuimos de vacaciones a Galicia y a un pueblo en el centro de Marruecos. Tardábamos cuatro días en llegar al pueblo de nuestro padre y solo dos días en llegar al de nuestra madre. Nos acostumbramos a ir a Galicia por comodidad. En la frontera debíamos mostrar nuestros pasaportes franceses, español y marroquí. En uno de esos viajes, siendo ya adolescentes, a un guarda fronterizo le dio un ramalazo de exaltación franquista. Se quedó mirando los pasaportes y le dijo a mi madre que tenía que legalizar su matrimonio en España o de lo contrario, perdería la nacionalidad. Que no podía seguir con esa variedad. O ella y sus hijos eran españoles o no lo eran. Pero eso no podía seguir siendo así. La asustó mucho y nosotros no entendimos nada.

Cuando llegamos al pueblo, mi madre se puso en contacto con el cura que siempre resolvía los problemas. Y entonces todos nos enteramos de la realidad jurídica española. Los dos matrimonios de mi madre, el civil y el mahometano, eran nulos en España y lo que más le llegó al alma, nosotros éramos hijos ilegítimos. Resulta que, de acuerdo con el Concordato, todos los españoles tenían la obligación de contraer matrimonio católico, el único válido según el Vaticano. Todos los enlaces civiles o de otras religiones solo podían ser validados, si, y solamente si, el español o española, renunciaba expresamente a la religión católica y la Iglesia aceptaba, después de varias entrevistas, la acatolicidad de los contrayentes y autorizaba el matrimonio

civil. -

- ¡Hala! – dije yo – Te has guardado muy bien la palabra “acatolicidad”. Así lo definía el código civil de esa época. Parece increíble, pero hasta 1992 no reconocieron los matrimonios judíos, evangélicos y musulmanes. La legislación franquista penetró mucho tiempo la nueva democracia española. -

- Pero ¡joder! – dijo Rocío – cómo pudimos aguantar tanta imbecilidad. Es que no me lo creo. Nuestros padres tuvieron que protestar por todo esa mierda. -

- ¡Claro que lo hicieron! - dije – Tienes una canción preciosa que recuerda esa época. “Papá Cuéntame Otra Vez” de Ismael Serrano. Y otras más como las de Paco Ibáñez o Raimond. En fin, si queréis os cuento otro día más cosas sobre esa etapa. Pero ahora escuchemos a Isa. -

- Bueno, pues cuando nos enteramos que jurídicamente éramos parias, mi madre empezó a deprimirse y el puto cura con su cantinela de infierno y culpa, no ayudaba en nada. Se le alborotó el fanatismo a mi hermano y estuvo a punto de golpear al sacerdote. Acortamos nuestra estancia y volvimos antes de tiempo a París. Desde entonces nuestra vida no volvió a ser la misma. Mi madre empezó a obsesionarse con su historia española y quería por todos los medios corregir lo que ella consideraba una aberración. A veces se quedaba inmóvil, mirando por la ventana, hablando en gallego consigo misma. Después nos miraba con una tristeza inmensa. Empezó a acosar a mi padre, insistiéndole que debía convertirse al catolicismo para casarse por la Iglesia. Que, si ella hizo el sacrificio musulmán, él también tenía que hacerlo por ella. Mi hermano se enfadó y le pidió que los dejara en paz porque también a él lo perseguía constantemente.

No sé qué clase de tecla se le movió en la cabeza, pero mi madre empezó a tener ideas fijas y absurdas sobre el infierno, sobre el pecado y otros errores en el comportamiento religioso. Intentaba por todos los medios imponernos reglas absurdas que nunca nos habían preocupado. Como no le hacíamos caso, lloraba amargamente y nos amargaba la vida. A mí por ser mujer, quería imponerme una disciplina de monja mezclada con el Corán. ¡Vamos! Que poco a poco se fue desquiciando. Y entonces llegó el verdadero infierno.

Mi padre murió en un accidente laboral. Se desnucó al caer de un andamio. Y la única barrera de razón que quedaba en casa, desapareció. Mi madre comenzó a dar vueltas sobre sí misma, diciendo que era culpable de su muerte. Era como si algo por dentro de su cuerpo se hubiera erosionado, corrompido. A veces la encontrábamos tirada en el suelo gimiendo y diciendo que era un castigo del cielo. Que todos iríamos al infierno. El médico receto pastillas diarias para calmarla.

La muerte de mi padre nos afectó a todos, pero especialmente a mi hermano, que para aquel entonces tenía dieciocho años, mayor de edad. Tuvo una fuerte discusión con mi madre por el ritual que debía seguirse para enterrarlo. La ley coránica exige que el cuerpo debe lavarse con perfumes especiales, siguiendo unas reglas particulares y lo deben hacer las personas del mismo sexo de la familia. A mi hermano le tocó hacer esa labor a la que se oponía mi madre. En el rito musulmán, el difunto es amortajado con una tela especial de algodón y enterrado sin ataúd, pero esto último está prohibido en Europa, de modo que los musulmanes lo aceptan bajo la condición que el cuerpo quede orientado hacia la Meca. Al cementerio solo pueden ir los hombres. Las mujeres deben quedarse en casa. Eso enloqueció aún más a mi madre.

Después del accidente, mi madre recibió una indemnización y una pensión permanente. Su

mente empezó a delirar, a tener alucinaciones con la presencia de mi padre, que le confirmaba que todo había sido un castigo de Dios por habernos separado del buen camino. Mi hermano sufrió un terrible choque. Cuando lo obligaron a lavar el cadáver y amortajarlo, no lo resistió. Algo se quebró dentro de él. No me comentó nada, pero yo sentí que no era el mismo. A veces se encerraba a vomitar.

Dejó de ir a la mezquita y empezó a frecuentar muy a menudo a los seguidores del PSG, el equipo de fútbol. Poco a poco integró los grupos de hooligans que se daban cita para golpearse con otros grupos. Necesitaba castigarse. A veces llegaba a casa completamente reventado y había que curarlo. Para ser breve. Mi hermano descendió a los infiernos y se convirtió en drogadicto viviendo con grupos de marginados. Dejó de estudiar, de trabajar y vivía haciendo trapi-cheos y pequeños robos para pagarse la droga. Robaba en casa. Se gastó gran parte de la indemnización recibida por mi madre y le quitaba el dinero de la pensión mensual. Los servicios sociales lo internaron en sitio de recuperación, pero se escapó. Vivía en la calle.

Yo seguí estudiando y me gradué en técnica de alimentos. Hice unas prácticas en Barcelona en un intercambio que me buscó la Escuela. Fue en ese periodo cuando me avisó mi madre que mi hermano había muerto de sobredosis, que tenía que regresar urgentemente. La encontré desquiciada. Tenía cuarenta y cinco años, y según los médicos que la trataron, tenía inicios de esquizofrenia con peligro de agravarse en el futuro. Cambiaba de carácter y se volvía violenta o se transformaba en santa, rezando y alucinando con visitas de mi padre y de mi hermano que le insistían que todo era castigo divino. Que yo, su hija, tenía que redimir a la familia y debía ser casta y seguir las reglas bíblicas. No podía celebrar cumpleaños y mucho menos la navidad pues todo eso era pecado. Me prohibía comer ciertos alimentos que tenían sangre y continuamente me citaba la Biblia. Fue así como me enteré que estaba integrada en un grupo de Testigos de Jehová y que hacía rato les había donado lo que le quedaba de la indemnización y le entregaba parte de la pensión mensual. Desapareció mi hermano que le robaba y apareció un nuevo grupo que la esquilaba. -

- ¡Madre del amor hermoso! – exclamó Ana – Pero que revoltillo tenía tu madre. Católica, mahometana, cristiana, evangélica... ¿Tuvo algo más? -

- Bueno, yo creo sinceramente – continuo Isa – que, en su mente ingenua, todos los preceptos, vinieran de donde vinieran, se parecían y lo único que quedaba es la prohibición de hacer cosas y el castigo de un infierno donde perdería el alma. Mi vida se alteró completamente. No podía decirle que me gustaban las mujeres. Que desde los quince años mantenía relaciones con mis amigas y que, en ese momento, estaba completamente enamorada de mi novia catalana. Todo lo que habíamos previsto con ella para nuestro futuro, quedó roto. Tenía que ocuparme de mi madre.

Intente varias veces internarla en un asilo, pero los médicos decían que era un comportamiento esquizoide pasajero. Que ya se recuperaría. Y efectivamente, tenía días en que se comportaba normalmente y otros en que caía en la locura. Así fueron pasando los años. Ella intentando culpabilizarme de todo porque no seguía sus instrucciones, no seguía lo que dictaba la Biblia. Había construido un altar en un rincón del comedor, con una gran Biblia abierta en un atril. Y siempre encontraba una frase que denotaba o bien mi culpa, o bien, Dios le hablaba sobre lo que iba a suceder en un futuro inmediato. Se volvió experta en interpretar frases. Se acercaba al

libro. Lo cerraba y lo abría al azar por cualquier página y escogía una frase con el dedo cerrando los ojos. Los abría y grababa la frase. Y entonces pasaba una semana elucubrando sobre ella e interpretando lo que se escondía hasta que revelaba el secreto.

- ¡Ostias tía! – saltó Rocío – ¡Se volvió pitonisa! Lo que le faltaba. Que panorama tenías en casa ¿eh? -

- ¡No veas tu cuanto! – siguió Isa – Para mí que estaba trabajando, salía todos los días temprano y regresaba por la noche, sin saber que me iba a encontrar. La habían incapacitado permanentemente porque en el trabajo, le daba por perorar en las habitaciones que estaba limpiando. A veces se metía con los clientes hablándoles del cielo y del infierno. Un desastre. Por eso la pensionaron, por su patología. Fueron cinco años de tortura permanente. No salía de mi angustia. Poco a poco se fue extinguiendo físicamente.

- Próxima a su muerte, como si la presintiera, me confesó un terrible secreto que la había consumido. Cuando me encontraba en Barcelona en mis prácticas profesionales, mi hermano se había convertido en un despojo humano por todo lo que se metía. Continuamente la robaba y ya no quedaba nada de valor en la casa. Un día, la Biblia le dio una frase mágica que me repitió varias veces. Se la había aprendido de memoria:

“El sacrificio que te agrada es un espíritu quebrantado; tú, oh Dios, no desprecias al corazón quebrantado y arrepentido. (Salmo 51:17)”

Según su interpretación, Dios le comunicaba la posibilidad de lograr su salvación y la de su hijo. Se dio maña de buscar los camellos amigos de mi hermano, para que le vendieran la heroína más pura que pudieran encontrar y entonces, fue ella la que le dio la sobredosis mortal que mató a su hijo, a mi hermano. Lo salvó ofreciéndole un corazón quebrantado a Nuestro Señor. El corazón del hijo que más amaba en el mundo.

- ¡Caramba con tu madre! – dije yo – Estaba bastante enferma. Creo que fue un acto de amor filial, el más próximo a la salvación que buscaba -

- Pues por lo que me confesó, había más cosas. Había preparado también su muerte como otra ofrenda, otro sacrificio. Pero lo peor, también incluía mi muerte. Todos debíamos sacrificarnos en el altar del señor. Su debilidad y la aceleración de su enfermedad mental, me salvaron la vida. -

- ¡Cielo santo! – dijo Ana – Y nunca mejor dicho. Pero, ¿Quién era tu madre? ¿Qué coño tenía en el cerebro para pensar así? Ya sé que estaba enferma, pero me intriga su comportamiento, el laberinto de su raciocinio. Siempre me han fascinado los locos. -

- Pues para ti es una curiosidad. Pero para mí fue una vida frenética. Desquiciante. Ocultaba mi relación con mi pareja y nos veíamos a escondidas. Levantarla del suelo cuando le entraban ataques de pánico. Darle pastillas para convertirla en un vegetal y que me dejara tranquila. Ya puedo ir al infierno, ya. Me parecerá un paraíso con lo que viví al lado de ella. -

- En nuestra sociedad es un delito si no se llora en el entierro de la madre, una abominable contravención a las reglas morales digna de condena social. Pues yo, tengo que decirlo, no lloré. Al contrario, me alegré. Me liberé de ella. No saben la devastación interna que pasé con ella. Fue gracias a mi pareja que pude aguantar todo. A ella le debo prácticamente la vida. Y después de tanto tiempo, necesitaba liberarme de esta historia. Así. Contándola. -

- Agradezco tu sinceridad Isa – dije – pero me intriga saber cómo cambiaste París por este

pueblo perdido -

- Sencillo, Luis, a la muerte de mi madre quede libre de hacer lo que quisiera. No tenía compromisos con nadie, excepto con mi pareja, la mujer que aguanto carros y carretas a mi lado. Necesitaba cerrar con ella mi compromiso y decidimos casarnos. Y resulta que, en Francia, el país de la libertad, no se podía. No existía el reconocimiento de uniones del mismo sexo. Por el contrario, España, el país que venía de un fascismo fanatizado, de un recalcitrante catolicismo que había arruinado la vida de mi madre, ese mismo país, me ofrecía la posibilidad de vivir plenamente con mi pareja. Nos casamos en Barcelona. Fuimos una de las primeras parejas lesbianas que se casaron después de aprobación de la Ley. En España encontramos todos los derechos que no teníamos en Francia. Queríamos tener una vida tranquila y mi pareja pretendía dedicarse a la agricultura biológica. Fue entonces cuando me enteré que vuestro padre buscaba un técnico en alimentos para la conservera. Visitamos el pueblo, y nos gustó. Vimos posibilidades para nuestro futuro. Hablé con tu padre y lo convencí para que me contratara. El resto fue pan comido. Compramos los terrenos para la empresa biológica y empezamos a trabajar. Tu padre nos ayudó bastante. Nos va muy bien, pero nunca dejaré la conservera. Es una cuestión de agradecimiento.

- Gracias Isa – dijeron al unísono Rocío y Ana – Para nosotras, vosotras siempre fuisteis familia. Siempre estuviste en todas las ceremonias familiares y vuestro hijo se ha criado conjuntamente con los nuestros. -

- ¡Ah! Se me olvidaba – dijo Isa – anota Luis que en España pudimos tener un hijo por inseminación artificial cuando en Francia todavía no estaba autorizada. Los derechos alcanzados en España por el colectivo LGBTI han sido extraordinarios. Eso hay que dejar constancia. -

NARRANDO RELATOS

Lo oculto se hace realidad
Lo que me ha sido negado
Necesitamos ser engañados
La senectud de Vargas
La hipótesis de la abuela
La traición de las "tradiciones"

Lo Oculto se Hace Realidad

Entre los variados oficios eventuales que como estudiantes trabajamos en París había uno es particular que era bastante especializado: peón de mudanzas de antigüedades. A este puesto me presente con mi amigo Adolfo, pero solamente me escogieron a mí. No en vano a Adolfo le llamábamos “el flaco”. Se necesitaban muchachos fornidos para aguantar la carga y yo lo era. Nos dieron instrucciones de cómo y con que delicadeza debíamos embalar, estibar y transportar los muebles y bienes antiguos. La empresa que nos contrataba se dedicaba a comprar mobiliarios antiguos en los diferentes apartamentos y cavas que quedaban abandonados por la muerte de sus últimos moradores o que sus herederos querían desocupar. Después de la negociación, nos llamaban para vaciar los lugares y llevarlos a un gran almacén de la empresa, donde otros especialistas seleccionaban y restauraban. Era un trabajo bien pagado, pero solo nos utilizaban de vez en cuando.

Al principio, cumplía escrupulosamente con lo encomendado, pero rápidamente me di cuenta que el resto de mis compañeros tenían una forma muy particular de trabajar. La mayor parte de los objetos de valor que se encontraban al interior de los cajones de los muebles, desaparecían en sus bolsillos. La mayoría de esas antigüedades tenían más de cien años y algunas habían pertenecido a la población judía deportada y asesinada en los campos de concentración en la segunda guerra mundial.

Según las versiones de mis camaradas, los judíos escondían sus valiosas pertenencias en compartimentos secretos de los diferentes muebles con la esperanza de recuperarlos cuando volvieran. Incluso llegaron a contarme que alguien, en el pasado, había descubierto un escondrijo con diamantes y se había vuelto rico de la noche a la mañana. La historia sonaba más bien, a leyenda urbana, pero por si acaso, cada mueble que nos tocaba lo examinábamos a conciencia. Si alguien encontró algo, nadie se enteró porque nadie decía nada.

El bajar muebles de viejos edificios de quinientos años, sin ascensor, por escaleras estrechas y del noveno, octavo o demás pisos, siempre dejaba trazas de raspaduras y algunas roturas que deberían restaurarse posteriormente. De modo que cuando tuve una caída transportando una consola Luis XV de madera maciza ornamentada con bronce, nadie se dio por enterado. En un rellano de la escalera, recompuse el

mueble y miré que daños había sufrido.

Una de las guías de maderas internas se había roto y al tratar de empalmarla para que uno de los cajones volviera encajar, me di cuenta de que había algo oculto en su interior. Miré para todos los lados, pero mis compañeros, aparte de reírse de mi accidente, no me prestaban atención. De modo que tuve el tiempo y la maña suficiente para sacar de una doble pared de madera, una delgada carpeta de cuero que inmediatamente escondí en mi abrigo, mientras terminada de arreglar el desperfecto y encajar la gaveta. Seguí trabajando todo el día como si nada hubiera pasado. Ni siquiera abrí la carpeta en el metro mientras volvía a casa. Solo en el silencio de mi estudio y después de un rato de mirarlo, imaginando que cosas tendría, decidí abrirlo.

Al interior de la carpeta de cuero encontré cinco papeles amarillentos, escritos en alemán y en algo que parecían símbolos encriptados. No podía descifrar nada porque mi alemán era muy rudimentario y la apretada letra manuscrita no ayudaba. La decepción fue tan grande que deje abandonada la dichosa carpeta en mi escritorio y ahí se quedó olvidada, pues los trabajos eventuales y los estudios universitarios, no me dejaban tiempo libre.

Meses después, cuando gané una beca, pude trasladarme a una buena residencia en la Cité Universitaire (CitéU) y en la mudanza, volvió aparecer la dichosa carpeta. Ahora tenía más tiempo y pude dedicarme a intentar saber que era lo que había encontrado.

Conocí a Johann y Ramona en un campo nudista en Mykonos. Hablaban perfectamente francés y español. Se dedicaban a terminar sus tesis doctorales sobre temas muy dispares. El sobre la historia del Partido Comunista Francés en la Universidad de Frankfurt y ella sobre la segunda guerra mundial bajo la dirección de un eminente profesor del Instituto Político de Lyon. De modo que nos hicimos buenos amigos y cada vez que llegaban a París, dormían en mi casa. Ver a ramona completamente desnuda en un campo nudista era una cosa, pero verla en la misma situación pasearse por mi casa, era otra. Y ella lo sabía y se reía de mí.

A ellos acudí para que leyeran la carpeta. De la primera lectura que hicieron, dedujeron que se trataba de escritos de un espía nazi. Mencionaba otros documentos y, además, intentaba enviar un mensaje encriptado a su mando superior. No sabíamos de qué fecha se trataba, pero ellos deducían que podía ser bajo la ocupación alemana de París, entre el 43 y el 44. Entonces nos preguntamos quien podría saber más sobre el asunto. ¿De qué se trataba los famosos manuscritos? Ramona se interesó por ellos y se los llevó consigo comprometiéndose a mantenerme al corriente de lo que averiguara. Mi propia investigación doctoral, la redacción de artículos y la participación en diferentes seminarios, me hicieron olvidar los documentos. Máxime cuando Ramona regreso a Frankfurt por un largo periodo.

Casi un año y medio después, llegó a mi residencia un Policía en una gran moto, buscándome. El conserje se asustó y me llamó de inmediato. Baje al vestíbulo y el policía me entregó una citación urgente. Debía estar al otro día, a las ocho de la mañana, en una oficina específica de la Dirección General de Información Exterior (DGSE), la CIA francesa. Llegue con antelación y bastante asustado, pues no sabía de qué se trataba.

En ese entonces colaboraba con Amnistía Internacional (AI) en las oficinas de Londres sobre un informe sobre violación de derechos humanos en Colombia. Hacía poco había tenido un incidente en Londres.

Mi madre venía a visitarme para pasar navidades conmigo en París y aprovechamos que estaba

en Londres, hicimos planes para que llegaré ahí, visitáramos la ciudad y luego pasaríamos a Francia. Todo salió perfecto excepto por un incidente desagradable. Cuando nos alojamos en un hotel recién llegada del aeropuerto, salimos a dar una vuelta de inmediato. Cuando llevábamos unas cuantas calles de recorrido, mi madre recordó que no había sacado sus medicinas que tenía que tomar y entonces, regresamos al hotel.

Al llegar al cuarto lo encontramos completamente revuelto. Su maleta había sido esculcada y sus pertenencias esparcidas por la habitación. Había examinado con detalle todo los papeles y la libreta de direcciones. Sin embargo, no habían robado nada, ni las joyas ni el dinero que tenía en una cartera. Recogimos todo y llame a los compañeros de Amnistía. Uno de ellos vino de inmediato y nos acompañó en la reclamación a la dirección del hotel.

Pero también nos dijo que no era raro que sucediera eso. Casi todas las personas que frecuentan la sede de AI estaban más o menos fichadas por diferentes espías y que, muy posiblemente, al venir mi madre directamente de Colombia, hubieran pensado que me traería documentación comprometedor. Por esa razón habían asaltado su maleta. No hubo ningún otro incidente y pudimos disfrutar de la City y después de París, sin otro contratiempo. De modo que cuando me presente a la DGSE más o menos pensaba que la cita estaba relacionada con esa colaboración. A ella llegue, tengo que confesarlo, bastante atemorizado. Pero mi susto interior creció aún más, cuando el funcionario que me recibió muy amablemente, me pidió mis papeles de identificación y los contrasto con otros que tenía en su escritorio. Y entonces, recitó mi vida en París como si yo no la conociera.

Pronunció mi apellido con bastante dificultad (las erres y las jotas no son fáciles en francés), estudiante de origen colombiano, viviendo en la Cité Universitaire y actualmente trabajando en un doctorado de Tercer Ciclo gracias a una beca de la DRGI (organismo estatal que dirigía la Investigación y la innovación en Francia).

- Imagino que es usted muy inteligente para haber ganado esa beca- me dijo. Y sin esperar respuesta, con aire de provocación, me preguntó por qué había estudiado en Francia, por qué no haberlo hecho en mi país de origen; si no existían buenas universidades en Colombia y otras cosas por el estilo.

No sé qué clase de contestación esperaba de mí, a lo mejor un elogio de la cultura francesa o algo así. Pero me salió una boutade que improvisé en el momento. Fue una disculpa para conocer Francia y sus alrededores y sus compatriotas me convencieron para quedarme estudiando. Me miró fijo un momento y luego sonrió.

Empezó hablándome de los papeles que le había dejado a Ramona. Según entendí, ella habló con su director de Tesis que muy interesado por ellos, intentó, con la ayuda de otros alumnos, descifrar los símbolos y tratar de poner orden en lo que decían los manuscritos. Pero no lo logró. Entonces, gracias a sus contactos académicos, logro llegar hasta una historiadora del Ministerio de Defensa que, a su vez, recurrió a los expertos en archivos de la segunda guerra de la DGSE. Ellos habían logrado, finalmente, interpretar lo que decían las cinco hojas.

Sabían desde el principio que había sido yo quien los había encontrado y querían saber exactamente como los había descubierto. Necesitaban conocer el inmueble, el piso exacto y la descripción de la consola y el compartimento en que estaba. Me pedían que fuera lo más minucioso posible. Entonces me fije que existía una secretaria tomando notas taquigráficas de lo que

yo decía.

Con mucho trabajo, recordé la dirección del inmueble, un gran Boulevard de Paris XVI; el octavo piso si lo recordaba, pero no sabía si era el A o el B o el C. Solo recordaba que era la segunda puerta a la llegada de la escalera. Sin interrumpirme, el funcionario buscó en un libro y tomo notas en una libreta.

Describí la consola, su tamaño y lo que recordaba cómo pesaba. Aquí intentaron mostrarme algunos modelos y señale uno que más o menos se le parecía. Les mostré donde estaba el doble fondo y cómo lo había descubierto. Me preguntó si había más de las cinco hojas y si había sacado copias o las había fotografiado. Les dije que no había caído en cuenta y que toda la carpeta de cuero se las había entregado a Ramona. Me mostraron la carpeta y me pidieron que la reconociera como la original que había encontrado. Así lo hice.

Después de dos horas de interrogatorio y ya de forma mucho más distendida, me ofrecieron café y un buen cigarrillo (en aquel entonces se podía fumar en las oficinas). El funcionario me explicó entonces el sentido de todo esto.

Se trataba de dejar bien explicado en un documento, cómo se lograron esos manuscritos que pasarían a formar parte del gran Archivo de espionaje y contraespionaje franceses y alemanes (Gestapo y Abwehr) y sus redes en otros países, como España. Se clasificaría y en algún momento se expondrían al público en el Château de Vincennes.

Según su versión, los documentos pertenecían a un tal Hagen, ayudante de Helmut Knochen, jefe de la Gestapo en París, cuya oficina coordinaba y valoraba la información llegada de España. Esos manuscritos hablaban de un avión inglés estrellado en alta mar en Huelva en 1943, pilotado por un alto mando británico. Sobre su cadáver se encontraron varias cartas y documentación secreta. Toda esa información y copia de esos documentos estaban en manos de la Gestapo.

Los manuscritos del ayudante que había encontrado, solo resumían los que tenía su jefe y hablaba de un inminente desembarco de los aliados y prácticamente el final de la guerra. El mensaje encriptado era un correo que el asistente enviaba a su esposa en Alemania. Planteaba la posible derrota de Hitler en poco tiempo y sus intenciones de desertar antes de que sucediera. De ahí el secretismo que guardaba y el escondite buscado. Pero los hechos se precipitaron y el ayudante fue trasladado a la frontera austriaca de inmediato y por eso, esos documentos se quedaron abandonados tal como los encontré.

No había otra historia y era tan simple como eso. Mi descubrimiento tenía valor como memoria histórica y nada más. Solo se trataba de historiar los manuscritos en el archivo y es posible que mi nombre figure al lado de la foto de la supuesta consola Luis XV para deleite de los investigadores o turistas que la contemplaran. Nunca lo supe y nunca visité el Château. Solo me quedó el susto de la comparecencia.

Al regresar a la CitéU, me puse en contacto con Johann que, a la sazón, se encontraba en Paris. Él también se preocupó y prometió contárselo a Ramona que se encontraba en Lyon. Dos días más tarde llegó ella y abrazándose a mí, me pidió disculpas por no haberme avisado con tiempo lo que pasaba. Pero su director de tesis se había interesado mucho en esos papeles y había llevado todo a la máxima autoridad de los Archivos. Que a ella también la habían interrogado y que había facilitado mi nombre como el origen de la carpeta. Y fue entonces, que, alrededor de unos

buenos quesos y vino, me contó la verdadera historia. La que me había ocultado el funcionario de la DGSE.

En 1943 apareció en Huelva el cadáver del Mayor William Martin de la Royal Marine en medio del desastre de su avión estrellado en alta mar. Partiendo de Londres, su destino era el cuartel general de las Fuerzas Armadas británicas en Tunes. En su cuerpo llevaba correos secretos militares, sellados y lacrados, con destino a los comandantes de las fuerzas aliadas en África del Norte.

Casi de inmediato, la Embajada Británica en España solicitó la entrega del cuerpo y de los documentos. La policía española franquista que colaboraba con los alemanes, permitió que éstos abrieran los sobres sin romper los sellos y copiaran toda la documentación que portaba el cadáver, antes de entregárselo a los británicos.

En la correspondencia a los principales Comandantes ingleses y americanos, se dejaba entrever la inminente invasión de las fuerzas aliadas a través de Grecia. Toda esta información fue trasladada a la Gestapo de París que, después de analizarla, contrastarla y aprobarla, la transmitió directamente al Estado Mayor de Hitler en Berlín. Las consecuencias fueron que Hitler fortaleció militarmente a Grecia a costa de dejar Sicilia menos protegida. Y fue por Sicilia por donde entraron los aliados.

En 1953 el Teniente General Ewen Montagu de la Royal Navy, publicó un libro contando en detalle, la mayor farsa que los servicios británicos habían fabricado para engañar a los alemanes. El Mayor William Martin, nunca existió.

Se trataba del cadáver de un desconocido recogido en las calles de Londres y disfrazado de militar, fabricaron un pasado más o menos glorioso, le pusieron carta de amor de su novia, entradas al teatro recientes y hasta un aviso de su banco pidiendo cubrir un descubierto de su cuenta. Toda una pantomima para que los alemanes creyeran verdaderamente que se trataba de documentos oficiales preparando la invasión por Grecia. Y dio resultado.

A esa operación se le llamó “carne molida” (“Mincemeat”) tal vez por la minuciosidad con la que fue fabricada. “El hombre que nunca existió” se convirtió posteriormente en una película que fue elogiada en su tiempo, pero olvidada posteriormente. Ni siquiera se consigue actualmente en internet.

Pero “mis” manuscritos ocultos sirvieron para corroborar algo inaudito: cuando la Gestapo tradujo los documentos al alemán, cometieron graves errores de transcripción, equivocando fechas y lugares que, si se hubieran tomado en cuenta, Hitler no hubiera caído en la trampa. Sin embargo, pudo más el deseo de saber el lugar del desembarco aliado que los hechos presentados.

El Mayor William Martin, fue enterrado en Huelva donde todavía, hoy día, se le recuerda con una lápida recordando su nacimiento y fecha de muerte, grado militar, su origen de nacimiento y el nombre de sus padres. A nadie se le ha ocurrido corregir la lápida o completarla para recordar el gran servicio que prestó este desconocido para ganar la guerra. Lo oculto se hizo realidad.

Madrid, julio de 2019

Lo Que Me Ha Sido Negado

“Amor constante más allá de la muerte”

Francisco de Quevedo

“Muerte constante más allá del amor”

Gabriel García Márquez

Tal vez no es lo quieren leer, pero necesito explicar con la percepción de hoy, los sucesos del pasado. Es evidente que nos causa dolor y mucho temor que nos puedan hacer daño o que otros sufran daño o que nuestra vida dependa del capricho ajeno. ¿Tendré derecho a hablar en nombre de ellos? No lo se. Lo intentaré. Supimos por confidencias de Françoise que su novio Munny y su hermano Samai tuvieron la suerte de huir con vida de un ataque brutal de Pol Pot y su ejército carnicero de Jemeres Rojos. Escondidos, vieron como descuartizaban a sus padres y al resto de la familia. Escapando por la selva, lograron llegar con vida al Puerto de Nom Pen totalmente congestionado por la cantidad de gente que huía, tratando de salvarse del genocidio que se estaba cometiendo en Camboya.

En medio de la marabunta, fueron empujados y separados en diferentes barcos que, huyendo por el río Mekong, buscaban un sitio para ponerse a salvo. Munny, fue rescatado por un buque francés y trasladado a París. De su hermano Samai nunca se supo nada.

Esa experiencia dividió la vida de Munny en dos mitades. En una parte revivía continuamente la tragedia sufrida mientras buscaba incesantemente a su hermano. La memoria le traía al presente el luto permanente de lo sucedido. No podía hablar de ello. No podía, porque estaba obligado a callar, a no ser escuchado porque si contaba la historia, nadie le creería. Tal era la violenta sensación que sacudían sus recuerdos.

La otra parte se ocupaba de normalizar la supervivencia parisina. Perfeccionó la afición que tenía por los autos y se convirtió en un buen ciudadano a quien le concedieron la ciudadanía y el título de mecánico para ganarse la vida. Lo conocimos porque vivía al frente de nuestro edificio y muchas veces, de forma desintere-

sada, arregló los desperfectos de nuestro antiguo dos caballos (Citroën 2C) con los que recorría las rutas turísticas francesas.

Nos hicimos amigos de saludo y poco más. Su carácter reservado solo permitía unas relaciones de buena vecindad. Sin embargo, cuando su novia francesa se fue a vivir con él, las relaciones mejoraron porque Françoise se hizo muy amiga de mi pareja y ambas pasaban muchas tardes juntas. Poco a poco, pasaron a intimidades. También hay que reconocer que a mi pareja le picaba la curiosidad y a veces se esforzaba demasiado en conocer lo que no le importaba. Y entonces, tiraba de la lengua.

No le gustaba a Munny esta relación. Nos enteramos que le prohibía hablar de su mundo y de su pasado. De la angustia de buscar a su hermano y no encontrarlo. Quería guardar en secreto su desasosiego interno mientras mostraba mejor cara en las relaciones de amistad. Las intimidades tienen líneas muy precarias y son lo que son.

Al final terminas contando todo y así conocimos que de vez en cuando, tenía ráfagas de furia contra la humanidad entera y entonces, la tomaba con ella. Sabía que se querían y que emocionalmente Munny dependía de ella, de la atención que le prestara. Por eso dejaba pasar esas pequeñas agresiones verbales y uno que otro empujón.

Pero una noche cruzo la raya y la golpeo. Llegó llorando a nuestra casa en busca de refugio. Poco tiempo después llego él completamente compungido y llorando, le pidió perdón, comprometiéndose a nunca más levantarle la mano. Ella aceptó, pero esa noche comprendimos que Françoise no estaba dispuesta a soportar ni mantener esa situación. No era vulnerable al maltrato físico, aunque aguantara la verbal. Dos días más tarde lo abandonó.

Entonces el mundo de Munny se vino abajo. Dejó de hablarnos y saludarnos. Nos consideraba sus enemigos y a veces nos miraba con odio. Su deterioro emocional lo notábamos en su rostro las pocas veces que lo encontrábamos. No logramos saber qué hacía después de trabajar porque no lo veíamos en semanas enteras.

Por esa razón nunca supo que, gracias a nuestro amigo Christian que trabajaba para la ACNUR, logramos descubrir que su hermano Samai que durante 20 años llevaba buscando, se encontraba en Suecia y que se encargarían de comunicarle la novedad.

Pero entonces llegó la locura. Una tarde de otoño Munny se presentó en el trabajo de Françoise muy alterado. Ella, para evitar el escándalo, accedió a seguirlo a su auto y tratar de razonar y calmarlo. Peligrosa decisión. El camboyano enloquecido, aseguró el coche y enfiló la autopista a Orleans a gran velocidad. En el primer viaducto se lanzó al vacío estrellándose contra un bosque.

Los bomberos tardaron tres horas en lograr sacar los cuerpos del amasijo metálico. Por increíble que parezca, los dos lograron sobrevivir a tan terrible siniestro, aunque con algunas secuelas. Ella logró salir de cuidados intensivos y sus huesos rotos se curaron en seis meses. El duró un poco más, los médicos lo dejaron en recuperación mucho más tiempo. No hubo denuncias. Se tomó como un accidente más.

¿Qué motivos o estímulos internos pueden conducir a que alguien vuele por los aires con la intención de matarse junto a su amada? ¿Desesperación? ¿Sentirse engañado? ¿Qué clase de desequilibrio puede ocasionar el amor? ¿Qué tecla cerebral puede desencadenar el final de todo? ¿Cómo es el vacío que ocasiona sentirse abandonado? ¿Y ella...? ¿Cuál será su futuro? Nunca lo sabremos. Los sucesos posteriores terminaron con toda forma de averiguarlo.

Una noche golpearon la puerta de nuestra casa y con gran sorpresa descubrimos a un señor que dijo ser el hermano perdido de Munny. Veinte años sin verse, en la ignorancia total, Samai quería ver a su hermano de inmediato.

Decidimos llevarlo al hospital mientras le contábamos la triste historia. Con gran desconcierto nos explicaron las enfermeras que Munny había pedido la alta voluntaria el día anterior y que debería estar en su casa. Volvimos de inmediato.

Llamamos varias veces a su puerta, pero ante la falta de respuesta, decidimos llamar a los bomberos para que la abrieran a la fuerza. El espectáculo que encontramos no más abrirla, estremeció hasta los mismos bomberos acostumbrados a situaciones extremas.

Munny había fabricado una soga con los trajes de su novia y se había ahorcado calculando que su cadáver sería encontrado justo al abrir la puerta. Su hermano se derrumbó gritando en su idioma cosas que nadie entendió. Veinte años buscando a su hermano después de la tragedia camboyana y otra tragedia lo borra definitivamente. ¡Qué desgraciada mueca del destino!

Françoise abandonó París y nunca supimos de ella. Parecía que frente al dramático suicidio, tenía que pedir disculpas. Por arte de birlibirloque ella no era la víctima, sino el verdugo.

Esta historia no tiene moraleja más allá del amor después de la muerte. No somos lo que hacemos, sino lo que hemos padecido, lo que podemos perder, lo que nos han negado. Por el bien de todos, hay que morir en silencio.

P.D.: Según información actualizada por una amiga común, Samai buscó desesperadamente a Françoise hasta que la encontró en Ámsterdam. Habló con ella, se quedó con ella y ahora son un matrimonio con hijos.

Madrid, octubre de 2020

Necesitamos Ser Engañados

En 1938, el mayor experto mundial en pintura holandesa, certificó como verdadera la obra “Cena con Emaús” recién descubierta y supuestamente pintada por el maestro del siglo XVII Johannes Vermeer, el mismo autor de “La joven de la perla”, “La Lechera” y “Mujer leyendo una carta” entre otras memorables pinturas. Inmediatamente el Museo Boijmans de Rotterdam compró el cuadro por el equivalente hoy día, a once millones de euros. Pronto se convirtió en la pintura más importante del Museo, atrayendo a multitudes admiradas y críticas enardecidas. Aparecieron nuevas obras del artista que los críticos las verificaron, los museos las expusieron, los coleccionistas pagaron altas sumas por ellas: un total de más de 110 millones de euros al cambio actual. El mundo artístico holandés reverenciaba a Vermeer como uno de los pintores más grandes que habían existido.

En mayo de 1945, Holanda había sido liberada y la guerra llegaba a su fin. Se juzgaba a los colaboracionistas y entre ellos, a un anciano que se había hecho rico como marchante de arte. Lo acusaban de traición por haber vendido la recién descubierta obra de Vermeer, “La mujer adúltera” a la mano derecha de Hitler, Hermann Göring. Pocos días después de su encarcelamiento, se derrumbó. Confesó, y lo que confesó no era una traición, sino un crimen que dejó perpleja a Holanda y al mundo entero. «¡Idiotas! -se jactó-. ¿Creéis que he vendido un valiosísimo Vermeer a Göring? ¡De Vermeer nada! Yo mismo lo pinté.».

Admitió haber pintado no solo la obra que se halló en manos de los nazis, sino “Cena de Emaús” y muchas otras supuestas obras de Vermeer. El fraude se descubrió no porque alguien detectara las burdas falsificaciones, sino porque el falsificador confesó. ¿Y qué otra cosa podía hacer? Vender una obra maestra irreemplazable a los nazis era un crimen castigado con la horca, mientras que vender una falsificación a Göring no solo se podía perdonar, sino que incluso era admirable. Entonces se descubrió que “Cena de Emaús” era una pintura fraudulenta, realizada sobre un viejo lienzo apenas unos meses antes de que la declararan verdadera y endurecida con baquelita.

El mayor experto mundial en pintura holandesa fue traicionado por sus sentimien-

tos que dominaron su experiencia. Y el falsificador logró convertir sus conocimientos y experiencias en una desventaja. Comprender cómo el falsificador engañó al experto es mucho más que una nota al pie en la historia del arte; explica por qué compramos cosas que no necesitamos, nos enamoramos de la pareja equivocada y votamos a políticos que defraudan nuestra confianza. En particular, explica por qué tan a menudo nos tragamos afirmaciones que, con pensarlo solo un momento, veríamos que no pueden ser ciertas. Como pintor, el falsificador no era un genio, pero comprendió intuitivamente algo sobre la naturaleza humana: a veces queremos que nos engañen.

(Adaptado de Tim Harford, “10 reglas para comprender el mundo”)

§§§§§

Durante los gloriosos años de dineros calientes del narcotráfico, muchos “mágicos” de primer, segundo y tercer grado, no sabían qué hacer con tanta riqueza. Uno de los medios para blanquear, no solamente el dinero, sino la ausencia de cultura, fueron las bibliotecas que compraban por metros lineales en función del tamaño del mueble que querían lucir. Libros bien encuadernados y con bordes dorados que quedaban más bonitos. Además, porcelanas, adornos estrafalarios, alfombras, esculturas y, sobre todo, cuadros de famosos pintores adornaban sus viviendas y hasta salas de baño. En esos años gloriosos, muchos intelectuales fueron contratados como “expertos” para escoger tantos libros como pintores, para rellenar el afán cultural de las nuevas clases emergentes. Ese look mafioso llegaba a decoraciones más o menos decentes hasta extravagantes y grotescos diseños.

Cuando cayeron los carteles y las fortunas mágicas vinieron a menos, empezaron a vender los artículos de lujo, entre ellos los cuadros, para mantener su nivel de vida. Un amigo que tenía un amigo que conocía a alguien, me pidió que, si podía vender en Europa una serie de cuadros de Picasso. No soy especialista en arte, pero si conocía a varios directores de galerías tanto en Francia como en España. Me enviaron las primeras fotos y al verlas, me parecieron demasiadas burdas para ser verdaderas, pero que ¡sabría yo del verdadero arte! Cada dibujo estaba acompañado de un certificado validado en España que demostraba su autenticidad. Antes de preguntar a los expertos, solicite fotocopia de los certificados y al leerlos me quede estupefacto, patidifuso.

Un señor con muchos títulos genealógicos y miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, la institución artística de más larga trayectoria y mayor vigencia cultural en España, se presenta ante un Notario y declara, bajo juramento, que conoce a Julianita de Tal, que fue hija se Zutaneja y que le consta que Zutaneja fue la empleada de servicio en el Taller de Picasso en París y que durante ese tiempo, recibió como regalo, los bosquejos que como borradores o ensayos de posibles cuadros, hacía el pintor en su taller. Que le consta que Julianita heredo esos dibujos y tienen un alto grado de exactitud de haber sido dibujados por Picasso. En fe de los anterior, firma la declaración. Luego, a cada supuesto dibujo de Picasso, firmaba una nueva declaración en la que aseguraba que provenía de la herencia recibida de Zutaneja, empleada del Taller del pintor. Eso era todo. Dos declaraciones que nadie podía decir que fuera falso por la banalidad de lo que decía.

Esas dos escrituras notariales eran los “certificados de autenticidad” que protegían a los horri-

bles dibujos que pretendían vender por mucho dinero, haciendo sospechar las cantidades enormes que habían pagado inicialmente por ellos. Hablé con la Real Academia y me comentaron que el señor de marras si fue miembro. Que había muerto hace años y que les había ocasionado muchos problemas por los negocios dudosos que realizaba.

Le comenté a mi amigo lo que había averiguado y soltó una sonora carcajada. Me dijo que durante muchos años esos dibujos estuvieron en el salón principal del “mágico” que los mostraba con el mayor orgullo y que además había pagado una fortuna en seguridad y seguros por si se los robaban.

Un hecho más que confirma lo inherente a la naturaleza humana, en que a veces queremos que nos engañen, pese a lo trivial de la estafa.

La Senectud de Vargas

Leo el artículo de Mario Vargas Llosa en “El País” de hoy día y concluyo que la vejez nos hace ver cosas que no existen. Extraigo este párrafo de su escrito:

“Ahora, el presidente Iván Duque acaba de anunciar una medida extraordinaria, que es un verdadero ejemplo para el resto del mundo, y, sobre todo, para los países latinoamericanos: la regularización de un millón de venezolanos sin documentos de identidad, que, de este modo, podrán acceder a puestos de trabajo, así como a la seguridad social y a la educación en las instituciones colombianas”

¡Fantástico! Por primera vez me doy cuenta que en Colombia hay trabajo para todo el mundo. Los que no trabajan es porque no quieren. Que existe seguridad social que cubre a todo el mundo. Y, además, existe educación al alcance de todos los niños, adolescentes y jóvenes que deseen estudiar. ¡¡¡Pero en que Paraíso se vive en Colombia!!! Con cuanta equivocación he vivido hasta ahora.

Más adelante nos dice, “Desde que lo conocí, siempre supe que el presidente de Colombia, Iván Duque, sería un ejemplo para el resto de América Latina. (..) desde que está en el poder, respeta rigurosamente la legalidad y sin que el expresidente Álvaro Uribe, del que lo acusaban de ser un títere, interviniera para nada en su Gobierno y más bien guardando frente a él una prudente distancia.”

Pero entonces ¿que ocultan los que dicen lo contrario? Los cientos de miles que piensan distinto tanto dentro del país, como fuera de él ¿están equivocados, extraviados, confundidos, ciegos...? Mario tiene una explicación muy simple: tanto Duque como Uribe son “víctimas de una campaña de desprestigio de la extrema izquierda”, pese a que Uribe siempre ha respetado la “libertad y la legalidad en las que cree”.

Ahora se entiende mejor. ¡Que desagradecidos son los de izquierda! Todos los colombianos debían besar el suelo que pisa el grandioso líder. Más de seis mil asesinatos por “falsos positivos”, no es más que una anécdota insignificante que no debe empañar la triunfal imagen de los gobiernos uribistas.

¡Ah! Y otra cosa, cuando los venezolanos huyeron de su país, lo hicieron, según Mario, “por la falta de trabajo, la miseria en que malviven, la falta de escuelas y de

esos hospitales sin remedios, sin enfermeros y hasta sin agua de los que se quejan los pobres médicos venezolanos que nos muestra la televisión.”

Y llegaron al paraíso colombiano en donde ninguna de esas característica forma parte de su entorno socio-económico.

Que vejez tan desgraciada que nos trasforma la mirada y nos obliga a mirarnos en el espejo de la realidad que nos inventamos. Y encima queremos que los demás nos crean.

§§§§§

Durante seis años estuve de Profesor invitado por la Universidad ESAN en Lima. Cada año, camino a Perú, realizaba una escala en Colombia para visitar a mis amistades. En 2014 coincidió mi escala en Bogotá, con la celebración de la Feria del Libro dedicado a Mario Vargas Llosa. Mientras iba camino a la finca de un amigo, decidimos realizar una parada para visitar la Feria y encontrarme con MT, una vieja amiga. Ella estaba ilusionada con ver a Mario en persona y a lo mejor, conseguir algún autógrafo.

En la programación del día, estaba previsto que el gran escritor diera una charla en un pequeño anfiteatro y cuando llegamos a la Feria y aunque era temprano, ya existía una considerable fila para entrar en el aula. MT me pidió como un favor especial, que le guardara un puesto en esa fila mientras ella lo buscaba por el resto del recinto.

Mientras aguardaba, lo normal es conversar con las otras personas y pronto me di cuenta que mi conocimiento sobre la obra de Vargas era más completa que las de mis contertulios. En mi adolescencia había leído toda su obra y considero que “Conversaciones en la Catedral” es una maravilla de la literatura. Además, todos los que nos interesábamos por el “boom” latinoamericano, estábamos al corriente de todas las anécdotas que se publicaban sobre ellos.

De modo que me explayé en datos y cosas curiosas, como la fabulosa Tesis Doctoral que Mario presentó en la Complutense y el extraordinario libro que se publicó después: “García Márquez: Historia de un Deicidio”. Un tratado magistral sobre la obra de otro escritor. Este libro lo adquirí apenas salió y todavía guardo ese ejemplar que se volvió único, porque Vargas Llosa prohibió a Carmen Barcell, su agente, que se volviera a editar y hasta ahora mantiene el veto.

Para escribir esa Tesis, las familias Vargas Llosa y los Gabos vivieron muy juntos en Barcelona, mientras Mario recopilaba toda la información que necesitaba. Pero esta íntima amistad se perdió el día en que Mario noqueó de un puñetazo a Gabriel, delante de todo el mundo. Parece ser que fue un problema de cuernos y se ha escrito mucho sobre eso. Se rompió la gran camarería de los dos grandes escritores y nunca mencionaron el porqué de tal ataque.

Todas estas anécdotas tenían entretenida a la pequeña audiencia que tenía a mi alrededor en la fila de la Feria. Nadie sabía quién era, pero todos pensaban que debía ser amigo de Mario o un conocido escritor que anónimamente estaba ahí. Pese a que muchas veces dije que solo me gustaba la literatura, no se lo creían.

Entonces sucedió algo inesperado que reforzó la creencia de los que no me conocían, de que yo era alguien importante. En un momento dado se escuchó un murmullo y la gente empezó a arremolinarse. De pronto apareció el gran escritor con un séquito de guardaespaldas y las directivas de la Feria. La fila se abrió y me quede frente a frente al grupo que caminaba hacia mí.

Mire sorprendido a Mario y el me miró fijamente y no sé qué le paso por su cabeza, pero debió

pensar que me conocía de algo. Rompió el protocolo y se me acercó con la mano tendida y nos saludamos como viejos amigos. Luego siguió su camino.

De ahí en adelante me ganó una cierta cortesía especial del entorno hacia el amigo del flamante escritor. Ya en plan de broma les pedí a todos que cuando volviera mi amiga MT, le contaran con pelos y señales lo que acaba de ocurrir porque a mí no me iba a creer. Y así fue. No solamente se lo contaron, sino que le mostraron las fotos y el video que habían hecho del encuentro, mientras ella ocultaba su fastidio por no haber estado ahí.

Admiro la literatura de Mario Vargas Llosa desde sus inicios hasta cuando empezó a publicar panfletos como novelas. Entonces paso a tercer plano de mis lecturas. Su artículo de ayer domingo es un despropósito sobre la realidad colombiana.

Hoy día, “El País”, el mismo periódico que publicó su panegírico a Duque y Uribe, lo desmiente con un tremendo Editorial con el título de “Uribe debe responder”. Pide que aclare su participación en las masacres de los “falsos positivos” y afronte sus responsabilidades.

La Hipótesis de la Abuela

Según el premio nobel Jacques Monod, la Naturaleza es objetiva. Eso quiere decir, que a la naturaleza le importa un bledo que vivas o no. La naturaleza no necesita de la cosmovisión indígena, ni de la Pachamama, ni de ninguna religión para existir. Tampoco de que existan los seres vivos y mucho menos los humanos. Por esa razón, la objetividad de la naturaleza es la piedra angular de la ciencia. En cambio, los seres vivos son proyectivos, es decir, tienen un proyecto en sus vidas y ese proyecto es reproducirse para que su especie no desaparezca de la naturaleza. Y para lograrlo van a utilizar todas las artimañas posibles. Algunos miembros de los seres vivos lo logran y otros mueren sin cumplir con su proyecto. Así es la vida.

De modo que los humanos, como miembros de los seres vivos, tienen la obligación de copular y la mujer, parir durante su vida fértil que, como todo el mundo sabe, tiene fecha de caducidad. Aparentemente las hembras de la especie humana, las del elefante y las de algunos cetáceos, son los únicos seres vivos que comparten la anomalía de la menopausia.

En 1957 el biólogo George C Williams propuso una hipótesis para explicar el misterio del climaterio. Desde el punto de vista de la evolución, conforme se envejece se aumentan las probabilidades de morir. En consecuencia, si una mujer tiene descendencia a una edad avanzada, esos hijos tendrían muchas probabilidades de no sobrevivir a la muerte de su madre. Por lo tanto, los esfuerzos dedicados a su crianza son inútiles para la replicación de los genes a las siguientes generaciones.

Desde el pensamiento evolutivo es mucho más provechoso que la mujer dedique sus últimos años al cuidado de sus nietos y nietas. Por esa razón, la menopausia es una adaptación evolutiva con el fin de dedicar recursos para que sus genes perduren en el futuro. Sus nietos y nietas tienen el 50% de sus genes, los bisnietos el 25% y así sucesivamente. “La hipótesis de la abuela”, como se conoce a esta propuesta, cuenta con unos buenos datos estadísticos que la respaldan. Han comprobado que el cuidado de las abuelas (en las especies que lo practican) aumenta las probabilidades de supervivencia de los nietos. Es decir, que, desde la teoría darwinista, se ha logrado una adaptación para lograr el éxito evolutivo, compen-

sando el cese de la procreación.

La teoría de la evolución no tiene en cuenta problemas morales o éticos. Se trata de supervivencia de las especies y para lograrlo, se deben adaptar a las circunstancias o desaparecer. La humanidad no nace con ningún derecho y por supuesto, su único deber es subsistir sea como sea. Por esa razón, los miembros de la especie humana empezaron a unirse en clanes. Los clanes en tribus y las tribus en naciones. Fue la necesidad de la unión la que determinó la moral, la ética, los derechos y deberes. Millones de años de convivencia forjaron reglas y normas de comportamiento humano que han ido evolucionando a la par con la necesidad y la necesidad del pensamiento guerrero de tribus que se han creído superiores a otras tribus, apoyados en religiones y dioses protectores “únicos”.

Afortunadamente, hoy día, hemos llegado a un consenso de reglas universales mínimas. Treinta derechos y libertades adoptados en la Declaración de los Derechos Humanos (DUDH) que pertenecen a todas las personas (incluidas las abuelas) y que nadie puede arrebatarles. ¿Que nadie puede arrebatarles? De los 195 países que han ratificado estos derechos, 180 los vulneran de diferentes maneras. La mayor parte de las familias en situación de pobreza, sobreviven gracias a las abuelas. Su labor es impresionante para evitar la descomposición social y la transmisión no solo de genes, sino también, de valores culturales destinados a evitar que su descendencia se acabe en la violencia permanente que les rodea. No siempre lo consiguen, pero en esos casos, la abuela deja de ser una hipótesis.

La Traición de Las “Tradiciones”

Todos los días, decía Popper, hacemos cientos de cosas bajo la influencia de tradiciones de las que no somos conscientes. Por lo tanto, si no sabemos que estamos actuando por influencia de una tradición, la aceptamos incondicionalmente como forma normal de actuar. Se supone que una tradición es transmisión de costumbres, comportamientos, prácticas, recuerdos, rumores, creencias, leyendas, doctrinas, etc., que se transmiten de generación en generación estableciendo la continuidad de una cultura, de un modo de pensar o de un sistema social. Ahora bien, siempre me he preguntado ¿cuándo una costumbre se convierte en tradición? ¿Cuándo dejan de ser tradición?

Muchas de ellas han sido olvidadas, otras abandonadas y otras condenadas penal y socialmente. Y la gran mayoría, modernizadas, actualizadas. Por ejemplo, la “idolatría” enérgicamente condenada bajo el larga “tradición” de la ideología católica-cristiana, hoy en día no lo es y no se castiga por no ir a misa o rezar el rosario o adorar al sol. Sin embargo, se castiga el esclavismo, la discriminación racial y otras “tradiciones” instaladas por el supremacismo blanco y la colonización.

Otras tradiciones lúdicas se perdieron como los juegos que ambientaron nuestra infancia y multitud de las que provenían de la práctica católica. Y otras están en vías de desaparición como la fiesta de los toros. De modo que las tradiciones, como construcciones sociales, cambian constantemente dependiendo de la época histórica y, sobre todo, de quien quiere utilizarlas.

La transformación de la herencia colectiva (o de lo que lo que se piensa que es), es una necesidad vital y cada generación innova y cambia. Por esa razón, la tradición se convierte en un pasado adaptado al presente, pero siempre guardando una parte permanente y otra susceptible de cambiar. Según los antropólogos, es el presente el que inventa la tradición. Es el presente el que llena de sentido a la tradición y la convierte en legado para futuras generaciones.

Todo forma parte del renacer social y de las expresiones culturales. Cada grupo, étnico, religioso, familiar..., mantiene sus tradiciones propias que constituyen su identidad social, su cultura tradicional. Y cada grupo intenta, de forma romántica,

creer que sus tradiciones son “puras”, “naturales”, “ancestrales”, “no contaminadas” y demás zarandajas que hace que “sus” tradiciones sean las mejores y dignas de conservarse. Existen tradiciones que merecen la pena recuperar como baúl de recuerdos, tales como cierta gastronomía, forma de hacer música, cierta agricultura y algo más. Pero en términos generales ¿valdría la pena recuperar costumbres perdidas?

Cada vez que los políticos neoconservadores llegan al poder, intentan limitar el concepto de Estado y las reglas de control moral de la población. Se sienten legitimados a legitimar sus concepciones contando con intelectuales que deben producir “verdades” que ayuden a cimentar su legitimación. Entre esas verdades, las “tradiciones” se convierten en piedra angular para defender la nacionalidad en contra de todos aquellos “enemigos” que intentan destruirlas.

Así de simple y comprensible es el diseño de su ideología que atrae a tanta gente que vota por ello. De manera que las tradiciones se convierten en arma de doble filo. Por un lado, su defensa esconde intereses políticos de poder, con voluntad de mantener el “orden establecido” y, por otro lado, puede representar un cambio reivindicando identidades comunitarias oprimidas que se reinventa para ser reconocidas. En todos los casos, las “tradiciones” quedan traicionadas.

TOPAMOS CON LA RELIGIÓN

La religiosa religión
La temperatura del infierno
El mandato divino
Lo divino del "yo" y el "nosotros"
El homúnculo divino
Del villano al villancico
La eterna salvación
Las "bujarronas" del siglo XVII
Recuerdos tiempo pascual
Un cuento diabólico
La intolerancia divina
¡Qué miseria de Estado laico!

La Religiosa Religión

Mi experiencia familiar con la religión católica, apostólica y romana que practicaba mi madre, se resume al bautismo y a la primera comunión (no recuerdo la confirmación), aderezado con el rosario vespertino en época de semana santa. En cambio, mi experiencia personal fue mucho más allá. Mis primeros ocho años viví justo a diez metros de la entrada principal de una iglesia que en aquel entonces estaba totalmente construida, pero su decoración tanto externa como interna, se hacía en función de los fondos disponibles. Me pasaba horas enteras viendo cómo el maestro canterano esculpía rostros en una placa de mármol (o de granito, no me acuerdo). Se acostumbró tanto a verme a su lado que un día me tomo de modelo para esculpir un ángel con mi rostro infantil. De modo que todavía, hoy en día, se puede ver mi retrato impúber en una de las galerías de esfinges que adornan su interior.

Mi niñez la pase jugando en medio de los bancos y deambulaba por la sacristía como pedro por su casa. Conocía a todos los chicos del coro y a los monaguillos que ayudaban a misa. Algunas veces los acompañaba, vestido con la sotanilla roja y cuello de mantilla, tocando la campanilla o balanceando el sahumerio con el incienso cuyo aroma me encantaba. Un viernes santo me escogieron para sentarme con otros chicos delante de un Obispo que venía a lavarnos los pies y besarlos, frente a una multitud que observaba la ceremonia de humillación del dignatario. Cuando se lo conté a mi madre que desconocía mis andanzas de sacristía, me comento afligida que tenía que habérselo dicho con tiempo para haberme duchado antes. ¡Qué vergüenza frente al prelado!

Un día, alguien consideró que era lo suficientemente mayor y me dieron un cuadernillo de instrucciones que contenía respuestas en latín, Debía aprendérmelo de memoria con el fin de ayudar en la misa. La verdad, no sabía ni en que idioma estaba escrito, pero, aun así, “ayudé” a decir misas respondiendo de cualquier manera cada vez que el cura decía la frase correspondiente. Total, como era en latín, ni el público ni yo entendíamos nada.

El vestir y desvestir santos con caras de yeso y armazones de madera para las procesiones, me quitaron, desde muy joven, la veneración por los muñecos que los

parroquianos adoraban y entre más ropa lujosa le poníamos, más velas y oraciones le dedicaban. Mi lógica infantil, aunque participaba alegremente en la decoración, no entendía porque causaba tanto fervor en los devotos.

Desde que hice la primera comunión, nunca más volví a comulgar y mucho menos confesarme. Sin embargo, con algunos otros monaguillos nos encantaba agazaparnos detrás de los confesionarios y escuchar a escondidas, las confidencias de las pecadoras. Ahí nos enteramos que la rubia italiana voluptuosa, esposa de un masajista italiano, cuya vivienda y consultorio estaba cerca de la iglesia, tenía pensamientos indecentes cuando su marido masajeaba las piernas de los ciclistas de la Vuelta a Colombia.

El hecho es que esos “conocimientos” internos del funcionamiento eclesiástico me llevaron a tomar cierta distancia con respecto a los ritos y misterios sacramentales de la iglesia católica desde muy temprana edad. ¡Ah! Y desde ese entonces, las chicas rubias, ojiazules y voluptuosas, forman parte de mi imaginario erótico.

§§§§§

Desde que me fui de Colombia hace ya más de 50 años, siempre he colaborado con instituciones universitarias y grupos de investigación no solamente colombianas, sino también, de otros países latinoamericanos. Siempre fueron participación en seminarios, conferencias o profesor invitado para algo concreto que no daba para penetrar la sociedad colombiana más allá de la superficie de buenas relaciones públicas. Próximo a la jubilación, pase un año sabático y dos años más, colaborando con diversas universidades en diferentes partes del país. Y entonces me di cuenta de la importancia que la religión, sobre todo la cristiana, tenía en el comportamiento social de sus ciudadanos.

Tuve una primera aproximación cuando una de las secretarías del Ministerio de Educación, me escribió un correo avisándome: “Dr. Carvajal, si Dios quiere, mañana le pagan”. Inmediatamente conteste: “Gracias por la información. Me preocupa que metan a Dios de por medio. Con que el funcionario de turno hiciera su trabajo me bastaba.” La respuesta fue inmediata: “Dr. Carvajal, si Dios no quiere, no se hará nada.” Sin pensar demasiado, respondí: “Tiene Ud. razón. De Dios depende que Ud. trabaje o no trabaje. Que se llegue tarde o no se haga el trabajo por el cual le pagan. Él es el responsable de que las cosas se hagan bien o mal.” Ya no tuve respuesta. Pero me hizo caer en cuenta que el determinismo religioso contaminaba la vida cotidiana en todos los aspectos de las personas, sin importar su nivel cultural o social.

Es exasperante que en pleno siglo XXI, con todos los conocimientos al alcance de cualquiera, existan personas que desconozcan los principios básicos de la física, la geología y los fenómenos naturales, para atribuirle a Dios la causa de la lluvia, la sequía, los terremotos, los tsunamis y las erupciones volcánicas. Además, la voluntad humana de hacer y deshacer, la maldad y la bondad.

Así, por ejemplo, cuando los temblores y terremotos que continuamente sacuden estas tierras, las gentes tienen costumbre de salir corriendo de las viviendas y en situación de pánico ruegan al cielo, a las once mil vírgenes o al santo de su preferencia, para que los proteja del siniestro y, cosa que me causó admiración, piden también protección para los suyos, para que no les suceda nada. Después del suceso, he preguntado varias veces a diversas personas, por ese “egoísmo

espiritual”, porque piden por “los suyos “mientras que a los demás se los puede llevar el diablo. No tenían consciencia de lo que hacían, pero dentro del normal desarrollo del “diálogo celestial” que cada uno cree tener con Dios, esa comunicación es personal, única y exclusiva. Solo se utiliza para cosas que interesan como la familia, pero no para el vecindario o el resto de personas. Ellos ya tienen su propia comunicación personal y quien no lo tienen es que no creen y no tienen por qué merecer los dones divinos. Tal es la técnica teológica y lógica interna que utilizan los creyentes para obtener los milagros religiosos. ¡Ah! Y para que conste, pese al diálogo mantenido, el pago ministerial me llegó a tiempo.

La creencia religiosa en la población colombiana (y en otras sociedades latinoamericanas) permea continuamente las acciones de las personas. Mientras un buen empresario colombiano analiza todos los riesgos posibles y trata de contrarrestarlos utilizando herramientas económico-financieras, siempre le queda la última frase cuando hace la inversión: “que sea lo que Dios quiera”. No creo que sea algo razonable sino una expresión más, como cuando se dice “¡Dios mío!”, o los “que Dios le bendiga” como agradecimiento, pero cuando se les confronta sobre tal situación, sale a relucir sus pasados de educación religiosa y, aunque no quieran creer, siempre terminan por respetar las manifestaciones devotas como el bautismo, la comunión, la confirmación o el primer matrimonio católico. No van a misa, pero voluntariamente participan en las ceremonias religiosas por la muerte de un familiar o un amigo o cualquier otra manifestación. No les interesa la religión en sí, sino su práctica social.

Cuando les preguntas por la Biblia o intentas mantener una conversación más o menos racional sobre el asunto, rápidamente te das cuenta que sus conocimientos se reducen a lo que aprendieron de niños y a lo que dicen los sacerdotes en los púlpitos. Tienen pereza mental para leer sus textos sagrados o falta de curiosidad por conocer más allá de lo poco que saben. Me he enfrentado muchas veces a esa barrera psicológica que impide mantener una conversación en profundidad.

Fe y Razón van por caminos diferentes y aunque normalmente, la gran mayoría aceptan la teoría de la evolución como algo totalmente normal, también aceptan como creencia y verdad revelada, la creación bíblica del hombre sin reflexionar sobre las contradicciones de creer ambas cosas a la vez. No les causa ningún problema lógico. Como me decía mi nieta adolescente, para aprobar la clase obligatoria de religión debo negar todo lo que aprendo en la clase de biología. Le enseñé la paradoja de Gardner: ¿Tenían ombligo Adán y Eva? Si lo tenían es porque nacieron de humanos. Si no lo tenían, no son humanos.

Una vez observé que, en los escritorios de varias secretarías de una universidad, se encontraba un librito típico de color gris. Le pregunté a una de ellas de que trataba el librito y me explicó que era el nuevo testamento que repartían los testigos de Jehová. Le pregunté si lo leía o le interesaba y, levantando los hombros con indiferencia, me dijo que no, que estaba ahí desde hace mucho tiempo. Le dije entonces, que, porque no lo tiraba a la papelera y entonces, abriendo sus ojos asustada, me dijo “¡tirar la palabra de Dios a la basura...!” La imposible racionalidad frente a la fe.

Cuando Saulo también llamado Pablo de Tarso, inventó el cristianismo cincuenta años después de la muerte de Jesús, no imaginaba que tres siglos después, el Emperador Constantino la impondría, a sangre y fuego, como religión oficial del Imperio Romano. El sacerdote Prosper

Alfaric, primer profesor de historia comparada de las religiones de la Universidad de Strasbourg, decía que no fue Cristo quien fundó el cristianismo, fue el cristianismo quien elaboró progresivamente la figura de Cristo. Además, gracias al concilio de Nicea del siglo IV (y demás concilios), al cristianismo primitivo le agregaron el catolicismo, el apostolado y los dogmas de la Iglesia de Roma, con amenazas de muerte para quienes no los obedecieran.

El cristianismo primigenio quedó transformado completamente. La primitiva iglesia cristiana de Pablo, sufrió muchas divisiones cuando Roma impuso el dogma de la Santa Trinidad. Desde entonces las dos grandes iglesias cristianas, católicas y apostólicas se dividen en dos: la ortodoxa (griega) de oriente y la romana de occidente. A su vez, la romana se fraccionó en arrianos, maniqueos, ebionistas, dualistas, montanistas, gnósticos, nestorianos, paulistas, etc. Posteriormente aparecieron los valdenses, albigenses o cátaros antes de la llegada de la Gran Reforma Luterana que dio con la otra gran rama de protestantes, luteranos, anglicanos, presbiterianos, cuáqueros, etc.

Todas estas ramificaciones fueron descomulgadas, declaradas heréticas y perseguidas, torturadas y condenadas a muerte en las hogueras de la muy cristiana, católica, apostólica y romana Iglesia. Cuando los ejércitos franceses atacaban la plaza albigense de Bezier, le comunicaron a Arnaldo Amalric, inquisidor y delegado papal, que dentro de la ciudad vivían muchas familias católicas que podrían morir accidentalmente. Su respuesta fue impecable: “¡Matadlos a todos! ¡Dios reconocerá a los suyos!”

Durante quince siglos los Papas romanos impusieron con el máximo rigor, sus dogmas, cánones y reglamentaciones doctrinales bajo las cuales, coronaron y depusieron Reyes, armaron grandes ejércitos, se adueñaron de tierras y riquezas y construyeron su imperio vaticano. Su lógica era perfecta: Dios creo al mundo. El Papa es el único representante de Dios en la tierra. Por consiguiente, el Papa es su administrador terrenal y el que distribuye la tierra entre sus súbditos. Esa fue la lógica utilizada por el Papa Alejandro Borgia para, por medio de una Bula, conceder la propiedad de las tierras del Nuevo Mundo a Isabel la Católica. Con esa “escritura de propiedad” pudo hacer y deshacer a su antojo.

La Temperatura Del Infierno

En el Siglo XVIII, el científico, teólogo, filósofo y místico sueco, Emanuel Swedenborg, después de elaborar planos de aviones y submarinos, descubrir el funcionamiento de las glándulas endocrinas y del cerebro y algunos otros descubrimientos sobre el sistema solar (entre otros estudios), terminó su vida describiendo con lujo de detalles, cielos, infiernos, ángeles y demonios, como si se tratara de seres vivientes que cohabitaban conjuntamente con los humanos. Además, adelanto datos para calcular la termodinámica celestial cristiana.

Dos siglos después, otro científico español muy galardonado y colaborador de Premios Nobel, decidió calcular, partiendo de los datos contenidos en la Biblia, la temperatura que tendría que tener el Cielo y el Infierno de los Católicos. Aplicando la llamada «Ley de Stefan-Boltzmann», que relaciona la energía radiante de un cuerpo con su temperatura, llegó a la conclusión de que la temperatura del Cielo debía andar por los 232 grados centígrados. Para calcular la del Infierno se basó en El Apocalipsis y en la temperatura del azufre calculando que el azufre hirviendo debía a estar a unos 444 grados centígrados. Publicó sus resultados en una prestigiosa revista norteamericana, causando un buen alboroto entre los científicos.

Algunos comprendieron de que se trataba de una broma bien argumentada por el prestigioso científico que, además, era medalla de oro en natación, premio nacional de baile de salón y experto en juegos de TV. Pero otros se lo tomaron muy en serio y decidieron avanzar en la investigación propuesta. Un geofísico aprovechó los cálculos para afirmar que el Infierno se ubica en las fosas calientes del fondo del océano, y el Cielo en una capa particular de la atmósfera. Un investigador de la Universidad de Oregón, relacionó las creencias y la tasa de criminalidad. Descubrió que el miedo al castigo eterno era más efectivo que la creencia en Dios. Si no me porto bien, arderé en el infierno a 400 grados.

Pero el Vaticano ha echado por tierra los cálculos de tan eminentes científicos. Desde que el Papa polaco abolió El Limbo, los dos últimos Papas han declarado solemnemente que el cielo y el infierno, no existen. “No existe un infierno en el

que sufren las almas de los pecadores para toda la eternidad” declaró Francisco volviendo a la primigenia iglesia de Orígenes. El Infierno fue creado en 1123 como Dogma de la Iglesia y de acuerdo con el Obispo episcopal Spong, se creó para controlar a la población por medio del miedo y la manipulación.

O se siguen las ordenes emitidas o estaréis condenados para siempre. Solo conmigo encontrareis la salvación eterna. ¿Os suena de algo? Según las últimas investigaciones, el averno se encuentra en algún lugar de la latitud 4.570868 y longitud -74.297333 de las coordenadas geográficas. Estáis avisados.

El Mandato Divino

En su tratado sobre la Monarquía, Dante consideraba que un excelente medio para conseguir la felicidad era lograr la paz universal. Si esa paz no se alcanzaba, es debido al poder del papado y a una Iglesia que cree tener la verdad absoluta y, además del poder espiritual del más allá, cree que todo sobre la tierra debe someterse también a su poder temporal. Ahí se encuentra la infelicidad de la humanidad.

Argumentaba que solo la separación completa entre la teología y la filosofía, la naturaleza y la gracia, las Instituciones Políticas y la Iglesia, podían lograr el orden necesario para lograr la paz y, en consecuencia, salvar al mundo. Dante rechaza que exista un solo fin para la humanidad como pretende la Iglesia. Lograr la felicidad en la vida actual debe ser un objetivo terrenal y eso solo se logra en libertad e independientemente de la Iglesia.

Estas consideraciones del Siglo XIV siguen siendo válidas hoy día, porque una gran proporción de ciudadanos se sienten obligados a seguir mandatos de iglesias cristianas, apostólicas, protestantes y muchas más. La elección espiritual de una iglesia, es un acto personal que la mayoría de los individuos heredan y algunos otros, la eligen libremente. Todo estaría bien si eso se limitara al ámbito personal. Pero algunos se sienten “inspirados” y obligados a compartir su fe con los demás y separan malos y buenos en función de si aceptan o no sus creencias. Entonces gastan sus energías en llenarte de mensajes salvadores y bendiciones que no has pedido.

Pero lo peor y da miedo, es ver la manipulación de masas fanatizadas por las consignas de sus jefes religiosos. Unos simplemente se prestan para que su director espiritual negocie con sus votos en los años de elecciones y otros actúan violentamente como guerrilleros de Dios para salvar al mundo. Es la misma técnica utilizada por los Partidos Políticos para perpetuarse en el poder. ¡Que aterrador perspectiva del neofascismo nos espera!

§§§§§

No me ofende el hecho de que mi vecino afirme que no hay ningún dios o que existe uno solo, pero es preciso que haya algún otro argumento para que quede demostrado que no existe peligro alguno en la creencia de que ello es así, en la actitud de asumir a fondo las consecuencias de tal credo y en actuar conforme a éstas. Los iluministas del siglo XVIII pensaban que una sociedad de ateos o de deístas, no podía de manera alguna representar una sociedad puesto que los legítimos poderes del gobierno se extienden sólo a los actos que ofenden a otros. El buen comportamiento es el resultado de virtudes sociales y su fundamento está en el sentido moral. El amor de Dios no es fundamento de la moralidad ya que las creencias religiosas son simples fetiches y no resultan necesarias para los fines públicos. Son asuntos privados significativo para la perfección individual pero no para la justicia social.

(Alrededor de Gadamer)

La herejía es un estado de elección. Significa que se tiene la libertad de elegir y vivir como se quiera. Sin embargo, el hereje es perseguido por los fanáticos de todas partes que se niegan a aceptar esa libertad, exigiendo la adhesión incondicional a cada ideología que defienden. La herejía no existirla sin la doctrina "verdadera", ya sea la religiosa o la política, que convierte en ciegos y sordos a los incondicionales seguidores de la "verdad eterna". Además, convierte al hereje en el chivo expiatorio, en el enemigo que hay que destruir para que triunfe sus "verdades" puesto que rebelarse contra ellas es un auténtico crimen.

Definitivamente soy hereje.

§§§§§

La diferencia que existe entre fuerza y poder es la misma que existe entre el gato y el ratón. Atrapado el ratón, puede jugar con él y hacerle creer que tiene espacio y esperanza de liberarse, pero siempre estará en la esfera del poder del gato, bajo su vigilancia y destrucción.

La creencia religiosa conlleva al mismo mecanismo: se está conforme para estar bajo el poder del Dios y continuamente esperan su intervención para corregir o explicar la realidad vivida. Viven en la boca de Dios y en cualquier momento los triturará. Sus partidarios están sedientos de fuerza divina. En eso consiste su fe.

(Alrededor de Canetti)

Lo Divino del “Yo” y el “Nosotros”

Leo una noticia en la CNN y no acabo de asombrarme de la estulticia humana. Después de veinte años de labor sacerdotal, un cura católico renuncia a su carrera en la diócesis de Phoenix por haber confundido el “Yo” con el “Nosotros”. ¿Y dónde está el delito? Dirán algunos. La Congregación para la Doctrina de la Fe del Vaticano lo tiene muy claro. Cuando se bautiza hay que utilizar obligatoriamente el “YO”, personal e intransferible, para que el sacerdote pueda actuar en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El plural “NOSOTROS” no es válido pues indica que es la Iglesia la que bautiza y a través de ella es imposible que se transmita el bautismo. Tamaño despropósito no hay quien lo explique, pero así es.

De modo que el padre Andrés Arango, además de renunciar por mala praxis, tuvo que crear una página web para que todos aquellos que habían sido bautizados por él con la fórmula de “nosotros te bautizamos”, volvieran a bautizarse porque estaban en peligro de pecado mortal y a las puertas del infierno. Si el bautizo no era “legal”, tampoco los serían los demás sacramentos que exigían haber sido bautizados. Las Confirmaciones, Confesiones, Penitencias y Eucaristía y, sobre todo, los Matrimonios, no son válidos. Un desastre total para la comunidad de creyentes a la puerta del Purgatorio o del Infierno. El caso más grave representa la extremaunción realizada por el padre Andrés. Esas almas están descarriadas y obligadas a vagar eternamente por culpa de un bautismo mal realizado. ¡Que desgracia más grande!

Siguiendo la misma lógica, el bautizo colectivo de los indígenas en los albores de la conquista española, tampoco lo son al igual que todos los que han muerto sin las debidas ayudas espirituales católicas. De modos que todas esas almas descarriadas se encuentran merodeando y deambulando entre nosotros. Tened cuidado, que las más malvadas han encontrado la forma de reencarnarse. Y además se presentan a las elecciones.

¿Una Oración por Colombia? ¡¡¡Pero si en Colombia Todo el Mundo se Mantiene Orando!!!

Rezan los traficantes para que sus paquetes lleguen a su destino. Reza el político para salir elegido. Reza el elegido para que sus componendas den sus frutos. Reza el funcionario para que su corrupción no se descubra. Reza el empresario para que hacienda no lo descubra. Reza el empleado para que no le echen del puesto. Reza el ama de casa para llegar a fin de mes. Cuando llueve rezan todos para evitar las inundaciones, las tormentas y los rayos.

Rezan los malos estudiantes para sacar buena calificación. Rezan los enamorados para que el objeto de su deseo le corresponda. Rezan los sicarios para lograr su crimen. Rezan los enfermos para ser curados. Toda Colombia es una oración para que les toque la lotería. Reza el ejército para alcanzar su victoria sangrienta sobre los terroristas. Rezan los terroristas para ser ellos los victoriosos. Etc.

Toda Colombia es un rezo continuo y desproporcionado. Todas las iglesias y lugares de culto están llenas de gente rogando, orando, suplicando, pidiendo favores especiales, milagros y otros amparos que creen merecer por encima de los demás. Se reza a todos los santos, beatos y mártires; a las once mil vírgenes, a Cristo y a sus clavos, a la sábana santa y a cuanta reliquia aparezca por muy inverosímil que sea. ¡Incluso se llega a rezar a Dios!

¿Pero que busca la gente cuando reza?

Una sola cosa: que las leyes del universo, de la física, de la química, que el conocimiento humano alcanzado hasta ahora, se detenga, no funcione, se aparte, se olvide, no actúe... en beneficio del egoísmo del peticionario.

No hay un comportamiento humano más rastrero que creerse superior a los demás y es lo que hacen los oradores y rezaderos. Rezan por la salvación de su alma y no de los próximos o vecinos. El futbolista quiere que Dios o sus secuaces se ocupen de su gol por encima de los demás que piden lo mismo. El que reza quiere tener privilegios y cree que los merece más que el resto de la humanidad. ¿Para qué sirve un Dios o una religión que no hace milagros y no responde a las oraciones?

Eres tú pequeño y miserable hombre que crees que un ser superior (si existe) se va ocupar de tus devaneos y de tus peticiones confusamente indignas.

Menos oración y más Educación. Es lo único que salvará a Colombia y entre menos las religiones formen parte de esa Educación, mejor nos irá. Seamos racionales y no es por milagro que la paz llegará a nuestra querida Patria.

El Homúnculo Divino

Para la gran mayoría de las personas, las navidades son días de holgorio, bailes, comilonas y regalos, especialmente para los niños que disfrutaban del Niño-Dios, de Papa Noel, del Árbol de Navidad y además, los más afortunados, de los Reyes Magos. Pero para los creyentes y fanáticos religiosos, la Navidad es otra cosa. Al menos lo fue durante toda la edad media, la moderna y la contemporánea. Cuando el emperador Constantino reunió en el año 325, a las Iglesias católica, ortodoxa, copta y reformada, no se imaginaba los problemas teológicos que ocasionarían las decisiones tomadas en el primer Concilio de Nicea. Al decretar como primera Doctrina y Dogma de la Iglesia, que Jesucristo era el hijo de Dios y al mismo tiempo, Dios mismo y, además, Espíritu Santo, tres entidades en uno, crearon el primer Sigma de la iglesia y generaron interminables debates, conflictos y dudas teológicas que duraron dieciséis siglos.

Si Jesucristo era Hijo, Dios y Espíritu Santo a la vez ¿Qué era María? ¿Madre del hijo de Dios? ¿Madre de Dios y del Espíritu Santo? ¿Tuvo a su hijo como todas las mujeres? ¿Qué características tendría que tener la madre de Dios? Todas esas dudas quedaron resueltas en el tercer Concilio del año 435, en Efeso, proclamando el primer Dogma Mariano llamado Maternidad Divina: María era Madre de Dios encarnado en Jesucristo. Muy bien, dijeron los teólogos, pero entonces ¿Cómo y de qué manera engendró María a Jesús? ¿Tuvo un parto normal y corriente? La duda la resolvió otro Concilio en Constantinopla en el año 553: la Madre de Dios nunca pudo conocer a un hombre ni engendrar de un semen humano. Nunca parió con dolor y siempre fue virgen antes y después del parto. Este segundo Dogma Mariano, fue ratificado por el Papa Paulo IV en 1555.

Muy Bien, dijeron los teólogos, pero entonces ¿qué naturaleza tenía María para ser elegida como Madre del Dios humano? ¿Cómo debía ser y comportarse una mujer elegida para tan noble causa? De nuevo, un tercer Dogma Mariano resolvió las dudas. El Papa Pío IX en 1854, proclamó: María, como madre de Dios, fue preservada de toda mancha de pecado desde su nacimiento. Todos nacimos con el

pecado original, menos ella. Todos cometemos pecado menos ella. Su nacimiento fue excepcional. A este tercer Dogma se le llamó la Inmaculada Concepción de María. Muy Bien, dijeron los teólogos, pero con esas características tan extraordinarias, María madre de Jesucristo, de Dios, virgen e inmaculada, no podía morir como los demás humanos, ni mucho menos su cuerpo podrirse en una tumba. De modo que debía subir a los cielos en cuerpo y alma. Este cuarto Dogma Mariano se le llamó la Asunción de la Virgen María y fue proclamado por el Papa Pío XII en 1950.

Los cuatro Dogmas Marianos no resolvieron todas las dudas teologales suscitadas para determinar la naturaleza de María, la única mujer que parió un niño sin dolor, fecundado en útero intacto. ¿Cómo pudo formarse el feto sin semen? Santo Tomás resolvía el problema pensando que, en el momento de la concepción, el cuerpo de Jesús apareció completamente formado. Pero creaba una nueva incógnita. Si no sufrió gestación normal ¿de qué material estaba hecho el cuerpo de cristo, su sangre, su carne...? En el siglo XV, el Obispo Tostado resolvió la duda. La sangre del niño era únicamente sangre menstrual de María. Al principio, el niño era un ser diminuto que, gracias a la menstruación de María, poco a poco fue aumentando de tamaño en su vientre. Pero entonces, sin quererlo, la Iglesia convirtió el nacimiento de Jesús en la creación de un homúnculo, es decir, un hombre artificial creado por alquimistas.

Quedaba el problema del alma. Algunos teólogos pensaban que el alma se introduce en el neonato cuando está completamente formado. Otros, que el alma se introducía en el momento de la concepción y crecía al mismo tiempo que el feto. Y finalmente, otros pensaban que el alma se introducía cuando el niño nacía y emitía su primer grito. Entonces, la polémica surgía para saber en qué momento Jesús tuvo alma al no ser plenamente humano. Era un homúnculo omnisciente, es decir, un minúsculo hombrecito plenamente formado que conoce toda las cosas reales y posibles.

El intento de justificar el milagro del nacimiento de Jesús de forma racional, ocasionaba soluciones aún más peores. Como dijo Goya, el sueño de la razón produce monstruos. Es mucho más simple aceptar los milagros como lo que son, inexplicables y solo creíbles con la fe del creyente. Es la única manera de disfrutar de las navidades, del pesebre, de los villancicos, de los regalos y demás aditamentos que divierten el espíritu humano, al que han acostumbrado a gozar en ciertas épocas del año. Como el perro de Pávlov, salivamos cuando se acercan esas fechas. ¡A divertirse que es gratis!

Del Villano al Villancico

El villancico (canto de villanos) nació en el siglo XV en medio de los campesinos explotados por los señores feudales. Al principio, los villanos entonaban canciones amorosas, cortesanías y picantes, llamadas Ensaladas, Romances. Después, se desviaron a temas religiosos y de liturgia llamados Chanzonetas, Pastorales y Villancicos para Navidad. El uso de lenguaje llano es uno de las características principales de las letras de estas canciones.

En América latina, el villancico tuvo bastante éxito y existen canciones escritas en lenguas indígenas (nahuatl, zapoteca...), y en lenguas y jergonzas que supuestamente hablaban los esclavos, los gitanos, los pardos... Todas estas versiones en la Colonia, fueron conocidas por “Villancicos de Remedo” para diferenciarlos de los que consideraban los verdaderos, cantados en lengua castellana. Si bien es cierto que los inventados en la península ibérica, llegaban fácilmente al nuevo mundo, los “Villancicos de Remedo” no viajaban fácilmente y solo se quedaban en las zonas donde fueron inventados.

Los villancicos cumplieron con un doble papel, por un lado, su lenguaje sencillo y “vulgar”, facilitaba que el pueblo analfabeto comprendiera ciertos misterios litúrgicos y, por otro lado, su música festiva y simple, acercaba a la población a las celebraciones religiosas, ayudando a la evangelización y consolidando a los frailes en sus quehaceres católicos y menos católicos. La mayor parte de la producción del siglo XV, XVI y XVII en la Colonia Americana, se perdió definitivamente debido a dos reglas que existían en aquel momento: ninguna música y canción que no estuviera en latín, podía ser copiada o impresa y, segunda regla, ninguna canción, fuera del latín, podía ser cantada dos veces en las Iglesias. De modo que, constantemente, para las fiestas religiosas, se estaban inventando nuevos villancicos.

Estas reglas ocasionaron que los compositores (letra, música y canto) de origen indígena, negra y gitana, fueran seleccionados por los eclesiásticos para estar inventando constantemente los villancicos. Se les pagaba en especie, su manteni-

miento corría por cuenta de la parroquia y estaban exentos de impuestos. Estos privilegios ocasionaban problemas con los encomenderos y amos de esclavos, que los acusaban de perezosos y subversivos. Decían que, separarlos de sus oficios manuales, era atentar contra la economía colonial y las arcas de la Corona.

Pero el poder la Iglesia era mayor y en zonas de “República de Indios”, la evangelización debía contar con ellos obligatoriamente. Estos músicos de “remedo” parroquiales, diferían de los músicos de las grandes ciudades y catedrales donde las grandes familias españolas colocaban a sus hijos y parientes por los grandes beneficios que otorgaba el puesto. Sin embargo, lo fastuoso y la calidad de la música parroquial, no tenían que envidiar a la de las catedrales, según los estudiosos del tema.

Dentro de los “Villancicos de Remedo”, los inventados por los esclavos negros fueron el subtipo más importante. Tal vez por la forma de hablar, los dialectos, la mezcla musical, las palabras africanas o una combinación de varios factores, estas canciones tuvieron un éxito tremendo. En las poblaciones esclavas existían “cofradías” que planificaban la forma en que participarían en las fiestas religiosas y en la composición de los villancicos dedicaban mucho tiempo. Sus letras impresionaron a los poetas blancos (entre ellos a Sor Juana de la Cruz) que empezaron a componer siguiendo su música y forma de hablar.

En memoria de esos “Remedos”, recordemos un Villancico de negros, cantados en su propio dialecto:

Una cáfila de neglos
 al son de sus atambores,
 cantaron aquestos versos
 aunque neglo samo,
 caravalí gente samo.
 Cumbé, cumbé
 que jelofo venimo
 ye, ye.
 Ola, monicongo.
 ¿Qué quele, mandinga?
 Mandamo musorro,
 si nace Jesús de Malía,
 hacella uno fiessa
 li galantelía.

Y así nacieron y así se olvidaron. Que sus recuerdos acompañen las festividades de esta noche de navidad. Un abrazo a todas y todos.

La Eterna Salvación

La pareja de veinteañeros se subió al autobús mientras el chico hablaba constantemente. Se sentaron frente a mí y sin tener en cuenta a los que les rodeaban, él siguió hablándole a ella de cuestiones religiosas. Vestían modestamente con la moda que utilizan normalmente los evangelistas domingueros. No me interesaba lo que decía hasta que un momento dado, el chico pronunció una frase que llamó mi atención:

- ¡Lo dice el Libro! Y no cualquier libro, ¡lo dice la Biblia! ¡La Biblia! y así debe ser...-

Y al pronunciar tal frase sus ojos se iluminaron y el rostro adquirió un rictus de seguridad extrema que denotaba la verdad de lo que anunciaba. Fue eso lo que me llamó la atención. Esa fe inamovible en lo que decía su libro sagrado. Mientras él seguía con su perorata bajo la atenta mirada de su compañera, valoré la intención de intervenir y decirles varias cosas. Decirle, por ejemplo, que el relato de Noé y el Diluvio esta copiado íntegramente del Poema de Gilgamesh. Que el Pentateuco no había sido escrito por Moisés, ni los Salmos por el rey David. Que, debido a la larga residencia del pueblo judío en Egipto, adaptaron y transformaron la mitología egipcia a los relatos bíblicos. Que existen figuras retóricas y metáforas como la inmaculada concepción, así como el ejército de seres sobrenaturales, ángeles y demonios. Que con lo que sabe actualmente sobre la evolución, es imposible creer en Adán y Eva y que las diez plagas de Egipto probablemente fueron desastres naturales. Quise decirles tantas cosas, pero el mecanismo de prudencia interna me lo prohibió.

Hacia poco tiempo había tenido una controversia en casa de un gran amigo. Su hermano judío ortodoxo de lecturas diarias y ridículos peyes que cumplían con el mandato bíblico, defendía todo lo que leía en la Tora como la verdad revelada y eterna. No admitía nada en contra. Era el mismo comportamiento que encontraba en los católicos fanáticos creyendo, a pie y juntillas, todo lo que dice el cura en el sermón. No hay forma de penetrar ese admirable muro de certeza que les brinda

una paz y tranquilidad a sus vidas. Nada les puede pasar pues se encuentran bajo protección divina. No hay forma de dialogar y es una pérdida de tiempo.

Desde niños le han enseñado a creer y a no hacer preguntas. Que la felicidad eterna se encuentra detrás de una de sus páginas. Pero la gran mayoría no ha leído la Biblia y o leen segmentos escogidos por otros. Sus creencias en la palabra divina les impide ver que el Antiguo Testamento es un libro que destila sangre por todas partes y que habla de un Dios sediento de venganza, intolerante, que ordena masacrar mujeres, niños y animales, en un genocidio de locura para todos aquellos que no creen en El. Que el dios bíblico se comporta de la misma manera que los dioses griegos y romanos: juegan con los hombres a su antojo y les ordenan cometer acciones criminales y amorales para el goce divino. La Biblia no es la palabra de Dios, al menos del dios en el que creen.

La verdad es que me da igual en lo que creen los fanáticos religiosos. Pero por alguna razón, muchos conocidos entre más años cumplen y ven el fin próximo, se creen en la obligación de compartir su búsqueda de salvación eterna contigo y te llenan de citas y oraciones. Todos los muertos van al cielo (ni más faltaba) el perdón de la extremaunción les abre la puerta, nadie piensa en el infierno.

Siento envidia de la paz interna que tienen los creyentes religiosos. No dudan y tienen su firme verdad que les libera del esfuerzo y del peligro de seguir pensando. Sin embargo, interfieren en tu vida presente y futura cuando esa masa de fanáticos y en época de elecciones, siguen las consignas políticas de curas, pastores y líderes religiosos, que, en componendas y cambalaches, negocian con la cándida aureola de los idiotas o santos.

§§§§§

Casi tres siglos de antigüedad y el Testamento sigue actualizado

La fuente, queridos amigos, de los males que os abruma y de las imposturas que, por desgracia, os tienen atrapados en el error, así como presos de la inconsistencia de la superstición, colocándolos al mismo tiempo bajo las leyes tiránicas de los poderosos de la Tierra, no es más que esa odiosa política ejercida por ciertos individuos. Pues unos quieren ejercer su injusto dominio en todas partes mientras otros quieren darse una vana reputación de santidad, y a veces incluso de divinidad. Y para ello unos y otros se sirven no sólo de la fuerza y la violencia, sino que emplean también toda clase de trampas y artimañas para seducir a la buena gente a fin de conseguir más fácilmente sus propósitos.

De tal manera, que todos estos taimados políticos han abusado de la debilidad, la credulidad y la ignorancia de los más débiles y los menos despiertos para hacerles creer lo que han querido. Luego les han obligado a recibir con respeto y sumisión, de grado o por fuerza, todas las leyes que les ha dado la gana. De esta forma, unos se han hecho honrar, respetar y adorar como auténticas divinidades, o al menos como personas inspiradas por la divinidad, a fin de que la gente creyese que lo enviaban los dioses, con lo que así podían imponer su voluntad más fácilmente. Otros se han hecho ricos, poderosos y temibles en el mundo, y habiéndose vuelto, gracias a todo tipo de artimañas, lo bastante ricos y poderosos y lo bastante venerables o intimidadores como para que todo el mundo los temiese y obedeciese, han conseguido sojuzgarlo bajo sus leyes. Cosa que se ha visto favorecida por las divisiones, las querellas, los odios y las animosidades

particulares existentes habitualmente entre los hombres, porque, como poseen temperamento, ingenio e inclinaciones muy distintas, no logran convivir durante mucho tiempo sin malquistarse o caer en la discordia.

Y entonces, los que son o se encuentran más fuertes, los más osados, e incluso los más sagaces, los más arteros y los peores, se aprovechan de las desavenencias y discordias existentes en el vulgo para convertirse con mayor facilidad en sus señores absolutos.

Ahí está, amigos míos, la verdadera fuente, ahí está el verdadero origen de los males que perturbaban el bien dentro de la sociedad humana y que hace que los hombres sean infelices.

Ahí están, igualmente, la fuente y el origen de los presuntos símbolos santos y sagrados del orden y el poder eclesiástico y espiritual, que sacerdotes y obispos se atribuyen a vuestras expensas sólo para despojaros astutamente de unos bienes temporales incomparablemente más reales y sólidos que los que os estarían ofreciendo aparentemente bajo el nombre de bienes espirituales y de una gracia que tendría supuestamente carácter divino. Así también, so pretexto de conducirnos al cielo y procuraros la felicidad eterna, os impiden gozar tranquilamente de cualquier bien en la Tierra. Por último, os reducen a sufrir en esta vida, la única que tenemos, las penas de un infierno, éste sí absolutamente real, con el pretexto de preservaros en la otra vida, una vida que evidentemente no existe, de las penas imaginarias de un infierno también inexistente.

Como no existe tampoco esa vida eterna sobre la que tratan de alimentar vanamente —para vosotros, aunque para ellos no sea tan inútil— tanto vuestros temores como vuestras esperanzas. Y como esta clase de gobiernos tiránicos no puede existir si no es aplicando los mismos medios y principios con que fueron establecidos, resulta muy peligroso combatir los principios generales de la religión, así como las leyes fundamentales del Estado o la república. De ahí que no haya que extrañarse de que las personas más sabias e instruidas se sometan y acaten las leyes generales del Estado, por injustas que sean, ni de que acepten, al menos en apariencia, los usos y prácticas de una religión que dan por buena, pese a que, en el fondo de ellos mismos, reconozcan su inconsistencia y los muchos errores que contiene. Ya que, por mucha repugnancia que les dé pasar por el aro, les resulta, sin embargo, más útil y ventajoso vivir tranquilos conservando lo que tienen que exponerse voluntariamente a la perdición en el caso de que se opusiesen a una masa tan considerable de errores o de que se resistiesen a la autoridad de un soberano que quiere convertirse en el dueño absoluto de todos.

A todo esto hay que añadir que los soberanos no pueden mantener por sí solos el Estado, es decir, mediante su solo poder y su sola autoridad personal, ni tampoco pueden gobernar por sí solos sus reinos e imperios, debido obviamente a la propia extensión de los mismos, lo que les lleva a multiplicar el número de oficiales, intendentes, virreyes, gobernadores y muchísima otras personas a las que pagan generosamente, eso sí, a expensas de sus súbditos, para que velen por sus intereses, mantengan su autoridad y hagan que se cumpla su voluntad en todas partes. Consiguiendo con ello que a nadie se le ocurra resistirse ni enfrentarse abiertamente a una autoridad tan absoluta, pues se expondría al peligro manifiesto de perderse. Por eso, los más sabios e instruidos se ven forzados a permanecer en silencio, a pesar de ser testigos de los abusos, los errores, los desórdenes y las injusticias que cometen gobernantes tan odiosos y perversos.

Añadid a esto las miras y deseos particulares de quienes detentan cargos grandes, medianos y

pequeños, sea en el estado civil o en el eclesiástico, así como los de quienes aspiran a tenerlos. Entre ellos no hay nadie que no piense en su propio beneficio y en las ventajas que puede obtener, antes que en el interés público.

(Jean Meslier, cura de Etrépigny y de Balaives: memoria entregada a sus parroquianos después de su muerte. 1729. Traducido por mí)

Las “Bujarronas” del Siglo XVII

En 1601, Inés de Santa Cruz de 35 años, perteneciente a una de las mejores familias vallisoletanas y cuya familia había otorgado una buena dote, fue nombrada Priora del Monasterio de Sancti Spiritus, al que había entrado como monja. Al mismo tiempo, entró a trabajar como sirvienta Catalina Ledesma de 20 años, analfabeta y casada en Ciudad Rodrigo. Según declaración posterior, al no haber camas disponibles, Inés brindó su lecho a Catalina y desde aquella noche durmieron juntas. Y entonces, “la una con la otra empezó a retozar y a besar y a decirse palabras amorosas para encontrarse a lujuria diciéndole la dicha Catalina a esta mi alma mi vida quieres joder y con esto esta se subía encima de Catalina como hombre abriendo a la susodicha su natura y vergüenzas y ésta la subía y pegando la una con la otra hasta que descargaba esta confesante la simiente dentro de la natura de la dicha Catalina”, según consta en el acta de confesión de Inés.

La ley que condenaba a los hombres por el delito de sodomía, también incluía a las mujeres en especial cuando una mujer cometía con otra “coito contra la naturaleza”. Sin embargo, pese a que la sodomía femenina se castigaba como un grave pecado, era un delito menor a la sodomía entre hombres cuyos actos perturbaban el orden natural de las cosas en mucho mayor grado y debían sufrir la muerte bajo las llamas purificadoras. El coito entre mujeres sufría una pena menor y muy a menudo los tribunales delegaban estos casos en los obispos locales. Sus penas podían agravarse si en sus actos sexuales utilizaban “aliquo instrumento virginitas violetur”.

De modo que cuando acusaron a Inés y Catalina, de que se “...trataban una con la otra carnalmente como hombre y mujer poniéndose la una debajo y la otra encima”, les siguieron un proceso en donde intervinieron las influencias de la familia Santa Cruz y solamente fueron condenadas a ser desterradas de Valladolid y expulsada de la comunidad. Inés y Catalina se instalaron en Salamanca en una casa de sus padres. Inés se vistió de beata, con hábito religioso, “un monjil negro y una toca limpia” y se dedicó a recoger mujeres perdidas en su casa para ponerlas en estado o casarlas y proporcionarles modo de vivir. Pedía limosna en nombre de

su convento para realizar obras benéficas.

Pero en 1603, volvieron las acusaciones contra ellas. Los vecinos las acusaron de estar demasiadas unidas. En el nuevo proceso abierto por la Inquisición, Ana Martín, criada del padre de Catalina, declara que "...ha visto estando en casa de su amo una noche...que las susodichas dormían juntas en una cama [y] después de muertas las luces oyó ruido en la cama donde dormían...y oyó que estaban la una a la otra besando y abrazando diciendo mi alma y mis ojos y otras muchas palabras que provocaban a lujuria y esta imaginó q[ue] se estaban conociendo la una a la otra carnalmente y así se puso a escuchar con mucha atención lo que hacían y oyó y entendió realmente que estaba la una encima de la otra que a lo que parecía la dicha Catalina estaba debajo e Inés encima de ella y oyó que estaban jadeando y acezando haciendo con el aliento ah ah ah como que estaban cansadas y en aquel acto de conocerse carnalmente...y le pareció muy mal por ser una cosa tan fea y abominable”.

En esta ocasión y a pesar de las componendas de su familia, las sentenciaron a doscientos azotes. A Catalina la obligaron a buscar a su marido en la ciudad mirobrigense y cohabitar con él. Fuese a Ciudad Rodrigo y habiendo ido, no lo halló. Entonces retorna y se vuelve a juntar con Inés Santa Cruz y gracias a su dinero, pudieron vivir en otras ciudades como Astorga y Arévalo. Hasta que volvieron a Valladolid donde, de nuevo, la Inquisición las condena en un tercer proceso por “bujarronas”.

Las relaciones de la pareja fueron borrascosas. Inés, mujer inteligente, calculadora que sabía cómo manipular a la Inquisición, también dominaba a la ingenua Catalina de la que estaba completamente enamorada. Su pasión la llevaba a celos desmedidos con amenazas, malos tratos e intrigas. Cuando la Ledesma huía de ella y se contrataba como sirvienta en casas de familias honestas, Inés la difamaba tratándola de puta y ladrona y entonces, “...la metía en algún aposento y allí la beata la messaba de los cabellos y golpeaba y la daba puñadas y araños y la hacía otros malos tratamientos haciéndola señales y desollándosela...y otra vez la descalabró dándole heridas...y le hizo muchos araños y le rasgó una oreja...y que se alborotó todo el barrio y la vecindad y llegaron las vecinas a ponerse por medio y a quitarla a esta confesante de las manos de la dicha Inés...y otra vez le dio en una pared y la dejaba arañada y andaba siempre acardenalada de los malos tratamientos que le hacía...”. Y cuando la acababa de castigar, “la halagaba abrazándola y besándola y haciéndola otras muchas caricias, haciéndola regalos y amores y también otras dos o tres veces trajo pasteles y empanadas y juntas y solas se iban a comerlas a las huertas”.

En 1606, después de una paliza, Catalina, acompañada de una vecina, fue a denunciar los hechos a la Cancillería, pero no le hicieron caso y solo le aconsejaron que se alejara de ella. Según declaraciones de vecinas, Catalina era “una mujer de buena gracia la cual decía “... que no quería ir con ella y sobre esto se trataron a palabras riñendo muy mal diciéndose muy feas palabras...se llamaban entre otras palabras sodomíticas bujarronas y que la dicha Inés decía a la dicha Catalina que era una puta traidora sin ley de Dios y que mientras ella viviese no había de consentir que ofendiese a Dios...y que era una puta bellaca y para qué se amancebaba con un hombre casado que le quitaba el sustento a su mujer e hijos que mejor era estar con ella pues que la tenía en su casa como mujer honrada y la vestía y calzaba y daba de comer y todo lo que había menester y...Ledesma respondía que más quería estar amancebada con ciento y veinte

que no estar con la beata porque la trataba mal y...Ledesma decía a la beata que era una somética y que la tenía perdida muchos años había que no hacía vida con su marido por amor de ella y que la había comido su hacienda y que por amor de ella la habían azotado...”.

El mayor escándalo que las llevó al patíbulo de la Inquisición sucedió dentro de una Iglesia donde Catalina estaba rezando y al acercarse un hombre para hablar con ella, Inés violentamente sacó un cuchillo gritándole “... puta bellaca este cuchillo traigo para cruzaros la cara y os la tengo de cruzar aquí y hubo muy grande escándalo y alboroto entre la gente que estaba en la dicha iglesia por ver el atrevimiento que había tenido Inés beata y Catalina salió de la dicha iglesia huyendo de ella...temiendo a la dicha Inés la cual echó a correr tras de esta confesante con el dicho cuchillo en la mano diciendo puta probada lleváis rufianes a las huertas para que os hagan tal cosa diciéndolo por palabras sucias y deshonestas.”

El tribunal de la Inquisición, después de torturarlas destrozándoles las manos y los ojos para hacerlas confesar; después de escuchar a 13 mujeres que no pudieron firmar sus declaraciones porque eran analfabetas, las condenaron “...a que de la cárcel pública donde están presas sean sacadas en dos bestias menores de albarda atados pies y manos y con soga de esparto a la garganta y con pública voz de pregonero que manifieste sus delitos sean llevadas por las calles públicas acostumbradas de esta ciudad hasta llegar al teso que está fuera de ella sitio y lugar acostumbrado para semejantes delitos donde mandamos se pongan dos palos grandes y en ellos puestas las dichas Inés de Santa Cruz y Catalina de Ledesma donde se les dé garrote hasta que naturalmente mueran y luego mandamos que les sea hecha una hoguera a donde a las susodichas sean quemadas en llamas de fuego conforme a la ley del Reino”.

La familia Santa Cruz apeló la sentencia y en 1625, Felipe IV las perdonó. Pero sus vidas ya estaban destrozadas física y moralmente. Nunca más se supo de ellas.

(Adaptado de F. Garza Carvajal (ed.): “Las Cañitas. Un proceso por lesbianismo a principios del XVII”. Palencia, Ediciones, 2012 – Documentos originales del Archivo de Simancas. Primer juicio que se conoce por lesbianismo de la Inquisición)

Recuerdos Tiempo Pascual

Mi hijo Sergio nació en París y nunca tuvo educación religiosa, ni en el Jardín de Infantes, ni en la educación posterior. En Francia se prohíben manifestaciones religiosas en las vías públicas y la religión no forma parte de la educación pública. La laicidad del Estado es un valor republicano que hasta los católicos defienden. Tuvo conocimiento de las costumbres religiosas cuando nos trasladamos a España. Además, aprendió historia de las religiones, escuchando nuestras explicaciones cuando visitamos las diferentes iglesias y catedrales de Europa. Supo de las sectas perseguidas, como los Cátaros, visitando el sur de Francia.

Pero a sus cuatro añitos desconocía lo que representaban las procesiones religiosas de Semana Santa. Estando en León, veíamos desfilar los “pasos” con las figuras que representaban el vía crucis de Cristo. Lo tenía sobre mis hombros y noté entonces que el niño se entusiasmaba y aplaudía cada vez que pasaba uno. En mi mente empecé a montar un discurso de explicación para hacerle entender de que trataba todo ese espectáculo, cuando me sorprendió con una pregunta y una mirada ilusionada: - Papá, ¿cuándo pasa Asterix? –

Entonces comprendí de inmediato que lo único que retenía del desfile de las figuras sobre los hombros de los cofrades, eran los soldados romanos que asoció a las grandes aventuras de Obelix y Asterix, sus comics preferidos.

En España se encuentran las manifestaciones más tradicionales ligadas al catolicismo más conservador, con toda la parafernalia que representa la tradición de Cofradías y fanatismo. Sin embargo, descubrí muy pronto que no se trata de fe cristiana, sino de adhesión cultural a una tradición familiar. Muchos amigos sevillanos, paganos irredentos en París, no se perdían el reencuentro con sus amigos y familiares en las fechas sagradas de Andalucía: la Feria de Abril y la Semana Santa. La primera para celebrar todo el día “a calzón quitao” y la segunda, solamente en las horas que quedaban después de quitarse el disfraz de nazareno.

En León existen dos tradiciones paganas muy enraizadas en la tradición del tiempo pascual. Todos los bares fabrican una bebida alcohólica con limón y salir a

tomarla, a cualquier hora del día, se llama “matar judíos”. La otra ha trascendido internacionalmente y atrae turistas curiosos. Se trata del “Entierro de Genarín”.

El jueves santo, la gran “Cofradía de Nuestro Padre Genarín”, compuesta de grandes intelectuales y cuya pertenencia se logra por cooptación, celebra todo el día, comida y cena incluida, un acto de recuerdo de la muerte de un bohemio, borrachín, empedernido jugador y amantes de burdeles, que murió atropellado por el camión de la basura mientras hacía sus necesidades al pie de las murallas de la ciudad. Durante todo el día se leen poemas y discursos elogiando la bebida, la bohemia y una Encíclica que narra la actualidad de la ciudad de forma satírica. Luego de las procesiones cristianas y en la noche, la Cofradía desfila por las calles hasta llegar al sitio de su muerte, donde, con grandes discursos, depositan un garrafón de orujo y un jamón que cuelgan de la Muralla antigua.

He participado muchas veces de esta procesión folclórica que atrae a cerca de treinta mil visitantes, convirtiéndose en la procesión más concurrida. Con la pandemia, todo se ha cancelado. Todas las procesiones y las reuniones de más de cuatro personas están prohibidas. Los Cofrades de Genarín se han comprometido a tomarse una copa de orujo en su memoria y comunicarse con sus miembros internacionales a través de internet. Las tradiciones hay que mantenerlas.

La primera vez que visité España estaba recién llegado a París. Fui invitado por unos amigos a la finca de sus padres en Córdoba durante unas vacaciones de Semana Santa. Eran varios hermanos y, además, otros primos. Todos ellos jóvenes como yo. Hacía mucho calor a pesar de que estábamos en abril.

Alrededor de la piscina y animados por las cervezas, se entablo una acalorada discusión no recuerdo porque motivo. Pero fue la primera vez que escuche las fuertes maldiciones y blasfemias que acostumbra a decir los españoles. “¡Me cago en Dios!”, “¡Me cago en la Ostia!”, “¡Me cago en la Virgen!” y otra sarta de imprecaciones que se decían naturalmente entre ellos. Personalmente fue un choque cultural escucharlos de tal guisa.

Pero como siempre me adapto rápidamente a las situaciones, empecé a inventarme mis propios juramentos. En las discusiones, comencé a decir “¡Me cago en el prepucio de San José!”, “¡Me cago en el escroto de San Juan!”, “¡Me cago en el tãmpax de la Virgen!” ante la asombrada mirada de mis interlocutores que empezaron a reírse de mis inventos. Eso dio pie para aclarar como la forma fuerte y la particular habla del español, podía chocar con el habla en Latinoamérica.

Sin embargo, reconozco que existe un insulto muy apropiado y que llena completamente la garganta y la boca cuando se pronuncia: “¡Gilipollas!”. Siempre he quedado satisfecho cuando se lo grito a quien se lo merece. ¡Y tan a gusto oye!

Un Cuento Diabólico

Todo el mundo sabe (si no lo saben se los digo ahora), que Lucifer, el Príncipe de las Tinieblas, el hijo de Dios expulsado del cielo, contaba con un gran ejército de Diablos que, gracias a su potestad, podían moverse en el mundo entero y, además, imponerle al mismo Dios, reinos geográficos del mal, bajo la soberanía del poder demoniaco. El mundo terráqueo era el campo de batalla en donde actuaban las potencias sobrenaturales, Dios y sus ángeles, Satanás y sus demonios. En las regiones dominadas, Belcebú ejercía autoridad absoluta, soberana y feudal, con costumbres infernales como el canibalismo. Esta era la versión teológica que primaba en la Edad Moderna para las regiones de África en manos de las tribus aborígenes, pero, sobre todo, la versión que tenían los católicos y puritanos sobre los habitantes del Nuevo Mundo, en donde Satán campaba a sus anchas.

Gracias a la infinita misericordia de Dios, los europeos llegaron a América para acabar con el asentamiento de los diablos y recuperar para su gloria, esta pobre población que se encontraba corrompida colectivamente. Pero los indígenas, ayudados por el Maligno, no querían ser salvados y luchaban, por ignorancia, en contra de la salvación eterna. De modo que a pesar de enseñarles “la verdad”, volvían tercamente a las idolatrías de sus cultos prehispánicos. Sin querer, la teología demoniaca de aquel entonces, convirtió a los indígenas en hombres de pleno derecho y con almas que salvar, pues si los habitantes del Nuevo Mundo no fueran hombres, Satanás no tendría ningún interés en ellos. Por lo tanto, sus almas eran tan valiosas como las de los europeos. Por esa razón, la colonización fue un acto épico de liberación, una cruzada espiritual que justificaba la dominación española. El exterminio de los aborígenes estaba justificado por la extinción de los idolatras y herejes, la extinción del mal.

Para mayor desgracia de los frailes, a los demonios americanos se le juntaron los demonios africanos cuando llegaron los esclavos. Entonces Mandinga, Oddua, Alosi, Ogún y otros diablos africanos, se juntaron con los Ayacuá, Candinga y demás leviatanes autóctonos, para impedir que el cristianismo triunfara y la virgen María llegara a América a buscar la paz.

Para evitar que Satanás siguiera reinando en estas nuevas tierras, la violencia contra los indios se hizo necesaria y, gracias a ella, lograron finalmente imponer la verdad salvadora. Pero Satán que tiene sus recursos particulares, hizo que los indígenas y esclavos negros, aceptaran el cristianismo y lo transformaran a su amaño, adaptándolo a sus propios ritos. Era un fenómeno bien conocido por la teología de la época llamado el “Mono de Dios”, el gran imitador que hace parodias de la santidad católica. El clero dudaba de la verdadera conversión de los indígenas y esclavos y constantemente establecían controles para comprobar la religiosidad de los nuevos conversos. El arma disuasoria se llamaba inquisición.

Resumiendo, antes del descubrimiento por los europeos, el Nuevo Mundo era territorio de Satanás y sus diablos, donde imperaba la maldad y la idolatría. Gracias al cristianismo, se pudieron salvar sus almas. Pero el Gran Patas con sus argucias, transformó a los nuevos conversos en “Monos de Dios” y, aunque cumplen con las reglas de la religión católica, siguen impenitentes en sus maldades originarias. Y cinco siglos después, todavía continúan gobernando estas tierras disfrazado de Gamonales, Caudillos, Caciques, Señores de la Guerra, Narcos y Políticos Corruptos. Los grandes simios de dios que comulgan mientras trafican con vidas humanas.

El nuevo Maligno distingue a los ciudadanos buenos de los malos. Los amigos de los enemigos. Designar al enemigo concienzudamente para que todos sepan contra quien se lucha. Los buenos son aquellos que aceptan agradecidos todo lo que se les otorga. Son modestos, humildes, contentos de su condición y de los socorros que se le ofrecen. En cambio, los malos, son aquellos que se quejan por todo. Son enemigos del buen orden, haraganes, mentirosos, borrachos, impúdicos, alborotadores. Necesitan ser castigados. Para ello cuentan con su propia inquisición disfrazados de águilas negras. Los monos de dios siguen funcionando.

La Intolerancia Divina

La gran estatua de Atenea en Palmira ha sido dos veces decapitada por fanáticos religiosos. La primera vez en el siglo IV por enfebrecidos extremistas cristianos que le arrancaron la cabeza, la nariz, los brazos, los hombros y se quedó durante mil cuatrocientos años, perdida entre el polvo del desierto. Los arqueólogos recompusieron cuidadosamente la estatua con los pedazos que encontraron, pero en 2016, la misma furia de fanáticos, esta vez los fundamentalistas musulmanes, decapitaron y mutilaron nuevamente a la diosa. Son actos que se repite muchas veces en la historia de la humanidad.

La intolerancia religiosa, es algo inaceptable desde el punto de vista moral y político, en cualquier época y bajo cualquier ideología que quiera imponerla. No existe justificación. Cualquier creencia que se convierta en fanatismo, se transforma en intolerancia hacia otros pensamientos y otras disidencias. Entonces la violencia física y moral impone la ortodoxia ideológica bajo la disculpa de buscar la salvación eterna.

Hoy día todos los historiadores reconocen que el triunfo de la cristiandad en el imperio romano, ocasionó la pérdida de culturas y civilizaciones enteras. Durante los siglos IV y V, la intolerancia de la iglesia de Cristo arrasó, asesino, masacró, a sangre y fuego, a todo lo que le sonara a pecado, idolatría, herejía y todo lo que representara una ofensa a la nueva religión en auge. Su eslogan era que no existe delito para quienes verdaderamente tienen a Jesús. Profanaron los templos de las divinidades antiguas, demolieron estatuas y quemaron sus santuarios. Destruyeron biblioteca “paganas” y obligaron a huir a la Academia, hasta hacerla desaparecer. Sobre manuscritos antiguos de filósofos se grabaron encima textos religiosos (hoy en día se conocen como palimpsestos). Como dijo San Agustín, hay que extirpar toda superstición de paganos y gentiles.

Muchas guerras intestinas y mucha sangre le costaron a la iglesia católica conseguir consolidar la “única” interpretación verdadera de la Biblia y de la palabra de Cristo, hasta lograr su poder en el mundo occidental. En 1231, Gregorio IX funda la Inquisición como policía interna para combatir las disidencias del clero y unificar el poder del papado. Sin embargo, fue en 1478 cuando Sixto IV, a pedido de

los reyes católicos, permite transformar la organización en una herramienta política a favor del Estado castellano, con el fin de lograr la unificación ideológica cristiana del reino. El primer inquisidor general fue Torquemada quien la dotó de una excelente organización que hizo temblar de terror a todos los que se opusieran tanto a la religión, como al poder político de los monarcas.

La intolerante reina Isabel utilizó la inquisición contra judíos, moros, gitanos y enemigos, creando espías en todo el reino en donde unos acusaban a otros de herejes para alcanzar prebendas o quitarse rivales de encima. Se creó un pueblo fanatizado que se creía superior por el solo hecho de ser cristiano. La destrucción del otro distinto se consideraba puntos a favor para la salvación eterna. Con ese sentimiento interno llegaron los primeros conquistadores a las indias occidentales.

Con el fin de regular la administración de la Colonia, la Corona castellana trasladó la inquisición a América. Le sirvió para apaciguar la lucha de los virreyes, oidores y demás jueces, contra los primeros conquistadores que pretendían mantener sus derechos primigenios sobre las tierras conquistadas.

Por Cédula de 25 de enero de 1569, se crea el Santo Oficio de la Inquisición en el Nuevo Mundo, con sede en Lima. El Tribunal de la inquisición estaba organizada bajo el control de un presidente, dos inquisidores, un fiscal, un secretario, un contador, un alguacil y algunos otros empleados. Sin embargo, lo más importante para que este terrible Tribunal funcionara, eran los espías, los informantes llamados “familiares”, los que procuraban las denuncias. Los objetivos del Santo Oficio era aumentar la santa fe católica, y preservar las provincias de todo error y sospecha de herejía, previniendo que todo el territorio fuera poblado por fieles súbditos y naturales no sospechosos; castigando severamente las depravaciones heréticas y las nuevas sectas en beneficio de Dios Nuestro Señor y aumento de su santa y universal Iglesia.

El primer inquisidor llegó a Lima en 1570 pero el segundo murió en Panamá, camino de Lima, víctima de fiebres tropicales, pero, sobre todo, por las purgas y sangrías que le aplicaron los médicos de la época. Algunos criollos pidieron que se nombrara algunos de los eclesiásticos que ya estaban en la Colonia, consejo que fue rechazado tanto por el inquisidor como por la Corona, debido a que consideraban que estos clérigos estaban contaminados por vicios y malas costumbres adquiridas en la Colonia, especialmente por el concubinato y la cantidad de hijos que dejaban en los diferentes sitios por donde pasaban.

El objetivo inicial del Tribunal del Santo Oficio, era poner orden en la curia criolla, perseguir cristianos nuevos que seguían practicando el judaísmo y todos aquellos sospechosos de herejía y que habían pasado desde Brasil o comprado los expedientes de “limpieza de sangre” exigidos para llegar al Nuevo Mundo. Por el momento, la población indígena la dejaron de lado. La primera acción, después de la grandiosa parafernalia que se montó posesionando al Tribunal, fue recoger todos los libros prohibidos que circulaban y otros, que, a pesar de tener licencias, se consideraron peligrosos para la fe. Los inquisidores entraban en las casas para revisar las bibliotecas y los posibles escondrijos. Después se ocuparon de graves delitos de herejía. Un tal maese Duarte, fue condenado a cien latigazos, porque dijo que la simple fornicación no era pecado. Luego a un Baptista extranjero condenado a perpetuidad por haber dicho varias veces “que no se había de rogar a los santos, ni ellos podían interceder por nosotros”. A otro condenado a oír

misa de rodillas y con una soga al cuello, por ser sospechoso de “morería”. El expediente más complicado fue el de un portugués judío que ya había sido condenado por la inquisición en Sevilla.

Pronto la chismería y la maledicencia empezaron a llenar de expedientes las estanterías del gran Tribunal. Todos querían quitarse de en medio a sus competidores y enemigos. Los “familiares” que se elegían en diferentes ciudades, tenían que cumplir las mismas condiciones de “limpieza de sangre” que un hidalgo. No podían ser ni moros, ni judíos, ni mestizos, por generaciones. Todos los procedimientos eran secretos y ningún acusado conocía a sus acusadores. No había posibilidad de organizar una verdadera defensa. Era un juicio absoluto e irrevocable que sólo podría tener por juez a Dios mismo: juicio final infalible frente a un juicio humano falible. La consigna del tribunal era: "Si tu ojo o tu pie o tu mano derecha te es ocasión de pecado, córtalo y arrójalo lejos de ti" (Mt 5,29-30). El código a aplicar era el de Villadiego: “Tractatus contra haereticam pravitatem”. Todo estaba codificado, instrucciones y catalogación de los delitos, estructuras rituales de la delación y configuración perfecta de la Anatema.

Todos estaban obligados, bajo penas mayores, a comunicar al Santo Oficio si han visto u oído decir que alguna o algunas personas vivas, presentes o ausentes, o difuntas, hayan hecho o dicho cualquier cosa contra la santa fe católica o contra la santa Iglesia romana. O si hubieren hecho o dicho cualquier cosa en favor de la ley muerta de Moisés o realicen ceremonias en su honor o de las malvadas sectas de Mahoma o de Lutero o de otros herejes condenados por la Iglesia. O si saben que algunas personas hayan tenido o tengan libros luteranos, o el Corán o biblias romances o cualquiera de libros prohibidos y reprobados en el catálogo del santo oficio. Etc. Etc.

Para cumplir con su loable función, la inquisición contaba con un catálogo de torturas y herramientas de tortura avalados por el consejo general de la Inquisición. Pero los más empleados fueron tres: la “garrucha»” la “toca” y el “potro”. En la primera colgaban al reo del techo por medio de una cuerda atada a las muñecas y un gran peso en los tobillos. Lo izaban lentamente y lo dejan caer intempestivamente. Las articulaciones sufrían hasta llegar a dislocarse. La toca o “tortura de agua” consistía en el ahogamiento continuo por medio de agua vertida en su boca. El potro, tal vez el más conocido, consistía en tener las muñecas y los pies atados con cuerdas que iban retorciéndose progresivamente por medio de una palanca. Lo importante era que el reo confesara su delito y al mismo tiempo se arrepintiera y pidiera perdón. Justo en ese momento, se le podía condenar a muerte o a cualquier otra pena sacada del catálogo, si las consecuencias de la tortura le permitían aguantarlas. Todo sea por la salvación de su alma y en beneficio del Cristo redentor.

A principio de la Conquista, el Cardenal Cisneros, el gran inquisidor general, nombró en 1517, delegados suyos en La Española y en la Nueva España que actuaron libremente. Unos tan cruelmente como en la Nueva España, cuando juzgaron a un descendiente de la nobleza azteca por errores contra la fe, de rebelar a su pueblo contra los españoles y alejar a sus hijos de la educación española. Pese a que el reo se arrepintió y se retractó públicamente, fue llevado al cadalso y quemado vivo. El rechazo a tan bárbaro acto, ocasionó que nunca más el delegado inquisidor pudiera volver a actuar. Habría que esperar a 1571, cuando se instala el Tribunal del Santo Oficio, dotados de todos los poderes terrenales y divinos, para volver a los actos bestiales de la

§§§§§

EL SANTO TRIBUNAL DE MEXICO

El Tribunal de México fue el más activo y más cruel de los tres Tribunales del Santo Oficio que se montaron en la Colonia: Lima (1570), México (1571) y Cartagena de Indias (1610).

Según las estadísticas, en los primeros 29 años (hasta 1600), la inquisición mexicana realizó 902 procesos. 744 fueron por motivos morales, 68 por herejía, 50 por judaísmo y 40 por otros motivos. 600 procesados fueron declarados culpables, sufriendo la mayoría, penas privadas (ocultas al público) y 71 fueron condenados a muerte. Entre los culpables se encontraban muchos clérigos y frailes que, con la excusa de predicar, enseñar y doctrinar a los indígenas, los explotaban de mala manera para enriquecerse y mantenían cárceles, aguaciles y cepos para castigarlos a su antojo. Además, tenían muchas concubinas e hijos con ellas. Para evitar castigos mayores, la fortuna de estos sacerdotes pasó a engrosar las cajas del Tribunal mientras purgaban sus penas con castigos menores.

La base de la actividad inquisitorial era la “sospecha” como “presunción de culpabilidad” y no las pruebas materiales del delito. Actuaban para rehabilitar las ofensas a Dios y erradicar el germen de herejía, ese era su oficio. De modo que existía “sospechoso leve de herejía” condenado a pagar las costas del proceso y una penitencia; y “sospechoso vehemente” que podía recibir azotes, escarnio público a través de los capirotos o muerte pública.

Pero el acto subliminal del Santo Oficio eran los actos de fe. Un espectáculo ritualizado destinado a demostrar el poderío del Tribunal frente al público en general. Con gran pompa, grandes prédicas, mucho boato, trompetas, cantos, desfiles y efervescencia popular, se presentaban los jueces y los condenados. Su objetivo era impresionar al pueblo sobre los peligros de la herejía y la apostasía, aunque en estos actos, también se condenaba a blasfemos, fornicadores, bigamos y hechiceros. En el acto de fe de 1574, cinco hombres condenados por fornicación, fueron flagelados públicamente con 200 azotes. Los mismos azotes, más destierro y galeras, a 26 condenados por bigamia, pues teniendo mujer en España, se volvieron a casar en América. Seis por irreverencia. Siete por simpatía hacia Lutero y 15 piratas ingleses capturados fueron ejecutados. En el de 1575, cinco condenados a azotes por palabras injuriosas, 25 por bigamia y a un hereje luterano se le quemó vivo.

Pero el “auto grande”, el que ha sido más estudiado y recordado, fue el de 1596 en donde 120 miembros de la familia Carvajal, fueron implicados en el delito de “judaizantes perniciosos”. Todo comenzó en 1588, cuando el Virrey Marqués de Villa Manrique, comenzó a fraguar una conspiración contra el conquistador y gobernador de Nuevo León, Luis de Carvajal y de la Cueva, por terrenos y tesoros que pretendía. "El motivo de la denuncia ante la inquisición fue que muchos años antes, en España, estando rezando el santo oficio en compañía de su familia, su sobrina Isabel Rodríguez de Andrada, pronunció algunas frases contrarias a las creencias de los católicos. Y aunque Carvajal la reprendió, se consideró que este cometió un delito al no haber denunciado a su sobrina ante la Inquisición." En 1590 lo encontraron culpable por “fautor, receptador, cómplice y encubridor de apóstatas a la Santa Fe Católica” y condenado a

142 un año de cárcel y destierro después. Fue asesinado en la cárcel.

Su sucesor, Luis de Carvajal “el mozo”, “cristiano nuevo” y sobrino del anterior, sufrió una persecución constante de la inquisición. Por medio de la tortura, Francisca de Carvajal, hermana del gobernador asesinado, reveló el crimen de profesar la ley mosaica, involucrando a sus hijos, a su difunto marido y a otros judaizantes. Así se inició el proceso en contra de toda la familia Carvajal. Los Carvajal fueron acusados de ser falsos cristianos, “relapsos, impenitentes pertinaces... condenados a ser quemados vivos en vivas llamas de fuego hasta que se conviertan en cenizas”. De los 120 implicados, hombres mujeres y niños, escaparon dos quienes huyeron a Turquía. Se quemaron sus esfinges en ausencia. También se salvaron Mariana de Carvajal por ser trastornada mental y Ana por ser menor. Sin embargo, Mariana fue quemada viva en el auto de fe de 1601 y Ana en 1641. Así se salvó la humanidad cristiana de tan terribles judíos y se evitó la contaminación de las almas del Nuevo Mundo.

Veamos que sucedía en los “honorables” tribunales del santo oficio en Lima y Cartagena de Indias.

§§§§§

EL SANTO TRIBUNAL DE LIMA

El trabajo en los primeros años del Tribunal del Santo Oficio de Lima fue muy intenso. Recibían expedientes del amplio territorio que cubría desde la punta de la Patagonia, pasando por Chile hasta llegar a Panamá-Nicaragua. Muchas eran autodenuncias que muchos culpables de palabras soeces o expresiones poco cristianas, habían realizado en público o haber jurado en vano. Muchos clérigos se auto inculparon de haber dicho palabras amorosas en el momento de la confesión y otros haber tenido relaciones con las confesantes. Por temor a ser denunciados por otros, preferían presentarse arrepentidos ante el tribunal. Todo se solucionaba con multas y penitencias menores siempre y cuando, los autodenunciaste fueran realizadas por blancos.

En el caso de un mulato esclavo que se autodenunció por intervenir cuando estaban azotando a un negro, pidiendo a los verdugos que tuvieran compasión por amor de nuestro Señor. Le gritaron a cuento de que intervenía y el contestó que era cristiano y temeroso de Dios y se los requería de parte del Santo Oficio. Por hablar del Santo Oficio sin autorización, fue encarcelado y condenado a cien azotes. Otro soldado mestizo se autodenunció de haber dicho, en un momento de furia contra los agravios recibidos de su capitán, que se lo llevase el diablo porque si Dios existiera no permitiría tantos agravios. Fue condenado a 200 latigazos.

La mayor parte de los expedientes tratados concernían a delitos menores de bigamia, expresiones anticristianas, blasfemos, hechiceros y adivinos, invocadores del demonio, astrólogos, alquimistas y clérigos con delitos sexuales. Pero se necesitaba conseguir infieles, judíos, cristianos apostatas, excomulgados que eran los reos destinados a las hogueras. El Tribunal necesitaba realizar un Acto de Fe que demostraran su poder. Pero los reos que podían ser quemados vivos, se morían en las cárceles a causa de las torturas a los que lo sometían. En estos casos se les enteraban secretamente y el proceso seguía. En el Acto de Fe, desenterraban los restos de los culpables y se quemaban en público. Pero se necesitaban culpables para quemarlos vivos, en eso consistía el espectáculo.

Desde 1571 hasta 1813 (o 1820 como dicen otros historiadores), se celebraron 27 actos de fe en plaza pública (el último en 1771) y muchos más, menos multitudinarios, al interior de las Iglesias. Un cálculo prudente, fija en tres mil personas procesadas por el tribunal. 36 fueron quemados en personas. El 20% fueron mujeres, la mayoría juzgadas por haber cedido a las proposiciones de sus confesores y castigadas con azotes, mientras que a ellos (la mayoría auto inculpados) se le prohibió volver a confesar y penitencias menores. Clérigos, frailes y curas representaban el 22% del total. Los mayores delitos fueron por bigamia (21%); judaizantes (18%); hechicería (12%); luteranos (10%); blasfemos y solicitantes en confesión (8% cada uno) y por desear a la mujer de su prójimo un 3%. No es de extrañar el grandioso alborozo que el pueblo de Lima demostró cuando abolieron tan sangrienta inquisición.

El 15 de noviembre de 1573 fue el primer acto de fe celebrado en Lima. Los inquisidores tenían a un solo reo que podía ser quemado, un francés que se encontraba enfermo en la cárcel y tuvieron que cuidarlo para sacrificarlo después en el espectáculo. La construcción del tablado en la plaza pública, llevaba mucho tiempo y mucho dinero. Había que organizar asiento de primera, adornados con sedas y cojines. Asientos de segunda y de tercera clase. Se debía guardar la segregación de clase social que se existía en la Colonia de acuerdo con la “pureza de sangre” de sus habitantes. En la planificación de la parafernalia necesaria, surgió el primer conflicto, al determinar quién debía ocupar los puestos principales en el escenario de circo romano que se montaba. Eran tantos los notables de la ciudad que no cabían bajo el dosel principal. Amenazaron con no ir y no seguir la pompa del espectáculo. La inquisición tuvo que amenazarlos con la excomunión para asegurar su presencia. En este primer acto de fe, además del francés que fue quemado vivo por hereje, a un sospechoso luterano le dieron 200 azotes y sambenito por toda la vida; a otro sospechoso que se arrepintió, cárcel por seis años y pérdida de la mitad de su fortuna. Se pasearon a los bígamos y bígamas, con un capirote y una soga al cuello y se le dieron cien latigazos a cada uno.

A partir de la instalación del Tribunal del Santo Oficio, nadie podía vivir seguro de sí mismo, ni abrigar la menor confianza en los demás. Ni siquiera en sus propios familiares pues se convertían en delatores a la menor presión de los inquisidores. Se delataban cosas absurdas dictadas por la venganza, la envidia, los celos o simplemente pavor a los tormentos. Hasta el secreto de confesión desaparecía al requerimiento del inquisidor pues todos se volvían espías, centinelas para defender la única iglesia poseedora de la única verdad.

§§§§§

EL SANTO TRIBUNAL DE CARTAGENA DE INDIAS:

Debido a la extensa región que cubría la inquisición de Lima, en 1610 se crea un nuevo Tribunal en Cartagena de Indias para los arzobispados de Bogotá y Santo Domingo y los obispados de Cartagena, Panamá, Santa Marta, Popayán, Venezuela, Puerto Rico y Santiago de Cuba (incluidas islas de Barlovento). Desde el inicio de los Tribunales en América, existieron fuertes roces y pleitos con los Obispos, que anteriormente ejercían de inquisidores y que ahora quedaban a la merced del nuevo tribunal. Popayán, Bogotá y sobre todo Cuba, se negaron a enviar expedientes a Lima porque en ellos se encontraban procesados muchos parientes y gente

de prestigio local. Los conflictos ocasionados entre las instituciones públicas y religiosas con la Inquisición, tuvieron que solucionarse con varias “concordias” dictadas por la Corona, definiendo el papel de unos y otros. Los Obispos guardaron sus privilegios sobre la “Repúblicas de indios”, terreno que tenían vedado los nuevos inquisidores. Y para demostrar sus poderes, los Obispos actuaban de la misma forma que el Santo Oficio con las idolatrías y comportamiento indígena.

El primer inquisidor en Cartagena, el jesuita Juan de Mañozca, fue un hombre terrible, tirano y vengativo, no solamente con los reos juzgados bajo su mando, sino con todos los obispos, gobernadores y notables que no le guardaran pleitesía. Su perversidad lo llevaba a utilizar todo el poder del tribunal para buscar errores y blasfemias en todos los que consideraba sus enemigos o sospechosos de serlo. El tribunal de Cartagena no contaba con la simpatía de los colonos. El día de su inauguración solemne, estallaron algarabías en las calles que obligaron varias veces a suspender las largas lecturas de los oficios. Nadie de los notables y letrados, querían ser Comisarios ni Familiares del Santo Oficio en ninguna parte de los territorios.

Sin embargo, cuando se abrieron las puertas en audiencia pública, la gente del pueblo hacía colas interminables para denunciar actos de hechicería, brujería y embustes sobre sortilegios y palabras paganas pronunciadas por todos los habitantes desde clases altas y a las más pobres. La gran mayoría de los expedientes que provenían de las islas de Barlovento, Cuba, Panamá y La Española, tenían que ver con la brujería. La hechicería proveniente de los esclavos (nigromancia y demás, causadas por el sincretismo indígena, africano y milagros cristianos), atiborronaron las estanterías inquisitoriales. Pero el nuevo tribunal necesitaba judíos y luteranos que quemar para demostrar su poderío y autoridad.

La mayoría de los brujos eran esclavos angoleños que proferían conjuros cada vez que los azotaban sus amos. Sus hechizos eran tan poderosos, que sus propios amos les tenían miedo y los Obispo de Panamá y Cuba, creían a pie juntillas que hablaban y se ayuntaban con el diablo. Sus poderes eran tan enormes, que, a través de conjuros y maleficios, podían ahogar criaturas, talar y destruir los frutos de la tierra e impedir la saca del oro. Debido a la gran cantidad y a que los propios amos encubrían a estos brujos esclavos, pues perdían su inversión, la inquisición dejó de perseguirlos.

El primer acto de fe se celebró el 2 de febrero de 1614 en una gran exhibición que el pueblo lo tomó como una gran fiesta de diversión. Se hizo el tablado público y se presentaron los consabidos problemas con los notables para saber dónde debían sentarse. Tres días antes, se hacía desfilar por el pueblo, guardias armados que tocaban tambores y chirimías. Ese día no hubo hoguera, un hechicero endemoniado y un judío habían muerto en los tormentos, pero el espectáculo consistió en azotar, durante dos días, a hechiceros, bígamos, heréticos que no creían en la santidad de la iglesia, a sospechosos judaizantes a quien se les sometió a abjurar públicamente. La mayoría de los reos fueron marinos recién desembarcados a quienes acusaban de haber proferido blasfemias. Después de las torturas necesarias, todos confesaron sus pecados.

Un inglés luterano fue el primer reo quemado en el acto de fe de 1622. Pero no era el primer muerto. Muchos morían en las secciones de tortura y otros se habían suicidado. Desde que se instauró el Tribunal del Santo Oficio en 1610 hasta 1818 en que desapareció por completo, celebraron 12 actos de fe en plaza públicas en los que al menos ocho murieron en hogueras, y 38

autos privados. Se procesaron a 767 reos y fueron muchos las torturas, los azotes, las humillaciones públicas, las penitencias y las abjuraciones públicas.

En las revueltas de 1810 para constituir Juntas Supremas en defensa de Fernando VII, se expulsó al Gobernador español y se nombró a un criollo y se suspendieron las funciones del Tribunal. Pero fue al año siguiente, en las revueltas independentistas del 11 de noviembre de 1811, que los inquisidores huyeron de Cartagena y se refugiaron en Santa Marta, donde estuvieron hasta 1815, cuando Morillo retomó Cartagena y pudieron volver a su antigua sede. El Tribunal funcionó hasta 1818 y el último procesado por herejía, fue el santafereño Rafael Barragán, que después de estar tres años en cárceles secretas, fue absuelto después de abjurar.

En los dos siglos de funcionamiento del santo tribunal de la inquisición en Cartagena de Indias, no solo asesinó, torturó y flageló defendiendo los dogmas de la iglesia romana, también se encargó de mantener vivo el supremacismo blanco y las debidas pleitesías y prebendas que desde la conquista se había impuesto en la sociedad colonial. Persiguió violentamente todo pensamiento ilustrado, quemando libros y hurgando en la conciencia de los sospechosos. Las consecuencias nefastas se prolongaron durante todo el siglo XIX (y parte del XX), pues sus ideas intransigentes en materia de religión y propiedad, fueron recogidas por los notables hacendados que no querían perder sus privilegios coloniales y se prolongaron en la ideología del partido conservador. Una historia indigna que siempre ocultan aquellos que niegan la imposición violenta y sangrienta de la religión católica, apostólica y romana en tierras criollas.

§§§§§

ADENDA

Quiero agradecer a todos los que me han leído y repercutido mis escritos sobre la inquisición. Quiero aclarar que el Tribunal de Santo Oficio de Cartagena, si llevó a la hoguera a varios reos procesados por herejes. Se estima que al menos ocho fueron las víctimas. En las actas aparecen los siguientes:

- El luterano inglés, Adán Edon, el 13 de marzo de 1622.
- Juan Vicente, cristiano nuevo, descendiente de hebreos, de oficio zapatero, por judaizante pertinaz, quemado el 17 de junio de 1626.
- Manuel Prieto o Arellano, judío apresado en Cuba, murió en las torturas, pero el 25 de marzo de 1638, se desenterraron sus restos y se quemaron públicamente sus huesos junto a su estatua de madera.

El 30 de mayo de 1688, quemaron públicamente a cuatro reos:

- Juan de Frías, llamado también Juan Francisco de la Barreda, mulato, natural de Caracas, después de estar encarcelado 12 años, por hereje.
- José Jiménez, natural de Guaro, en Málaga y en cárcel desde hace once años, por haber escrito un libro místico-teológico, que contenía 429 proposiciones heréticas.
- Francisco del Valle natural de Utrera, torturado durante 30 años quedando completamente loco y sin remedio. Fue quemado por el temor de que se quitara la vida el mismo.
- Felipe Romero, alias don Juan Ramírez, natural de Canarias, fraile franciscano, sacerdote,

preso desde hace 14 años, por hereje formal.

Muchos murieron en las torturas y otros se suicidaron en las cárceles secretas. Cuando morían, se enterraban en lugares ocultos y el proceso seguía. Si resultaban culpables quedaban donde estaban, pero si eran condenados a la hoguera se desenterraban sus huesos para ser quemados. Si resultaban absueltos, se le informaba a la familia para que procedieran a darle cristiana sepultura.

A los condenados se les obligaba a portar sambenitos, que eran un saco en forma de poncho que los reos debían portar junto a una coraza (un gorro puntiagudo) pintado con dibujos de diablos y dragones. El estigma de ser condenado por la inquisición marcaba a los descendientes que durante varias generaciones y a pesar de ser buenos cristianos, no podían ingresar al ejército, a la universidad y a la administración colonial.

En cuanto a la abjuración, existían tres tipos: abjuración de levi, para los que solo había una ligera sospecha de herejía; por ejemplo, los bígamos, los blasfemos, los impostores, los solicitantes (favores sexuales de los confesantes), etc. Abjuración de vehementi, cuando existían serias sospechas de culpabilidad o que no confiesen; y abjuración “en forma”, para los acusados declarados culpables y que han confesado, como en el caso de los judaizantes.

La bibliografía existente es muy extensa. Sobre la Inquisición en general, recomiendo la siguiente:

- Bethencourt, F. (1997): La Inquisición en la época moderna. España, Portugal e Italia, siglos XV-XIX. Ed. Akal.
- John Edwards (2005): La Inquisición. Crítica. Barcelona
- José Antonio Escudero (2005): Estudios sobre la Inquisición. Marcial Pons, Madrid
- Pérez, Joseph (2002): Crónica de la Inquisición española, Barcelona, Martínez Roca.
- Henry Kamen (2013): La inquisición española. Crítica

Sobre la inquisición en América, alguna bibliografía interesante:

- Enrique Dussel:
- (1978): “Desintegración de la Cristiandad colonial y liberación. Perspectiva latinoamericana” Ed. Sígueme, Salamanca, España.
- (1983): “Historia general de la Iglesia en América Latina” 9 volúmenes. Ed. Sígueme, Salamanca, España. El volumen VII es sobre Colombia y Venezuela. El I es una Introducción general a la historia de la Iglesia en América Latina.
- José Toribio Medina (Fondo Histórico y Bibliográfico, Santiago de Chile):
- Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima (1569-1820) Seis Volúmenes.
- Historia del Tribunal de la Inquisición de Chile. Dos volúmenes.
- Historia del Tribunal de la Inquisición de Cartagena de Indias.
- Historia del Tribunal de la Inquisición en las Islas Filipinas
- Historia del Tribunal de la Inquisición de la Provincia De La Plata.
- Historia del Tribunal de la Inquisición en México.

- Greenleaf, Richard:
- (1995): *La Inquisición en Nueva España, siglo XVI*, FCE, México.
- (1988): *Zumárraga y la inquisición mexicana, 1536-1543*, FCE, México.
- Uchmany, Eva Alexandra (1992): *La vida entre el judaísmo y el cristianismo en la Nueva España, 1580-1606*, FCE, México.
- Escobar Quevedo, Ricardo:
- (2008): *Inquisición y judaizantes en América española (siglos XVI-XVII)*. Ed. Universidad del Rosario.
- (2002): *Los criptojudíos de Cartagena de Indias: Un eslabón en la diáspora conversa (1635-1639)*”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, N° 29.
- Boleslao Lewin:
- (1962): *La Inquisición en Hispanoamérica (Judíos, Protestantes y Patriotas)*. Ed. Proyecciones, Buenos Aires.
- (1950): *El Santo Oficio en América y el más grande proceso inquisitorial en el Perú*.
- Julio Jiménez Rueda (1946): *Herejías y supersticiones en la Nueva España (los heterodoxos en México)*. Imprenta Universitarias.

Dejo de lado la bibliografía concerniente a la idolatría de los indios, las de brujería y hechicería y la quema de libros y persecución del pensamiento ilustrado, por ser temas de futuras publicaciones. Por último, considero que los crímenes cometidos por la inquisición, siguen siendo crímenes con valores de antaño o con valores actuales, Nadie puede justificarlos excepto bajo un fanatismo religioso. De nuevo, mil gracias por leerme.

(Madrid diciembre 2022)

¡Qué Miseria de Estado Laico!

Según la ponente Miranda, autora del artículo 15 de la reforma tributaria que recoge el impuesto a las Iglesias, existe un intenso desfile de pastores y curas haciendo lobby en el Congreso en contra del impuesto. Han llegado, inclusive, a decir misa dentro del mismo recinto del Congreso, en un país cuya Constitución y las sentencias de la Corte Constitucional, lo declaran laico. En consecuencia, y siguiendo con la igualdad religiosa, cualquier iglesia cristiana no católica, tiene el derecho de plantarse en el mismo lugar y ejecutar sus diatribas evangélicas.

La presión ha sido tan fuerte, que voceros de distintos partidos y movimientos políticos (entre los cuales, Alianza Verde, Pacto Histórico, Partido Liberal, Partido Conservador, Cambio Radical, Centro Democrático), oficialmente y abiertamente, promovieron un chantaje directo: o retiran el artículo 15 o la reforma tributaria se va al carajo. “Con la iglesia hemos dado, Sancho”.

Creo que el problema, a la hora de votar, no son las iglesias cristianas (que lo son), sino el poder que ejerce la muy católica y apostólica iglesia de Roma. Los impuestos gravarían los extraordinarios negocios que mantienen gracias al Concordato y de cuyas prebendas se benefician las demás iglesias, porque en lugar de regular y limitar, los jueces han extendido esas prebendas a las demás iglesias DE ACUERDO CON LA CONSTITUCION. Café para todas o, a lo colombiano: o todas en la cama...

Mientras la Constitución del 91 declara al Estado Laico y separa los intereses religiosos de los oficiales, acuerdos excepcionales con las iglesias, vuelven a integrar la religión a la vida corriente de los ciudadanos. Por la puerta de atrás, las religiones se apoderan de la Educación, la formación en las fuerzas armadas, en las cárceles y prisiones, vuelven a tener privilegios en matrimonios, en la organización del trabajo y de los méritos y selección de personal. Ahora se instalan en el Congreso y modulan a su amaño, a los legisladores. Y el pueblo aplaude.

¡Persisto y Firmo. Me Llamo Luis

Parodiando a mi estimado Jacques (“Et si mes frères se taisent et bien tant pis pour elles / Je chante, persiste et signe, je m'appelle Jacques Brel”); yo también voy a insistir en algo que me parece inconstitucional.

Todos sabemos que desde la Conquista la iglesia católica ha gozado siempre de privilegios y poderes enormes en estas sociedades criollas. El uso y el abuso de esos poderes se han mantenido durante quinientos años. Todas las Constituciones neo-granadinas y las posteriores de las diferentes Repúblicas, estaban destinadas a mantener, en todas sus leyes, la santa religión católica, apostólica, romana en toda su pureza e integridad. Hasta que, aparentemente, la Constitución de 1991 acabó con esas prebendas, al menos en el papel, pero no en la realidad.

Poco a poco, la Corte Constitucional (CC) ha ido construyendo, en diferentes Sentencias que van desde 1992 hasta 2019, el Estado Laico que diseñaron los constituyentes de 1991. Sobre todo, en las sentencias C-088/94, C-224/94, y C-350/94. La CC ha prohibido las ceremonias católicas en las fiestas patrias como actividad oficial y la consagración oficial de la Nación y símbolos patrios, al sagrado corazón de Jesús. En 2004 (13 años después), declaró inconstitucional la participación de la iglesia católica en la censura y clasificación de películas.

De modo que hoy día, existe un cuerpo constitucional que determina la laicidad y el estado laico colombiano en los siguientes puntos: separación entre Estado e Iglesias; prohibición de injerencia alguna obligatoria, que privilegie a la religión católica o a otras religiones en materia de educación; se prohíbe dar sentido religioso al orden social o definir la religión como orden público; los asuntos religiosos no son asuntos constitucionales fundamentales; se prohíbe la injerencia mutua entre Estado e iglesias y, por último, se elimina toda normativa de implantación de la religión católica como elemento esencial del orden social (declaró inconstitucional varios artículos del concordato).

Sin embargo, pese al reconocimiento constitucional de la laicidad del Estado, muchos alcalde y gobernadores han tomado posesión de sus cargos en iglesias o

con misas, entregando las llaves de la ciudad o dedicando sus territorios a simbología cristiana. Y no ha pasado nada. Pero lo más aberrante es que se obligue al Presidente y a los congresistas (entre otros) a repetir la fórmula "Invocando la protección de Dios, ¿juráis sostener y defender la Constitución y las leyes de la República, y desempeñar fielmente los deberes del cargo?". Sí, por ejemplo, fuera yo el que tuviera que "jurar" el cargo, tendría que agregar una frase previa, por ejemplo: "Por imperativo legal, Invocando etc." Porque de lo contrario, estaría mintiendo y cometiendo un delito de falsedad pública. (Esa misma fórmula fue utilizada por los separatistas vascos al exigirle el compromiso de defender la constitución para posesionarse como diputados).

Es el mismo reclamo que hacen los indígenas: "Si se trata de invocar un Dios, estaríamos obligados a reconocer, en detrimento de nuestras propias creencias y cosmogonías, que sólo existe una divinidad. Nosotros tenemos nuestros propios dioses y personajes míticos: Caragabí, Serankua, Papa Dumat, Pacha Mama, etc., que no estarían representados en la fórmula de un sólo Dios."

¿Qué tal fácil sería que el nuevo Congreso suprimiera la frase de "Invocando a Dios" de la Ley 5 de 1992? Así, el Estado Laico se afirmaría como el poema de Hernández: "Me llamo barro, aunque Miguel me llame".

Por Un Estado Laico y Una Iglesia Laica

Hasta el 2003, todas las iglesias estaban exenta de presentar declaración de impuestos y patrimonio, hasta que el Consejo de Estado sentenció que debía hacerlo a pesar de no pagar impuestos. Gracias a esas declaraciones, se sabe que en 2017 existían en Colombia más de ocho mil asociaciones religiosas que declaraban tener 14,4 billones de patrimonio y 5,4 billones de pesos de ingresos brutos. Cinco años después, en 2021, esas cifras se elevaban a 16 billones de patrimonio y 5,8 de ingresos brutos. Un gran negocio que aumenta todos los años. Eso las que declaran a su amaño. Un gran negocio que no paga ninguna clase de tributación. No contribuyen en nada a la financiación pública. Aproximadamente, dos billones de impuestos se dejan de cobrar cada año. Equivale al presupuesto anual de la Universidad Nacional.

Esos privilegios religiosos se deben a la cobardía de todos los gobiernos después de la Constitución del 91 que no han querido acabar con tanta inequidad. La iglesia católica romana nunca ha pagado impuestos. Al contrario, se alimentaba de los recursos públicos y hasta 1994, conservaba el monopolio de la evangelización obligatoria en los territorios indígenas, la intervención directa en matrimonios, separación de cuerpos y divorcios, educación, ejército, etc., etc. El último abusivo Concordato lo firmó en 1974 conservando todas sus prebendas utilizando una trampa jurídica.

El Consejo Constitucional declaró la mitad de los artículos del Concordato de 1974, inexecutable e inconstitucionales. Sin embargo, el artículo de exoneración de impuestos fue declarado executable porque el Estado está autorizado a firmar convenios con otros Estados, como el Vaticano. Solo que, al tratarse de una iglesia, esas exenciones se extienden a todas las demás. Sin embargo, el Estado solo puede disponer de los impuestos nacionales. Los municipales son negociados por las iglesias con cada alcaldía. Bogotá, Cali, Medellín y otras, las exoneran de pagar impuestos prediales y de valorización.

En el 2015 existían 5.374 iglesias inscritas. 4.049 tenían personería jurídica y el resto funcionaban por extensión de las anteriores. En 2021 existían 9.323 iglesias

con personería jurídica (y muchas más por extensión). En promedio se registran 600 iglesias por año (casi 2 por día). Existen más iglesias que escuelas en territorio colombiano.

La Constitución del 91 al declarar un Estado laico, acabó con esos desafueros, pero no fue hasta las sentencias del Consejo Constitucional, sobre todo las de 1994, que declararon anticonstitucionales e inexecutable las prioridades del Vaticano. Sin embargo, en materia de exención de impuestos, lo que hicieron fue ampliar a todas las religiones los privilegios adquiridos. De modo que las iglesias no pagan impuestos a la renta, impuesto de renta a la equidad, tampoco impuestos municipales y ninguna de sus actividades se encuentra gravada con IVA. De este modo preservan el principio de igualdad extendiendo a las otras iglesias, los beneficios otorgados a la iglesia católica romana.

Es aquí donde está el problema. Todo beneficio que otorgue el Concordato a la iglesia católica, como, por ejemplo, eximirla de pagar impuestos, por derecho de igualdad deberá extenderse a todas las iglesias. Y así, ninguna paga impuestos. Se supone que son asociaciones sin ánimo de lucro, pero los ingresos que obtienen dicen otra cosa.

Es necesario que el nuevo Parlamento y Gobierno, asuman la necesaria igualdad de todos los ciudadanos, de todas las empresas, organismos e instituciones, en la obligación de tributar como es debido. No debe haber excepciones. Se debe elaborar un nuevo Concordato (o no hacer ninguno) y una nueva Ley que otorgue al cesar lo que es del cesar y a dios lo que es de dios. Es justicia social y, además, ¡justicia divina!

Diagnóstico Divino

Analizando el fenómeno de la peste eclesiástica que invade el territorio, constato que en el 2015 existían 5.374 iglesias no católicas inscritas en la Oficina de Asuntos Religiosos del Ministerio del Interior. A comienzo del 2022, esa cifra subía a 9.323 iglesias. La gran mayoría son pentecostales (34%), Testigos de Jehová (13%), Cruzada Estudiantil (8%), Jesucristo Internacional (5%). Se nota en los últimos seis años, el extraordinario aumento de las iglesias evangélicas/pentecostales. La distribución porcentual entre 2015 y 2022, no ha cambiado, el 25% se encuentran en Bogotá DC, el 13% en el Depto. del Atlántico, el 10% en el Valle, el 9% en Antioquia y el 7% en Bolívar. Pero si los distribuimos en las cinco regiones definidas por el DANE, obtenemos:

- Caribe (Guajira, Cesar, Magdalena, Atlántico, Bolívar, Sucre, Córdoba): 32,45%
- Bogotá D.C.: 25%
- Central: (Antioquia, Caldas, Quindío, Risaralda, Tolima, Huila, Caquetá): 14,54%
- Pacífica (Chocó, Cauca, Nariño, Valle del Cauca): 13,43%
- Oriental (Norte de Santander, Santander, Boyacá, Cundinamarca y Meta): 10,05%
- Orinoquía-Amazonía (Arauca, Casanare, Vichada, Guainía, Guaviare, Vaupés, Amazonas, Putumayo): 1,69%
- San Andrés y Providencia: 0,49%

Si a estas 9.323 iglesias no católicas le agregamos las 5.552 parroquias obtendremos 14.875 puntos de recogida diezmos. Pero falta agregar aquellos que todavía no se han dado de alta en el registro y los lugares de culto (como ciertos rincones de los centros comerciales) para conseguir feligreses. Sumando todo, se estiman que existen más de 20.000 sitios como esos.

La última encuesta nacional (2020), nos informa que el 57,2% de la población se declara católica-romana, el 23,3% como evangélicos/pentecostales, creyentes no

practicantes el 13,2% y agnósticos y ateos el 6,3%. Sobresale la deserción masiva de los católicos hacía un fanatismo religioso cristiano. Tanto en Bogotá DC como en Cali, al igual que en San Andrés, el catolicismo ha dejado de ser mayoría.

El fabuloso negocio de la fe sigue avanzando y cada vez más las iglesias intervienen en el orden social y tienen injerencias en la vida de los ciudadanos, sobre todo, en la vida política a través del clientelismo. Nuevos Acuerdos con el Estado, al estilo del Concordato, las autorizan a ello. De nuevo, se pone en evidencia la laicidad de la Constitución del 91.

Los Casos de Providencias Divinas

Para otorgar personerías jurídicas a la plaga de las iglesias que invaden el territorio nacional, existe una sección oficial llamada “Asuntos Religiosos del Ministerio del Interior”. Suena incongruente en un Estado laico pero la libertad religiosa es lo que tiene. Al final hay que controlarla. La libertad religiosa puede llegar a ser coercitiva para los no creyentes o creyentes en otro credo.

Imaginen el siguiente caso: una feligresa integrante de la “Iglesia Adventista del Séptimo Día”, alega (y no ha sido el único caso) que la biblia contempla en el capítulo 20, versículos 8-11 del libro del Éxodo, que el día sábado no se debe trabajar pues dicha jornada está dedicada a la “adoración del Creador del cielo y de la tierra”. Su lealtad a Dios es el fundamento de su vida. El sábado debe dedicarse al reposo y a la adoración a Dios. Por tales razones no puede presentarse a las pruebas psicotécnicas programadas en un sábado, para más de cinco mil aspirantes a un puesto público. Y solicita que se cambien las pruebas a un día que no viole su obligación religiosa.

Evidentemente, ni el organismo público, ni la universidad encargada de los exámenes, acceden a tal despropósito. La feligresa interpone una tutela y el Juzgado resolvió la improcedencia de la acción de tutela. Hasta aquí la coherencia del “sentido común”. ¿Creen sinceramente que las decisiones tomadas fueron las correctas? ¿Se vulneraron los derechos fundamentales de la feligresa por no hacer los exámenes en otro día? ¿Los demás debían plegarse a la supuesta orden divina de no trabajar el sábado?

(Espacio para reflexionar las respuestas a las preguntas...)

Resulta que, en revisión posterior, la CC resuelve revocar parcialmente la decisión del Juzgado y concede el amparo del derecho fundamental a la libertad religiosa y de cultos de la feligresa. Ordena realizar el examen en día diferente. Entre las consideraciones realizadas por el Constitucional, se menciona el Decreto 354 de 1998, por el cual se aprobó el Convenio de Derecho Público Interno número 1 de 1997, entre el Estado colombiano y algunas Entidades Religiosas Cristianas no católicas, que en el literal © del artículo adicional para la Iglesia Adventista del

Séptimo día establece lo siguiente:

“Los exámenes o pruebas selectivas convocadas para el ingreso o cargos de las Instituciones del Estado o a Instituciones educativas, que hayan de celebrarse durante el período de tiempo expresado en los literales anteriores, serán señalados en una fecha alternativa para los fieles de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, cuando no haya causa motivada que lo impida”.

Y aquí descubro la grandiosa trampa jurídica implantada con la connivencia de los gobiernos de turno. Mientras la Constitución del 91 declara al Estado Laico y separa los intereses religiosos de los oficiales, acuerdos excepcionales con las iglesias, vuelven a integrar la religión a la vida corriente de los ciudadanos. Por la puerta de atrás, las religiones se apoderan de la Educación, la formación en las fuerzas armadas, en las cárceles y prisiones, vuelven a tener privilegios en matrimonios, en la organización del trabajo y de los méritos y selección de personal. Busquen, busquen, muy posiblemente debajo de los colchones nos las volveremos a encontrar. ¡Qué miseria de Estado Laico!

ESCRITOS DE FIN DE AÑO

El etero renacer del tiempo
El grito vagabundo
¡Qué vida más absurda!
El corazón y la lengua

El Eterno Renacer Del Tiempo

Los filósofos nos convencen que la humanidad aspira siempre a la eternidad y en su búsqueda, desmenuzan su existencia en periodos que celebran como si se tratara de escalones a la perennidad. Celebran los cumpleaños, los aniversarios y fechas que consideran claves en su vida. Esas celebraciones forman parte de vivir históricamente, una supuesta inmortalidad a la que toda persona pretende acceder. Convertir cada momento de celebración en un instante permanente. Las fiestas de fin de año, en cualquier calendario, cumplen con ese cometido. Deseamos acabar con el pasado perpetuando el futuro, anhelando que sea mejor del que termina. En eso consiste la eternidad.

Pero para lograr la inmortalidad, es necesario elaborar una serie de ritos y ceremonias que ayuden a encontrarla. E. Mircea, con ayuda de Frazer y otros estudiosos, clasifica cinco ritos de fin y comienzo del nuevo año: 1) purgas, purificaciones, confesión de los pecados, alejamiento de los demonios, expulsión del mal fuera de la ciudad, etc.; 2) extinción y renovación del fuego; 3) procesiones de enmascarados (cuyas máscaras figuran las almas de los muertos), recepción ceremonial de los muertos, a los que se festeja (banquetes, etc.) y a los que, terminada la fiesta, se conduce hasta el límite de la localidad, hasta el mar, el río, etc.; 4) combates entre dos grupos enemigos; 5) intermedio carnavalesco, saturnales, inversión del orden normal, «orgías».

Cada quien escogerá la ceremonia del renacer, del eterno retorno de las cosas, tratando de adaptarla a la conveniencia de su situación actual. Por mi parte escogeré el quinto rito, aunque sé, de antemano, que haré el ridículo en todas sus posibilidades. Pero si no lo intento, no lo sabré. Mientras, os recuerdo algo que escribí hace dos años:

Al ser una construcción humana y social, el Calendario lo imponen los que dominan la sociedad. Hace 2064 años que Julio Cesar nos impuso 12 meses y estableció el 1 de enero como principio de año. Desde entonces, ese lapso de tiempo sufre ritmos impuestos por el poder.

La iglesia asignó fechas religiosas obligatorias y cada uno de los Estados, sus conmemoraciones patrióticas. El camino del año siempre es el mismo, no se le puede acortar ni agregar nada. Sin embargo, cada uno de nosotros mantenemos nuestra inocente vara de medir con la cual segmentamos nuestros tiempos en función de los sueños que conducen a nada y en función del trillado camino del olvido. Solo deseo que, en el nuevo año, nuestra vara de medir sea tan grande como las ilusiones que logremos.

El Grito Vagabundo

En Japón, existen espacios especialmente creados para gritar. Estos “gritódromos” son alquilados por personas que necesitan descargar su furia interior por problemas de estrés, laborales o sentimentales. También los alquilan con vajillas y otros objetos que pueden romper mientras descargan sus frustraciones. La tecnología también ayuda. Puedes grabar tus gritos que serán posteriormente reproducidos en valles y montañas que puedes escoger a tu antojo. Estos espacios terapéuticos se han vuelto comunes en diferentes partes del mundo, sobre todo en Estados Unidos en donde grandes empresas tienen sus propios cuartos de alivio emocional.

La innovación ha llegado más allá. Ahora se alquilan espacios donde puedes llorar a moco tendido, sin vergüenza alguna. Aparte de los pañuelos necesarios, pueden encontrar motivos para ayudar a llorar como películas sentimentales o animales en peligro o cualquier otra acción melodramática que estimule las emociones lagrimales. Aparentemente, son las mujeres las que alquilan estos lugares, pero aumenta la utilización por parte de los hombres.

Las necesidades sobre el tema llegan hasta crear “Talleres de lloro” guiados por “profesores de lágrimas” especializados en técnicas para hacer llorar. También existen, desde hace mucho tiempo, los talleres y escuelas de risoterapia, encargadas de curar a través de la risa. Otra innovación tiene que ver con los bares de cariño, donde las personas se encuentran para reconfortarse mutuamente y solo está permitida manifestaciones de afecto como acariciar las manos o la cara, pero en ningún momento insinuaciones sexuales.

La comercialización de estos espacios emocionales ¿se dan solo en sociedades de capitalismo avanzado? ¿En sociedades donde la represión de las emociones hace parte inherente a una cultura en concreto? En nuestras sociedades criollas, el vecino o vecina, a cualquier hora del día, se lanza, a grito perdido, a cantar rancheras o boleros o las nuevas canciones infames regatonianas, sin pudor alguno y sin ninguna consideración hacia los demás.

Las fiestas son demostraciones ruidosas (incluidos tiros al aire) que duran hasta el cansancio de los festejantes. Hasta que se tumbe la casa en una parranda como

dice la canción. En estas sociedades criollas ¿Será negocio montar Escuelas y espacios para llorar, para gritar, para desahogar emociones?

Ahora que llegan las fiestas navideñas, aún en pandemia, tienen el permiso social para armar el escándalo, la desmesura y expresar sus emociones como quieran. Una fiesta es siempre decir SI a la vida, a la alegría a pesar de las circunstancias tristes que envuelvan lo cotidiano. Recuerden: una fiesta navideña solo es fiesta, sí existen infracciones a las normas de comportamiento habitual. Griten, lloren, ríen, rompan con las frustraciones habituales. Es gratis y está permitido dialogar con tu propia condición humana. Celebrar e imaginar, forman parte de tu propia humanidad. De modo que les deseo de todo corazón, que disfruten al máximo de estas Fiestas, aunque existan vecinos molestos y envidiosos. Y si necesitan ayuda, ya saben, puedo ir con mi botella de ron....

¡Qué Vida Más Absurda!

“Será la tuya. La mía no lo es.” “Tienes razón, es absurda en todos los sentidos.” Entre una y otra, caben una infinidad de afirmaciones que dependen de tus propias percepciones o del psicoanalista que sigue tus neurosis. En todo caso, es un grave problema filosófico que debe ser abordado resolviendo previamente cuatro preguntas: ¿Cómo se define una vida absurda? Si logras obtener una respuesta, tendrás que responder a una segunda ¿la vida es efectivamente absurda tal como se definió anteriormente? Si contestas que sí, deberás determinar si esa situación de absurdidad es perjudicial o no. Finalmente, si vuelves a decir que sí, tendrás que responder a la última pregunta: ¿puedes hacer algo para remediar lo absurdo de tu vida? Complicado drama existencial de una vida absurda.

Se supone que la humanidad funciona de acuerdo a comportamientos inteligentes. Representa, de diferentes maneras, el mundo que le rodea, las relaciones culturales e interpersonales. Comprende, interpreta, explica y predice acciones, especialmente deseos y creencias. Todo esto se adquiere a través de la aculturación. Y de ahí sale también lo que se conoce comúnmente como sentido común. De modo que todos somos conscientes de nosotros mismos, de la vida que llevamos, de nuestro razonamiento y ambiciones. Queremos lo que queremos, aunque nunca lo consigamos.

La definición de absurdo es todo aquello que es contrario a la razón o al sentido común. Cuando hay discrepancia entre las aspiraciones y la realidad. Entre lo que debería ser y lo que es. De modo que situaciones absurdas se presentan continuamente en la vida. Decir que la vida o el mundo es absurdo, es decir que es irracional y sin sentido. Y aquí es donde entra lo más absurdo de lo absurdo, porque todo depende del punto de vista de tu propia mente. Nuestras aspiraciones, nuestros objetivos, deseos, emociones y preferencias personales, determinan un mundo subjetivo que me hace ver como un ser especial y único, que merecen lo mejor de lo mejor. ¡Ni más faltaba! Pero la realidad, el mundo objetivo, me dice que soy un palitroque como cualquier otro. Y que muy posiblemente, muchos otros con

menos méritos que los míos, obtendrán excelentes resultados de mejor vida que la mía. Forma parte del mundo absurdo.

Cuando el alcohólico sabe que el beber lo matará, tiene dos opciones: dejar de beber o cambiar su razonamiento disculpando a la bebida de su próxima muerte. Entre el mundo subjetivo y el mundo objetivo transcurre las contradicciones de lo absurdo. De modo que todo consiste en darle un sentido a la vida, el que sea, por más absurdo que parezca, para que la vida merezca la pena vivirla. Así de fácil. Así de sencillo.

Sin embargo, es completamente absurdo la persistencia a buscar desesperadamente sentido a nuestra vida en lugares donde nunca lo vamos a encontrar. ¿Pero, saben lo que es más absurdo? Que es la búsqueda de ese imposible lo que le da sentido a la vida. ¡Y, además, la gente es feliz! De modo que deseo a todos feliz infelicidad en la batalla absurda de buscar metas inalcanzables.

El Corazón y La Lengua

En la mitología del Antiguo Imperio egipcio, la continuidad de la existencia es una constante que continuamente se manifiesta en la vida cotidiana. El padre renace en el hijo y el hijo se convierte en su propio padre. Así se renuevan las generaciones. El gran número de santuarios encontrados respondían a la formación de triadas compuestas por un dios-padre, una diosa-madre y un dios-hijo que, por el momento, tenía una personalidad muy débil puesto que solo era una especie de doble de su padre. Pero la continuidad de la vida también se reflejaba en que cada momento del pasado puesto también era un momento del futuro.

Hay un continuo renacer en donde al principio existe en cada persona, un orden en medio de un caos que gira a su alrededor y lo amenaza por todas partes. Al cabo de un año, el orden ha sido alcanzado en diferentes sitios y la serpiente, la representante del desorden, intenta por todos los medios entrar en el mundo organizado. La batalla más fuerte se presenta en la noche del fin de año. Es la última oportunidad que tiene para dominar lo que queda del orden e impedir que renazca de nuevo con el nuevo año.

Es en ese momento crucial, cuando el poder del todo se manifiesta con su gran sapiencia y potencia. El Corazón, que está dentro del cuerpo, y la Lengua, dentro de la boca, deberán resistir por medio de la sabiduría interna aprendida durante el año y manifestar en voz alta lo que piensan y ordenar el nuevo ciclo que comienza. Es la única manera de renacer y tener las fuerzas necesarias para aguantar las embestidas de la serpiente que intentará nuevamente implantar el caos en el corazón de todos los dioses, personas y animales. Quien no logre acumular fuerza en su corazón y energía en su lengua, no logrará renacer en orden y parte del desbarajuste del pasado llenará su nueva vida. Su renacer será desgraciado.

De modo que les deseo a todos que tengan un corazón robusto para aguantar a la serpiente y una lengua vivaz para reconstruir la nueva vida en armonía.

Feliz cosmogonía en el nuevo ciclo que comienza. Un gran abrazo y gracias por leerme.

EPÍLOGO

Más allá de este límite su villete
ya no es válido

Más Allá de Este Límite Su Villeta No Es Válido

A través de mí ya larga vida, he visto desaparecer familiares y amigos y, frente al dolor de sus pérdidas, he aprendido a tener ciertas resistencias que me han ayudado a paliar sus ausencias. Mi madre, presintiendo su fin, me pidió que la llevara de NJ donde vivía, a morir en Cali y ser enterrada en la cripta familiar al lado de nuestro padre. Solo me puso una condición, no quería sufrir, no quería tener dolor. Me asombró su serenidad frente a lo inevitable. Cumplí a carta cabal con sus deseos y, sorprendentemente, al llegar a Cali, su salud mejoró y tuvo unos meses de lucidez y fuerza para ver por última vez la ciudad de su vida. Obligatoriamente tuve que regresar a mi trabajo en España quedando ella al cuidado de mis hermanos.

Nos despedimos sabiendo que no nos volveríamos a ver. El médico que la atendía tenía la orden firmada de no dejarla sufrir. Estando en el norte de España, el médico me llamó y me dijo, qué si quería verla, debería viajar pronto porque de ese fin de semana no pasaba. Inmediatamente tome la carretera para ir al aeropuerto en Madrid y coger el primer vuelo. Sin embargo, llegando a Barajas, me llamaron mis hermanos comunicándome su fallecimiento. Decidí no viajar. La parafernalia católica que propugnaban mis hermanos no me concernía. Ya había hecho lo que ella quería. Con eso me bastaba.

Dos amigos del alma me dieron una lección de vida. Mi hermano Adolfo me comentó con una serenidad increíble, que ya no aguantaba más los suplicios a los que se sometía en busca de curación. Había decidido suspender cualquier tratamiento y estaba listo para asumir lo que viniera y en el tiempo que quedara. Ante mi regreso a España, el médico me avisó: despídase de su amigo no habrá tiempo después. Hablamos de todo lo que pudimos, nos reímos y ninguno pensó en la ida. Así fue como pusimos fin a más de cincuenta años de íntima amistad. Desgraciadamente, llegue tarde a su funeral. Un año después, hablé con mi otro hermano Hernán estando en el hospital. Con toda la racionalidad que le daba la serenidad de su fin, me dijo: hermano, esto es todo. No hay nada más. Se acabo y estoy totalmente preparado. Gracias por tu amistad. Fuimos lo que fuimos y no hay que llorar

por lo que ya no será. Hasta siempre hermano. Un me después falleció.

Siempre me sorprendió la serenidad que se adquiere con la próxima muerte. Esa madurez que se obtiene al saber el final esperado. Es en ese momento cuando se cumple la máxima filosófica de que el hombre se conoce a sí mismo después de haber actuado. Cuando echas la mirada al pasado y vez que tus pasiones y anhelos se cumplieron a pesar tuyo. Casi sin enterarte de lo que estabas haciendo. Situaciones que se han vivido imperceptiblemente, incluso aquellas vividas de forma intensa y tremenda. Son las líneas constantes de la condición humana.

Al conocer tu fecha de caducidad, de pronto consigues la despreocupación estoica de que no necesitas nada. Alcanzas un nivel superior en donde el peso del pasado deja de acecharte y la vida presente se viven de forma tan natural como si volvieras a nacer. El futuro ya no existe. A veces la burla ayuda a enfrentar el presente en busca de una integridad consigo mismo. Puede parecer una posición cínica pero así llega a la sosegada visión de lo que inocentemente esperas. No hay amargura, no hay dolor, solo hay entereza para soporta lo que viene. Eso es todo. Ni siquiera se trata de dignidad. El mundo sigue sin ti. Tu mundo se reduce a ti mismo, a un autocontrol que no tiene afanes, a una sosegada situación que se parece mucho a la serenidad. Sin embargo, la serenidad que aparentas queda soliviantada por el dolor de las personas que te quieren. De aquellas que se niegan a aceptar la nueva realidad. Las que se sienten sorprendidas e incapaces de admitir la desaparición.

El delicado y terrible equilibrio muchas veces se rompe y complica situaciones que en otro momento serían banales. Y entonces, vuelven los afanes y la agitación momentánea que rompe tu sosiego. De nuevo se exige el autocontrol para no cruzar la delgada línea que mantiene en pie tu entereza, la cordura necesaria para no disolverte en batallas perdidas de antemano.

Es lo que Rene Char llamaba la Serenidad Crispada. Aquella en la que, aunque estemos agredidos por todas partes, devorados, odiados, estaqueados, llegamos sin embargo a gozar de pie, de pie, de pie, con nuestra execración, con nuestros riñones. “Ese instante en que la Belleza, tras haberse hecho esperar por mucho tiempo, surge de las cosas comunes, atraviesa nuestro campo rebosante, une todo lo que puede ser unido, alumbra todo lo que puede ser alumbrado por nuestro haz de tinieblas”.

§§§§§

PD: "Au-delà de cette limite votre ticket n'est plus valable" es una novela de Romain Gary en donde su protagonista de forma cruda y dura, justifica su suicidio.